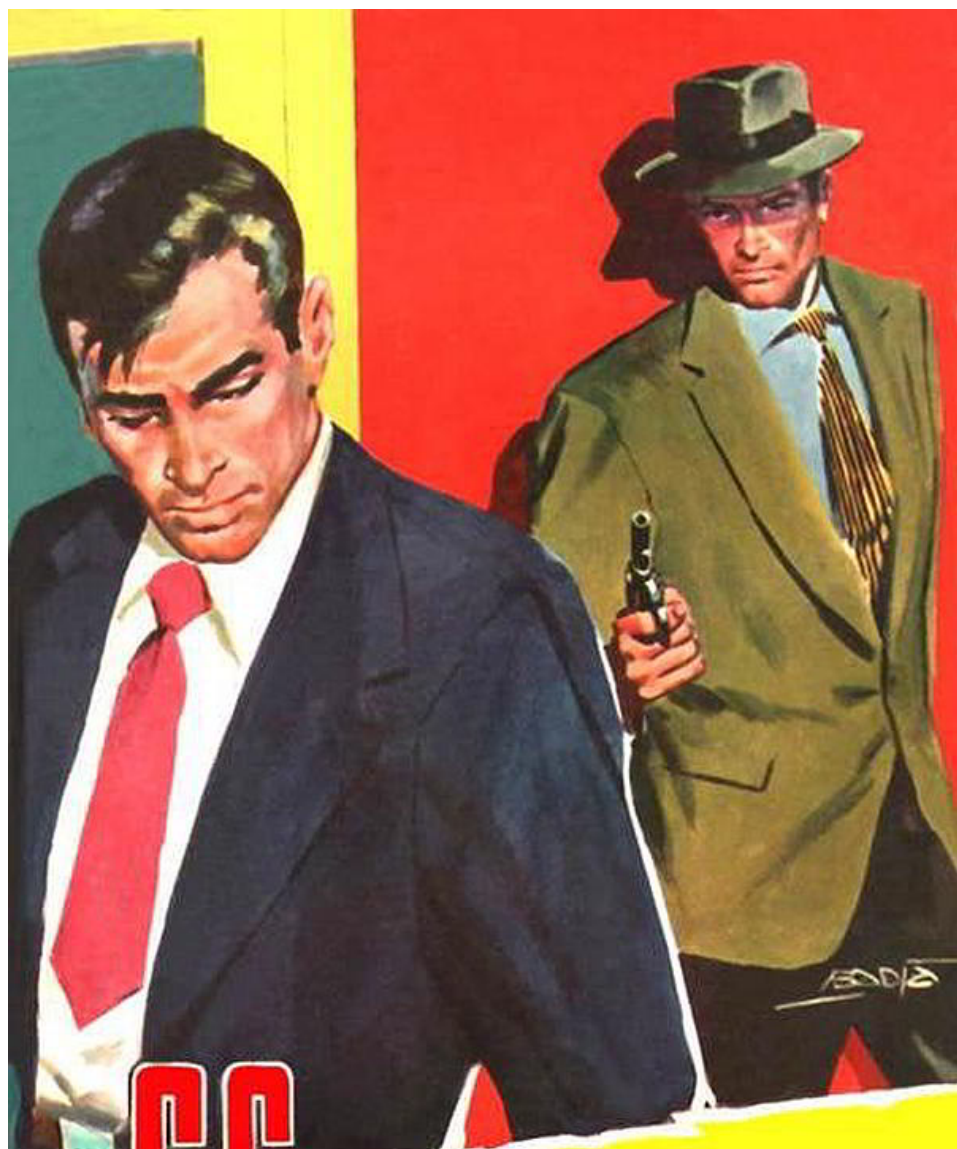




SS

**SERVICIO
SECRETO**

F. P. DUKE
LA CONTRASEÑA

El agente Alexander Reagan abandonó las oficinas del F. B. I.,

sin nada importante de qué ocuparse. AL parecer las cosas marchaban bastante tranquilas y su jefe no le había encargado nada que realizar.

Eran las diez de la mañana, el día se presentaba soleado y primaveral, y Reagan se encaminó a una de las droguerías de Broadway donde, sentado ante una mesa, pidió un *whisky*.

Al llevar la mano al bolsillo en busca de la pitillera, recordó que había guardado en él un diario del día anterior. Había encontrado en sus páginas algo digno de ser estudiado con calma y ningún momento más adecuado.



F. P. Duke

La contraseña

Bolsilibros - Servicio Secreto - 384

ePub r1.0

Lds 25.12.18



Título original: *La contraseña*

F. P. Duke, 1957

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



F. P. DUKE

LA CONTRASEÑA

1.ª EDICIÓN
DICIEMBRE - 1957



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

CALIFICACION DE NUESTRO ASesor MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© FRANCISCO BRUGUERA - 1957

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

LA CONTRASEÑA

por F.P. DUKE



CAPÍTULO PRIMERO

UN ANUNCIO, UN ATROPELLO Y UN SUICIDIO

El agente Alexander Reagan abandonó las oficinas del F. B. I., sin nada importante de qué ocuparse. AL parecer las cosas marchaban bastante tranquilas y su jefe no le había encargado nada que realizar.

Eran las diez de la mañana, el día se presentaba soleado y primaveral, y Reagan se encaminó a una de las droguerías de Broadway donde, sentado ante una mesa, pidió un *whisky*.

Al llevar la mano al bolsillo en busca de la pitillera, recordó que había guardado en él un diario del día anterior. Había encontrado en sus páginas algo digno de ser estudiado con calma y ningún momento más adecuado.

La droguería estaba casi vacía y sin molestias, podía ocuparse del asunto; por ello, desdobló el diario por la página de anuncios y buscó uno que había señalado con una cruz roja. Era un extraño anuncio que decía:

«Evelyn; los folios que debes consultar para lo que deseas, son los siguientes: 5, 13. 20, 18, 5, 7, 1, 18, 1, 19. B. 16, L 16, 5, 12, 5, 19. H. 1, 11. G. 16, 15, 18, 20, 1, 4, 15, 18. M. 4, 5, 11. Z. 1, 13, 21, 13, 3, 9, 15. P. 17, 21, 5. Q. 5, 13, 3, 1, 11, 5. L. 5, 13. R. 5, 11. T. 18, 5, 3, 15, 18, 20, 5.

»Te quiere,

»Arthur».

Reagan repasó durante media hora el estrambótico anuncio sin acertar a descifrarlo. Al final, sacó la conclusión de que se trataba de una clave amorosa entre dos enamorados. No era el primero que había leído redactado de aquella manera y sabía de las mañas de muchos novios que para poder comunicarse contra la intervención de sus familias, apelaban a aquella clase de comunicación.

Volvió a doblar el periódico y decidió dar un paseo por el Parque. La mañana invitaba a ello y a falta de cosa mejor, aprovecharía aquel sol alegre que ya muy pocos días podría gozar de allí en adelante.

Al salir, recordó que tenía que ver al inspector Brown del Criminal Court y torciendo por la Leonard Street, alcanzó el amplio edificio que daba a cuatro calles.

Al entrar, observó un movimiento inusitado. Diariamente, aquello era un hervidero de gente, pues allí se concentraban todos los asuntos procedentes de la parte baja de la isla, pero para un buen policía, el movimiento habitual era algo distinto al producido por algún suceso inesperado y enseguida adivinó que algo había sucedido fuera de lo normal.

Se dirigió al departamento de detectives en busca de su amigo. En el pasillo, se encontró con otro agente conocido, quien le saludó:

—Hola, Reagan... ¿Qué le trae por aquí?

—Vengo a ver a Brown. ¿Está por ahí?

—Sí, pero... me parece que tiene tarea. Mírele, ahí sale.

El agente salía de un despacho con unos papeles en la mano. Al ver a su amigo, se acercó a él diciendo:

—Llegas a tiempo, Reagan. Tengo algo entre manos que te agradará conocer, tú que eres amigo de descifrar crucigramas.

Los ojos del agente especial flamearon al oírle, se le tenía por un buen aficionado a descifrar claves y cuando su compañero aludía a los crucigramas, entendía que se trataba de algo exótico.

Brown le arrastró con él a un despacho, e indicándole un asiento, dijo:

—El asunto sería una vulgaridad si no hubiésemos encontrado algo extraño en el cadáver.

—¿En qué cadáver?

—Te explicaré lo sucedido. Esta mañana a las ocho, en el cruce de Pearl Street con Roe Street, un auto que sin duda iba conducido por algún borracho trasnochador, alcanzó la acera metiéndose en ella y aplastó contra una farola indicadora a un hombre. Lo dejó muerto en el acto y escapó raudamente sin preocuparse del atropellado. Por fortuna, alguien pudo tomar la matrícula del coche, que nos han facilitado, y ya están tratando de localizar el coche, pero entretanto nos hemos ocupado del muerto del que no sabemos una palabra.

»Se trata de un tipo de unos treinta y cinco años, alto y delgado. Vestía bien, aunque sin elegancia y al registrar sus ropas, hemos encontrado en su cartera algún dinero y este anuncio recortado de un diario que resulta un verdadero galimatías.

»Aunque aún no hemos empezado a trabajar, pues el suceso ocurrió hace un par de horas, me he acordado de ti al encontrar el anuncio y como sabía que ibas a venir a buscarme, lo he separado para que le eches un vistazo. Toma, aquí lo tienes.

Le entregó el trozo de diario. Reagan lo tomó intrigado y apenas le echó un vistazo, se lo devolvió diciendo:

—Toma, no lo necesito; ya lo conozco.

—¿Que lo conoces? ¿De qué?

—Acabo de echarle una ojeada y aquí tengo el periódico donde fue publicado, el. «New York Herald», y ya me había llamado la atención, pero creí que se trataba de un intercambio de palabras amorosas entre unos novios y no hice mucho aprecio de él. Ahora ya es otra cosa.

—En efecto, ahora puede tener un significado distinto.

—Sí, y creo que sería conveniente que este asunto pasase a nuestro departamento. Estas cosas envueltas en el misterio suelen encerrar enigmas graves y nuestra misión es descifrarlas. El atropello puede ser un accidente vulgar, pero la personalidad del muerto, no. Creo que debo dar cuenta a mi jefe para que se interese por el caso y si estima que puede ser de nuestra incumbencia, que lo reclame. ¿No sabéis nada del muerto?

—Ni palabra. No llevaba encima nada en que figurasen su nombre ni su domicilio.

—Bien; mientras trabajáis para descubrir todo eso, iré al Departamento a hablar con el jefe. Veremos qué opina.

Abandonó el edificio y se trasladó a las oficinas del Bureau, donde dio cuenta a su superior de lo que sucedía mostrándole el anuncio que llevaba en el bolsillo. El jefe entendió que podía ser algo grave que merecía la pena tomarlo a su cargo y prometió a Reagan reclamarlo.

—¿Me encargará usted del caso? —preguntó.

—¿Por qué?

—Porque me gustaría y porque si así es, puedo ir ocupándome en estudiar ese precioso anuncio.

—Muy bien; trabaje en él y cuente con que le encargaré de las investigaciones.

Reagan salió muy satisfecho del Departamento pensando que ya tenía en qué entretenerse. Lo que no sospechó fue que aquel asunto se iba a enredar de tal forma que habría de proporcionarle horas y días de intenso trabajo y de muchos quebraderos de cabeza.

La complicación surgió a las ocho de la noche, cuando se disponía a cenar. Una llamada urgente le reclamaba en la Calle 44, cerca de la Segunda Avenida. Al parecer, un sujeto del que sólo se sabía que se llamaba Edmund Hall y era viajante, se había arrojado desde el piso doce a la calle, quedando muerto en el acto.

De las primeras investigaciones realizadas por la policía local, había surgido algo interesante: un diario del día anterior hallado sobre una mesa, al cual le faltaba un trozo recortado que correspondía a la sección de anuncios.

La policía local se apresuró a confrontar el diario con otro idéntico para localizar el trozo recortado y como éste correspondía a un anuncio muy extraño y sospechoso, habían pasado el asunto al F. B. I.

para que éste investigase el contenido del anuncio.

A Reagan se le ordenaba hacerse cargo del caso y el joven policía tuvo la corazonada de que el anuncio recortado tendría alguna conexión con el que se había encontrado en la cartera del atropellado en la Batería. Si así era, la maraña se iba a complicar de un modo diabólico y el trabajo que iba a pesar sobre él, sería arduo.

Apresuradamente se trasladó al lugar del suicidio, donde un agente le esperaba. Había recibido orden de no tocar nada y todo estaba como cuando se había realizado la primera inspección, pues salvo el trabajo de los encargados del gabinete de huellas, nadie

había tocado nada de cuanto contenía la habitación.

Lo primero que por curiosidad hizo Reagan, fue echar un vistazo al periódico. Rápidamente comprobó que no se había equivocado y emitió un silbido peculiar. Dos asuntos, al parecer extraños y dispares y que, sin embargo, se relacionaban estrechamente a través de un simple anuncio en un diario.

Reagan preguntó al agente:

—¿Puede decirme lo que sepa?

—Claro que sí, aunque sé muy poco. El muerto se llamaba Edmund Hall, habitaba él sólo este departamento y, al parecer, trabajaba como viajante de repuestos de automóvil para una fábrica de Detroit.

»Se le juzgaba soltero y apenas si recibía visitas. Según un vecino de los que hemos interrogado, solamente en dos ocasiones se ha sabido que recibió la visita de una joven rubia y linda, y nada más.

»A la hora en que ha ocurrido el suceso, no había ningún vecino en los departamentos inmediatos, por lo que nadie ha oído nada ni sabe si recibió visita alguna. Lo seguro es que no la recibiera, pues para suicidarse no se precisan testigos, que no lo consentirían.

»Del registro, no se ha sacado nada de particular. Ropa corriente, la cartera con catálogos de la casa que representaba y nada más.

—¿Ninguna carta olvidada por algún rincón?

—Ni una.

Reagan giró los ojos en torno. En un rincón, había una papelería casi vacía. Únicamente descubrió en ella un trozo de papel que debió servir de faja para algún envío por correo. Tenía escrito a máquina la dirección y el nombre del muerto y el matasellos pertenecía a una oficina del centro.

—¿Han tomado toda clase de huellas? —preguntó.

—Si. Los del gabinete las estarán revelando.

Reagan guardó la faja del periódico, dobló éste con sumo cuidado para llevárselo también y después de registrar por su cuenta, se asomó a la ventana.

El lugar tan apartado del centro, pues casi lindaba con el río, era poco frecuentado. El tráfico resultaba pobre y no vio más que la altura mareante del fondo de la calle.

Apartó el cigarrillo de su boca y se dirigió a un cenicero que había sobre una mesa para aplastar la colilla.

Al acercarse a él vio la punta de un cigarrillo y la examinó. Luego, sacando un papel, fue a envolverla en él, cuando descubrió otra, mucho mayor en el suelo junto a la mesa. Envolvió las dos, guardándoselas y sin saber qué más buscar, dijo:

—Pueden sellar el departamento y no permitan que nadie entre en él. Aún no sabemos si será necesario volver a realizar investigaciones más amplias.

Abandonó el lugar del accidente con el ceño fruncido. No acertaba a relacionar aquellas dos muertes, ocurridas una por accidente y otra por suicidio, en un espacio de tiempo de diez horas y en lugares bastante distantes entre ellas.

Pero había algo que relacionaba ambos sucesos y era aquel misterioso anuncio en el «New York Herald». Algo que podía considerarse terriblemente diabólico y que él estaba obligado a aclarar.

Reagan pensó en la infinidad de cosas que tenía que hacer, pero debía proceder con método para no complicar sus gestiones y formarse una maraña de mil demonios. Las prisas para nada eran buenas y él poseía unos nervios que, había aprendido a dominar en beneficio de su profesión.

Lo primero que tenía que hacer era averiguar si se había identificado a la primera víctima y qué había arrojado el examen de las huellas en el domicilio de la segunda. Después... quedaban muchas cosas que hacer, pero todas derivadas de aquellos datos primordiales.

Se encaminó a Criminal Court en busca de Brown, quien tenía para él varios informes aunque bastante vagos. Se había conseguido identificar al atropellado. Su nombre era Robert Hussey y su profesión dibujante industrial. Habitaba muy cerca del lugar donde halló la muerte, en James Street, 25, y al parecer, se dirigía a su trabajo cuando fue alcanzado por el auto.

El taller de anuncios artísticos en que trabajaba estaba enclavado en la Calle 42, donde los informes sobre él fueron buenos. Llevaba en él ocho meses, era un excelente dibujante, pero su carácter era sombrío y huraño. No había intimado con nadie en los talleres y sus compañeros habían terminado por no hacer caso

de su mutismo salvaje.

Tenía alquilada una modesta habitación en James Street en la que permanecía poco tiempo. Nunca había recibido visitas y se le tenía por un misántropo.

Estos detalles no aclaraban nada, al contrario. Sin aquel recorte de periódico en su cartera, todo hubiese parecido vulgar, pero el recorte complicaba mucho las cosas y hacía su vida bastante más misteriosa.

De allí se dirigió a la Jefatura de Policía a visitar al jefe del departamento de dactilografía. Éste le recibió amablemente y le facilitó detalles de cuanto habían acusado las huellas. Detalles que de momento poseían más interés de lo que él sospechaba.

Personalmente, sólo se habían encontrado huellas que correspondían al muerto, pero... el jefe había observado algo anormal en la ventana cuando trató de fotografiarla. El cinc que recubría la repisa de la ventana, acusaba unas leves huellas de sangre, como si el suicida se hubiese cortado en él al intentar arrojarlo por el vano, y dicho cinc aparecía despegado en parte y un poco doblado, como si el cuerpo al inclinarse, hubiese hecho fuerza en él, levantándolo y torciéndolo al saltar.

A Reagan no le gustó aquello. La explicación era pobre, sobre todo de las huellas de sangre, porque teatralizando la forma de arrojarlo por la ventana, lo lógico era asomar manos y cuerpo y realizar el impulso desde el reborde exterior, para lanzar el busto al vacío.

Del resto, cabía admitir que el cuerpo, al elevarse sobre el alféizar, tropezase con el reborde de cinc levantándolo y doblándolo en el impulso.

Pero la sangre, precisamente en la parte interior, no le satisfacía y era un dato a tener en cuenta.

Necesitaba comprobar que el muerto presentaba algún rasguño que justificase aquella sangre y necesitaba conocer el dictamen del forense.

Éste fue desconcertante y echó por tierra todas las primeras investigaciones y teorías. Cuando habló con el médico, éste afirmó rotundamente:

—Nada de suicidio, agente. Crimen simplemente.

—¿Cómo? No me diga...

—Bueno, si usted me demuestra cómo un hombre que se halla narcotizado puede arrojararse por una ventana, entonces admitiré que fue un suicidio.

—¿Qué dice, que estaba narcotizado?

—Sí, señor. He encontrado vestigios del narcótico, que están analizando, pero puedo afirmar que cuando murió, no estaba en posesión de sus facultades para obrar.

—Gracias, doctor. Esto complica y simplifica a la vez muchas cosas. Tendré que registrar de nuevo la morada del muerto para buscar cómo le fue administrado el narcótico y... por quién.

Aunque era muy tarde, volvió a James Street registrando la casa concienzudamente. Su desencanto fue grande, porque no encontró ninguna clase de bebida y sí sólo la botella que había sobre la mesilla de noche, llena de agua con el vaso oficiando de tapadera.

El misterio se acentuaba cada vez más. Reagan adivinaba que estaba luchando con alguien endiabladamente listo, que sabía hacer las cosas y maniobraba con aplomo, pulcritud, astucia y sangre fría.

Un enemigo digno de él y esto espoleaba su decisión. Exprimiría su cerebro hasta el límite, pero revolvería Nueva York de arriba abajo para aclarar aquel suceso. Desesperado, abandonó el domicilio del extraño suicida y consultó el reloj. Eran cerca de las doce y estaba fatigado de andar y de investigar. Lo mejor que podía hacer era retirarse a su domicilio, acostarse y refrescar su mente. Quizá después de unas cuantas horas de sueño, se levantaría más claro de entendimiento.

Y cuando ya se hallaba cerca de su casa, recordó algo que había pasado por alto. Se trataba de las puntas de cigarrillo descubiertas en el cenicero y en el suelo. Quizá no arrojasen luz alguna, pero deberían ser examinadas y estudiadas por si acaso.

Y volviendo sobre sus pasos, regresó al Bureau, donde hizo entrega de ellas en el laboratorio. Que las estudiaran y al día siguiente cuando él volviese, que le entregasen el informe.

Y más tranquilo, tomó el aéreo y se encaminó a su casa, esta vez para meterse en el lecho definitivamente.

CAPÍTULO II

UNA PISTA Y UNA DECEPCION

Eran las ocho de la mañana cuando despertó. Más lúcido y fresco que la noche anterior, se duchó, se afeitó y después de tomar un copioso desayuno, encendió su pipa y se encaminó al Bureau.

Por el camino iba pergeñando la lista de cosas que tenía que hacer aquel día, salvo que alguien se las complicase.

Su primera visita fue al laboratorio. Allí supo algo que iba uniendo piezas del «puzzle». En uno de los cigarrillos, el más largo de los dos, se habían descubierto signos de un poderoso narcótico, cuyos efectos debían ser rápidos.

Esto aclaraba el informe del forense y las manchas de sangre en el cinc, así como la avería en éste. Era indudable que el muerto había sido narcotizado con el cigarrillo y que después, la persona interesada en su muerte le había tomado en sus brazos y lo había arrojado por la ventana.

El esfuerzo para levantar aquel peso hizo que su mano rozase el cinc, hiriéndose, y que además, lo levantase despegándole por lo violento del esfuerzo para arrojarle a la calle.

Aquello parecía claro. Lo que nadie aclaraba era quién fue la persona que lo hizo. Sólo se podía afirmar que era conocida del muerto y le merecía confianza, pues de lo contrario no le hubiese abierto la puerta ni hubiese aceptado el cigarrillo.

Cuando salió de allí para dirigirse a Criminal County, donde debería seguir realizando gestiones respecto a la muerte de Hussey, adquirió un diario y le echó una ojeada. Se tranquilizó al descubrir que si bien la Prensa había recogido ambos sucesos lo hacía en

pocas líneas y sin carácter espectacular. Un simple atropello, de los muchos que se producían, y un suicidio, que tampoco era nada raro en Nueva York.

Esto tranquilizaría a quien tuviese algo que ver en ambos sucesos, pues parecía demostrar que la policía tampoco había dado importancia alguna a los dos casos.

Cuando se entrevistó con Brown, éste le dijo:

—No tengo nada interesante para ti, querido. La autopsia no ha revelado nada anormal y aun no hay datos ampliables sobre el muerto.

—Pero sí habrá alguna foto.

—Eso sí.

—Pues dame una. ¿Qué hay del auto que le atropelló?

—Están buscándole. Espero tener noticias pronto.

—Cuando las tengas, llámame al Bureau. Si no estoy allí, da los datos y que los apunten.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Tres cosas de momento. Ir a Correos a hablar con el cartero que reparte en James Street, para que me dé algunos informes que necesito, pasarme por la Biblioteca a repasar la colección del «New York Herald», a ver si encuentro ciertos anuncios similares al encontrado en la cartera de Hussey y pasar luego, por la Redacción del diario, a ver si en el departamento de publicidad me facilitan algún dato para localizar a la persona que puso el anuncio.

—Una tarea muy vaga, Reagan.

—Ya lo sé, pero de momento no tengo otra mejor, a menos que me compliquéis la vida con nuevos descubrimientos.

—¿No has descifrado el anuncio?

—No he tenido tiempo. No es cosa fácil y hay otras más urgentes, que a lo mejor me lo dan descifrado y me evitan ese quebradero de cabeza.

—Pues que tengas suerte es lo que deseó.

—Gracias, yo también.

Se despidió y en un taxi se dirigió a Correos. El reparto estaba a punto de hacerse y consiguió hablar unos minutos con el cartero de James Street. Todo lo que éste pudo decirle fue que de tarde en tarde entregaba alguna carta para el muerto y que el periódico lo había depositado en el buzón correspondiente al inquilino, en el

último reparto de la tarde anterior.

Reagan le dio el encargo de retener cualquier carta dirigida a nombre de Hussey y entregarla a su nombre en las oficinas del Bureau y luego, consultando el reloj, decidió pasar por las oficinas del periódico antes de ir a la Biblioteca, cosa que podía hacer más tarde. Pidió hablar con el jefe de publicidad, a quien mostró su chapa y luego el diario. Indicando el anuncio, dijo:

—Quisiera toda la información posible sobre este anuncio. Quiero también saber si recuerdan haber admitido otros análogos y quién ordenó su inserción.

El jefe, tras echarle una ojeada, sonrió.

—¡Ah, sí, este anuncio! Puedo informarle sin necesidad de llamar a ningún empleado, porque cuando trajeron el primero, me consultaron sobre su admisión.

—Eso quiere decir que se han publicado varios.

—Sí, señor. Hace cosa de mes y medio vino una joven con un anuncio así cifrado y cuando lo entregó, le pusieron inconvenientes. Estas cosas ambiguas se podían prestar a equívocos que la seriedad del periódico no podía amparar.

»La joven suplicó su admisión, asegurando que se trataba simplemente de comunicarse con su novio. Sus padres interceptaban todas sus cartas, no la dejaban escribir, él era viajante y andaba siempre de un lado para otro y habían acordado cartearse de aquella manera. Me explicó que todo era sencillo, pues se refería a dos libros que ellos poseían. Cada uno elegía palabras del suyo marcadas con números y componía su carta telegrama y el otro le contestaba de igual manera. Me pareció tan inocente la broma que admití los anuncios previa presentación de documentos acreditativos por parte de ella.

—Conservará entonces la dirección y el nombre...

—Claro es y aquí lo tengo. Se llama Mónica Loy y Vive en la Calle 145, piso diez, número 6.

—¿Puede darme sus señas?

—En general, sí. Es rubia, de ojos bonitos, peinada sencillamente y más sencillamente vestida. Me dijo que se dedicaba a imprimir fajas, sobres y demás propaganda para una cadena de farmacias y que lo hacía en su casa con una «Cyclostone».

—¿No puede añadir ningún dato más?

—Ninguno.

—De todas formas, muchas gracias. ¿Me permite utilizar el teléfono?

—A su disposición.

Reagan llamó al Bureau y al compañero que se puso al aparato le rogó que hiciese una investigación discretísima en la Calle 145, para adquirir cuantos informes pudiese de Mónica Loy y de sus actividades. Incluso, si era posible, se la debía someter a vigilancia disimulada.

De allí marchó a la Biblioteca. No quiso pedir en la Redacción los números atrasados, porque su idea era comprobar si en algún otro diario se habían insertado anuncios de tal índole.

Cuando a la hora de cerrar para comer salió de dicho centro, llevaba copiados algunos textos encontrados en el «New York Herald», pero en ningún otro diario había conseguido descubrir anuncios similares.

Esto reducía el campo de sus investigaciones y en cuanto consiguiese traducir uno solo, los demás estarían traducidos inmediatamente.

Era la hora del almuerzo. Había resuelto las tres cosas fundamentales que debiera realizar por la mañana, pero aquello solo era un principio. Estaba amontonando ladrillos para intentar con ellos levantar un edificio, sin saber si los materiales poseerían medidas apropiadas para ensamblarlos y construir lo que proyectaba.

Pronto —aquella misma tarde— algunos de los ladrillos con que creía contar, se iban a deshacer antes de tocarlos.

Uno de ellos procedía de Detroit. La policía de esta ciudad, encargada de realizar gestiones para comprobar algo de la vida del falso suicida, telegrafaba, afirmando que en la fábrica de automóviles designada y en las restantes, desconocían la personalidad de Edmundo Hall. Nadie lo conocía como viajante de sus firmas y su personalidad como tal, era falsa.

Más tarde, fue uno de sus compañeros quien le arrebató la posiblemente mejor pista. Mónica Loy era una entelexia desconocida en la Calle 145 y nadie había oído hablar de ella en toda la calle.

Esto volvía a reducir el campo de posibilidades, dejándole con

un atropellado que nadie sabía si lo había sido casualmente o no y un presunto suicida, que había sido asesinado y narcotizado al mismo tiempo.

Y como posible pista, un crucigrama de cifras e iniciales intercaladas, que le parecía endiabladamente difícil y que ignoraba si lograría descifrarlo alguna vez y cuándo.

Mientras conseguía reunir algún dato que le sirviese para iniciar la más leve pista, seguía repasando las incidencias y detalles de ambos sucesos y se vio obligado a fijarse en un detalle en el que no había reparado aún.

La cartera del muerto contenía un recorte del anuncio y en poder del presunto suicida se hallaba el periódico al que le faltaba precisamente el anuncio misterioso, pero... no se había parado a comprobar si el recorte procedía de aquel ejemplar encontrado sobre la mesa de Hall, o si se trataba de uno exactamente igual, pero recortado de un ejemplar distinto.

Esta comprobación podría o no tener importancia; eso el tiempo lo diría, pero era un detalle que si resultaba alguna vez útil, no debía desdeñarlo.

Se encaminó a su domicilio donde había guardado ambas cosas en una caja de acero portátil y procedió a realizar la comprobación. Bastó ésta para afianzar la teoría de que los dos muertos y su muerte a la vez poseían una conexión, porque el trozo del anuncio encajaba exactamente en el hueco del periódico, patentizando que había sido recortado de él.

Sentada esta premisa, ¿qué deducción podía sacar de ella? De momento, una sola: que el falso suicida había recibido aquel diario como una prueba de contraste para reconocer al otro mediante la entrega del trocito del anuncio recortado. Sin ella, encajando exactamente en el hueco, no debía dar beligerancia a nadie.

Pero, habiendo muerto el poseedor del anuncio a primera hora del día y fallecido el otro a última hora de la tarde, todo parecía indicar que no pudo haber contacto entre ambos, pues Hall había recibido el diario a última hora del día anterior y, siendo así, había que admitir que se había mezclado un tercer elemento entre ambos, a quien había que cargar la muerte de Hall y quién sabía si también la de Hassey.

Esto podía ser muy importante y no debía olvidarlo. Quizá en su

día sirviese para aclarar puntos que ahora parecían oscurísimos, pero que le afianzaban en la sospecha de que la muerte de Hassey también había sido obra de una mano misteriosa.

Extrañado de no recibir alguna noticia sobre el automóvil causante del atropello, tomó el teléfono y llamó a su compañero Brown, al Criminal Court. El agente apenas se puso al aparato, exclamó:

—¡Hola! ¿Eres tú, Reagan? Llevo dos horas tratando de localizarte sin conseguirlo.

—Bien, ¿qué sucede?

—Ya hemos encontrado al dueño del auto. No he querido intervenir en el asunto para no interferir tus gestiones y por eso te llamaba. El auto es un «Hudson» de cuatro plazas, matrícula Ch. X.

23 256

-12 y su dueño se llama Spring Foster. Según mis informes, se trata de una persona acreditada en el comercio, pues posee una tienda de artículos ópticos y fotográficos en la 56 Street, esquina a la Avenida de las Américas.

—¿Estás seguro de los datos?

—Completamente seguro.

—Bien, creo que aun llegaré a tiempo de visitar a ese señor Foster. Veremos qué tiene que decirme que me interese.

—¿Tienes alguna duda sobre él?

—Estoy dudando de mí mismo y de mi capacidad policíaca. Creo que antes de aprobarme en la Academia, debieron enviarme a mi casa por inepto.

—No seas modesto, Reagan, tú vales mucho y llegarás al final victorioso. No hay victoria sin sangre.

—Ya lo veremos. Adiós y gracias.

Colgó el teléfono y consultó el reloj; eran las cinco de la tarde y, tomando un taxi, se hizo conducir a la calle 56.

Se apeó antes de llegar al establecimiento y lo estudió minuciosamente. Era un local con dos escaparates y una puerta central. Aparecía muy bien surtido de máquinas fotográficas, artículos ópticos y demás material del ramo.

A través de la luna de uno de los escaparates, echó una ojeada al interior, descubriendo tras el mostrador a dos hombres jóvenes, pues no excederían de los veintiocho años, y que debían ser

dependientes. A un lado una especie de cabina con una ventanilla abierta en un cristal opaco. Alguien se movió detrás de éste y el policía supuso que sería el dueño ocupado en repasar sus cuentas.

Penetró resueltamente y acercándose a la ventanilla, preguntó:

—¿El señor Foster?

Reagan vio un rostro enérgico y moreno, una faz rasurada, unos labios un poco abultados y unos ojos castaños detrás de unos lentes.

El preguntado contestó:

—Yo soy Foster, señor.

El agente le mostró a través de la ventanilla su carnet, de identidad, diciendo:

—Desearía hablar con usted un momento reservadamente.

—Muy bien, señor. Ahora mismo.

Salió de la cabina mostrándose a los ojos de Reagan como un hombre alto y bien proporcionado. Debía poseer un vigor casi juvenil a pesar de su mediana edad.

Levantó la compuerta del mostrador indicándole la parte trasera de la tienda donde se abría una puerta al almacén. Reagan pasó tras él y Foster cerró la puerta.

—Acomódese donde pueda, señor Reagan —indicó—; como verá, esto es sólo el almacén y posee pocas comodidades.

—No son precisas. El asunto que me trae puede ser breve.

—Pues usted me dirá.

—Si mis informes no están equivocados, usted es el dueño del auto marca «Hudson», matrícula Gh. X.

23 256

-12.

—En efecto, señor, ese auto es de mi propiedad. ¿Qué sucede con él?

—¿Dónde tiene usted su coche?

—En Bronx, poseo allí una finca donde suelo pasar los fines de semana y lo guardo allí.

—¿Desde hace mucho?

—Desde que adquirí la finca hace seis meses.

—¿Y viene usted con él a Manhattan?

—No, señor. Sólo lo uso para pasear por allí cuando voy a descansar. Aquí tengo un «sedán», que es el que uso para mis negocios en la isla.

—¿Quiere eso decir que no lo ha usado usted en esta parte de Nueva York ninguno de estos días?

—Justamente es lo que he querido decir. Ese auto es pequeño y el que poseo aquí es más grande. Siempre suelo llevar a alguien conmigo y, además, hago viajes aunque no muy largos, y para carretera, es más rápido y seguro el «sedán».

—¿Puede probar que no lo utilizó usted ayer por la mañana?

—¿Ayer? Nada más fácil, porque ayer estuve ausente de Nueva York. Marché anteayer por la tarde a Nueva Jersey donde tenía que resolver asuntos de mi comercio y he llegado esta mañana. Mis dependientes pueden acreditarlo de momento y, si hace falta, la persona con quien estuve todo el día de ayer. ¿Qué, sucede para que se investigue tan a fondo lo que he hecho ayer y lo que ha podido suceder con mi auto?

—Yo se lo diré. Dígame; ¿no le ha prestado usted el coche a nadie?

—No, señor. No presto mi coche a ninguno y lo tengo encerrado en mi garaje. Llevo sin ir a mi finca diez días por exigencias de trabajo y desde esa fecha no ha salido de allí.

—Es curioso —comentó Reagan—. Un auto encerrado en un garaje desde hace diez días, sin que lo use su propietario aparece en Manhattan en la mañana de ayer y aplasta a un transeúnte metiéndose en la acera y presionándole contra una columna indicadora. El fenómeno es curioso.

Foster le miró asombrado y repuso:

—¿Qué quiere decir? Eso no es posible.

—No parece posible, pero lo es. Ésta es la matrícula del auto que aplastó al viandante, tomada por alguien que presencié el atropello. Como complemento, hay estos datos: el automóvil es de color guinda, marca «Hudson», y de cuatro plazas... ¡Ah! Además, es cerrado.

—Pues... me deja usted confuso, inspector, porque las señas coinciden exactamente y, sin embargo, yo no he utilizado el coche desde hace diez días. ¿No habrá confusión en la matrícula?

—Habría confusión general, señor Foster... Por otra parte, le diré que el auto sufrió averías en el radiador al chocar, así lo asegura el testigo, quien declaró que no pudo distinguir al conductor a través de los cristales, aunque le pareció observar que

debía ir ebrio por la forma de conducir incluso en su huida.

—Entonces... puedo afirmar que esa persona está equivocada. Jamás me he embriagado y aunque bebo algo, es tan insignificante que nunca me he mareado.

—Bien, de todas formas necesito echar una ojeada a su auto... ¿Puede ser?

—Claro que puede ser. Soy el primer interesado en que se aclare ese asunto, pues no estoy dispuesto a que se me achaque la muerte de nadie y además de que acostumbro a embriagarme. Si le parece, recogeremos mi «sedán» que guardo en un garaje cercano y yo mismo le llevaré a mi finca.

—Encantado, porque eso es lo más rápido y seguro.

—Entonces, haga el favor de acompañarme. Vamos en busca del «sedán».

Salieron a la tienda. Foster dio orden de que a la hora habitual cerrasen, pues él ya no regresaría y, acompañado del policía, se dirigió al garaje. En el camino, pidió datos del suceso que se le atribuía y Reagan se los dio, procurando dar la sensación de que el muerto no tenía interés para la policía y sí averiguar quién le había atropellado.

Montaron en el «sedán», un coche nuevo y muy vistoso, y bordeando la isla, alcanzaron el puente de Washington por el que cruzaron hacia Bronx y, torciendo a la derecha, por Edw. L. Grant Hway, cruzaron por la 167 Street, hasta la Avenida Park, donde en un lugar aislado y tranquilo se alzaba una bonita finca de recreo, toda de ladrillo rojo, con cerca del mismo material y una puerta de hierro forjado.

Adosado a la tapia, con salida al jardín no muy cuidado, se levantaba un pequeño pabellón con puerta a la senda que servía de garaje. Foster detuvo el auto frente a la puerta y, sacando un portallaves de cuero, buscó entre las varias llaves que contenía, una, y dijo:

—Éste es el garaje.

Se adelantó seguido de Reagan. Al ir a introducir la llave en la cerradura, la puerta cedió, con gran asombro del comerciante, quien emitió una exclamación:

—¡Diablo! ¿Qué es esto?

Al examinar la puerta, descubrió la cerradura saltada. Alguien,

con una palanqueta, la había violentado.

Reagan también observó la forzada, e indicó:

—No la toque, señor Foster. Adelante.

Pasaron al garaje. Como anocheecía Foster buscó el conmutador de la luz y encendió una gran bombilla central. La luz dio de lleno en el auto, que estaba de espaldas a la salida.

—¡Oh, esto es demasiado —protestó Foster—, yo no dejé el auto así! Le dejé mirando a la salida.

Reagan se adelantó y sacando una lámpara eléctrica del bolsillo, enfocó el «Hudson» por su parte delantera. No tuvo que inspeccionar mucho para descubrir en el radiador vestigios del choque al cometer el atropello.

—Vea, señor Foster —dijo—. Como apreciará, no existe equivocación alguna. Ahí tiene las huellas del choque.

El comerciante parecía anonadado. Aquello era un misterio que no acertaba a descifrar.

—Esto es trágico, señor Reagan —afirmó—, alguien ha violentado la puerta del garaje sacando el auto para usarlo clandestinamente y ahora... se pretende cargarme las culpas de algo que yo no he cometido. Es caso verdaderamente infame.

Y se secaba el sudor que perlaba su frente.

Reagan examinaba con el foco de luz el coche, buscando algo aprovechable. Foster seguía el cono luminoso y de repente, exclamó:

—Si le sirve de algo, apunte que este coche ha rodado veintisiete millas justas.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque el último día que lo conduje, me fijé en que llevaba rodadas

11 325

millas y ahora marca

11 352.

—Un detalle curioso. Gracias por su aportación.

—¡Ojalá pudiese decirle también por dónde las rodó y qué mano le condujo!

—Ya lo averiguaremos. De momento, no toque nada... ¿Tiene usted aquí teléfono?

—Sí, señor, dentro, en mi despacho.

—Condúzcame, a él. Tengo que llamar para que vengan a tomar huellas, si las hay.

—Haga el favor de seguirme.

Salieron al jardín por la puerta interior del garaje y mientras cruzaban, Reagan preguntó:

—¿Qué servidumbre tiene usted aquí?

—Fija, ninguna, porque, como le digo, sólo vengo los sábados por la tarde y marchó el lunes por la mañana. Viene una mujer a limpiar el lunes y el viernes y de vez en cuando un jardinero a limpiar un poco el jardín.

Le condujo al interior. La villa estaba discretamente amueblada y limpia.

Le indicó el teléfono y Reagan llamó al gabinete de huellas para que acudiesen a fotografiar el auto. Luego Foster le invitó a un *whisky* que el policía aceptó.

—Observo que esto es muy tranquilo y está poco poblado.

—En efecto, adquiriré la villa por eso, porque cuando quiero descansar, me gusta hacerlo completamente.

—¿Conocen su costumbre de no venir por aquí más que los fines de semana?

—Es de suponer. La mayoría de los dueños de estas villas hacen lo mismo que yo y durante la semana, esto parece un cementerio. Nada tiene de particular por ello que alguien pueda maniobrar a su gusto sin temor a ser sorprendido.

Reagan hizo otras varias preguntas y por fin, comentó:

—El asunto parece claro. Alguien sintió el capricho de dar un paseo en auto y escogió el suyo... Lo extraño es que después del atropello, no lo dejase abandonado y se preocupase de traerlo aquí.

—Sí..., en efecto... Quizá pensó que escondiéndolo fuese más difícil descubrirlo, dándole tiempo a tomar medidas para asegurar el incógnito, sobre todo si creyó que nadie se había fijado en la matrícula.

—Sí, eso es razonable. Ya le digo que la cosa parece clara, pero mi deber me lleva más lejos y espero que diga quién fue la persona que estuvo ayer durante el día con usted y el lugar donde estuvieron.

—Eso es fácil, e incluso puede corroborarlo ahora mismo si tenemos la suerte de encontrar en su casa a mi amigo Jack Conway.

Vive en la Avenida Grove, en el 15, junto a la línea férrea y aquí tiene el número de su teléfono. Es viajante de artículos de fotografía y óptica y posee un almacén en dicho lugar.

Reagan se apresuró a pedir la conferencia con Conway y esperó. Cinco minutos más tarde establecían la comunicación.

—¿El señor Conway, de Nueva Jersey?

—Al aparato. ¿Quién llama?

—Oiga, señor, para comprobar algo importante. ¿Quiere decirme si conoce al señor Foster?

—Claro que lo conozco y mucho; precisamente ayer estuvo aquí todo el día conmigo y salió esta mañana para ésa. Ya debe encontrarse ahí.

—¿Cuándo llegó el señor Foster a su casa?

—Anteayer a las nueve de la noche.

—Muchas gracias, es cuanto quería saber.

Y colgó el teléfono sin darle explicación alguna.

—Muy bien —dijo dirigiéndose a Foster—, el asunto está aclarado en lo que a usted se refiere. Veremos si lo aclaramos en lo que afecta a la persona que se permitió la libertad de usar el auto.

Un coche se detuvo a la puerta de la villa. Ambos se apresuraron a salir a su encuentro.

Era el personal del gabinete de huellas. Reagan les condujo al auto, ordenándoles que tomaran todo lo que encontrasen en el volante y la portezuela, así como después en la cerradura.

El trabajo fue concienzudo, pero no muy del gusto del jefe. No encontraba nada aprovechable y así lo hizo saber.

—No creo que sirva para nada nuestro trabajo —aseguró—. Lo poco que descubro es borroso y anticuado y si el coche se ha usado recientemente, el que lo hizo debió cuidar mucho no despojarse de los guantes. En cuanto a la cerradura, sólo hay huellas de la palanqueta usada para forzarla.

Terminado el trabajo se despidieron. Foster preguntó:

—¿Algo más o nos vamos?

—Por mi parte, nada más. Tendrá que arreglar esa puerta.

—No podrá ser hasta mañana. A primera hora enviaré un cerrajero.

Montaron en el «sedán» y Reagan se apeó en la Broadway despidiéndose de Foster. Su promesa fue la de darle cuenta de lo

que descubriese si lograba descubrir algo.

Y muy contrariado y preocupado, descendió por la gran acera a pie, sumido en hondas reflexiones.

CAPÍTULO III

LA CLAVE DEL ANUNCIO

Aquella noche, Reagan, en su departamento y tras una honda meditación, redactó un cuestionario, breve pero conciso, para tener frescos todos los puntos aclarados o dudosos y poder establecer una correlación entre ellos. Estos puntos eran los siguientes:

Edmund Hall, falso viajante de artículos de automóvil, y Robert Hussey, dibujante comercial, habían sido muertos en el intervalo de diez horas, de forma misteriosa. Estaba probado que Edmund fue asesinado después de narcotizarle con un cigarrillo.

Se abrigaba la certeza de que Robert había sido asesinado también mediante un fingido atropello.

El instrumento fue un «Hudson» reconocido como propiedad del comerciante Foster a quien habían violentado el garaje para usar su auto, con el que al parecer habían recorrido veintisiete millas entre la ida, la vuelta y el suceso.

El comerciante había probado de modo sólido y espontáneo su coartada.

Podía afirmarse que entre los dos muertos existía una relación x sin descubrir. Lo atestiguaba el hecho de que el trozo del anuncio recortado obraba en poder de Robert y el periódico de donde se recortó, en manos de Hall.

Éste había recibido el diario por correo. ¿Quién se lo había enviado?

¿Quién había visitado a Hall la tarde de su muerte ofreciéndole el cigarrillo fatal?

Las dos colillas encontradas eran idénticas. Pertenecían a la

marca «Pleyer» y aunque bien podía haberle sido ofrecido por una mujer, lo más indicado era que fuese un hombre, ya que una mujer, no siendo muy forzuda, no podía cargar con el cuerpo del narcotizado para arrojarlo por la ventana.

Existían algunos anuncios más, tan misteriosos como el que jugaba papel en ambos crímenes y una rubia llamada falsamente Mónica Loy, que había ordenado su inserción, pero a la que no se había localizado.

Y se ignoraban antecedentes de los dos muertos, cuyos retratos se habían tomado para hacerlos circular por la Brigada Móvil de Investigación, con objeto de captar detalles que pudiesen establecer una pista sobre ellos. Todo este cuestionario desembocaba en una conclusión desoladora: que no se había aclarado nada y que cada vez que se seguía un delgado hilo en busca de algo positivo, el asunto se embrollaba mucho más.

La única pieza que podía ser sólida, e incluso la clave de las investigaciones, era el misterioso anuncio, pero para ello había que descifrarlo y... la cosa no parecía tan fácil como algunos suponían.

Reagan había hecho adquirir algunos ejemplares del diario para que sus compañeros especializados en claves, lo estudiaran, pero él no poseía nervios para esperar algo que podía ser real o problemático, inmediato o lejano y entendió que a falta de algo más positivo que hacer para continuar la investigación, debía intentar por su parte descifrar aquel maldito anagrama.

Con decisión, colocó el anuncio sobre su mesa, añadió un montón de cuartillas, enchufó la cafetera eléctrica para prepararse una buena cantidad de café y se dispuso a intentar la traducción.

Estaba seguro de que le esperaba una noche en blanco, quizá con un fuerte dolor de cabeza inútil, como final, pero no tenía otra salida si quería salir adelante y no fracasar en aquel asunto que lo había tomado a su cargo por voluntad propia y en el que no podía hacer el ridículo.

Lo primero que hizo fue estudiarle en líneas generales deteniéndose ante un detalle: el texto, salvo el principio que parecía escrito normalmente para despistar, lo demás estaba compuesto por cifras, pero entre éstas aparecían sin orden ni medida algunas iniciales que complicaban más el texto, pues podían poseer un significado especial o ninguno, según, el ingenio del que había

ideado la clave.

Tratándose de un texto, como se suponía, lo correcto era que las frases más o menos largas estuviesen separadas entre sí para no formar un galimatías y pensó lógicamente, que las iniciales que se veían entre grupos de cifras, tuviesen como destino dicha separación. Si su idea era correcta, el texto cifrado se componía de once palabras y se afianzaba en la creencia, al observar que al final del mensaje no había inicial alguna porque terminado éste, no precisaba separación. Esto ya era algo positivo y, siendo así, buscó los bloques de números más cortos para iniciar sobre ellos su traducción.

Los escribió sobre una cuartilla correlativos de esta forma:

1-11.
4-5-11.
17-21-5.
5-13.
5-11

Gramaticalmente, aun redactando los textos en sentido telegráfico, todo escrito precisa una serie de artículos y preposiciones necesarios para los enlaces de oraciones, y Reagan calculó que aquellos cortos bloques que había aislado, tenían que pertenecer a semejante orden gramatical.

Estudiadas las cifras, se fijó rápidamente en que en lo separado abundaba la cifra 5 y también la 11, lo que podía indicar que si su suposición no era infundada, perteneciesen a las letras más usadas en los artículos, preposiciones, etc.

¿Sería la A o la E el número 5? Optó por aplicar esta última letra a dicho número y en consecuencia, el 11 podía ser la L o la N, según los casos.

En los dos bloques de tres cifras, el primero tenía en medio el 5 y el segundo al final, mientras el primer bloque no poseía ninguna de ambas cifras.

Y siguiendo esta inspiración, calculó que el primero de tres cifras aplicándole el 5 a la E y el 11 a la L, la cifra cuatro no podía ser otra que la D, formando así la palabra DEL.

Esto le llevaba de la mano al apartado cuarto, cuya cifra 13 debía ser la N para formar la palabra EN, ya que la quinta

lógicamente debía ser EL.

Quedaba el bloque tercero de tres cifras, en el que si bien aparecía el 5 al final, ninguna de las otras dos cifras eran las ya aplicadas; por lo tanto, la palabra era distinta, pero terminada en E y no tardó en encontrarle la aplicación. Podía ser un QUE, en cuyo caso, las cifras 17 y 21 correspondían a la Q y a la, U.

Entonces, separó los números que creía haber descifrado y así poseía los siguientes:

d
4 5 11 13 17
y 21

No mucho, pero sí algo para buscar una frase más larga, donde dichas cifras estuviesen más representadas. Y escogió la segunda por parecerle la más adecuada.

Los números correspondientes eran:

16 1 16 5 11 5 19

Con arreglo a lo que creía descifrado, la frase quedaba de esta forma:

-A-ELE

Y la frase saltó clara a sus ojos. Siendo la primera y tercera cifra la misma, indefectiblemente debía ser una P y como encajaba lógicamente, la frase PAPELE a la que añadió una S asignándola el número 19, había descifrado una frase larga y todas las cortas.

Fue entonces cuando se le ocurrió tratar seguido el alfabeto y numerarlo. Al terminar, emitió un grito de triunfo, pues la clave era lo más simple del mundo. Se habían limitado a numerar correlativamente las letras prescindiendo de la CH, que se podía formar con la c y la H. Suprimiendo la LL por la misma razón y eliminando la K por casi innecesaria.

Y mucho antes de lo que él había supuesto, el texto íntegro del anuncio estaba descifrado, ya que como supuso al principio las mayúsculas intercaladas entre las cifras sólo servían para separar éstas.

Por ello, el anuncio se limitaba a advertir lo siguiente:

ENTREGARAS PAPELES AL PORTADOR DEL ANUNCIO QUE ENCAJE EN EL RECORTE

El misterio había dejado de serlo y ahora sabía algo; que el presunto suicida poseía unos papeles que debía entregar al atropellado, previa la presentación del recorte que éste guardaba en su cartera y que encajaba perfectamente en el hueco del periódico que se hallaba sobre la mesa de Hussey.

Y con esto, algo se aclaraba el panorama. Alguien conocía el texto del anuncio y la entrega que se debía verificar aquella mañana y había decidido no sólo impedirla, sino apoderarse de los papeles. Para ello, tenía que eliminar a Hussey antes de que fuese a recogerlos y luego, apoderarse de ellos como mejor pudiese, ya que después de atropellar a Hussey, no podía detenerse a registrarle para apoderarse del recorte.

Pero había evitado la inmediata entrega y, ya libre de este temor, pudo ingeniárselas para presentarse en el domicilio de Hall, narcotizarle, arrojarle por la ventana y apoderarse de los preciados papeles.

Pero había algo que debía tener en cuenta y era que el falso suicida no se iba a dejar sorprender tontamente con algo tan valioso; por ello tenía que admitir que el que le mató y le robó, era conocido de él, que le recibió confiadamente sin sospechar la traición de que iba a ser objeto y que no pudo sospechar tampoco que su intención era suprimirle para que no pudiese denunciarle.

Ya había algo claro. No mucho, pero bastante y lo poco que vislumbraba le olía a espionaje a cien leguas.

Inmediatamente se entregó a la tarea de descifrar los otros anuncios. Tenían una conexión, pero preparatoria, pues en uno se advertía que todo iba bien, en otro que B estaba decidido a trabajar y en un tercero que estuviesen preparados, que todo se arreglaría.

Reagan se alarmó. No tenía en aquel momento noticias de nada grave en cuestión de espionaje, pero esto no quería decir nada. Podía existir algo gordo que se llevase en secreto entre los altos jefes y aquello constituir una pista en el asunto.

Su deber era dar parte inmediatamente. Tomó el teléfono y llamó al Departamento, pero ya era muy tarde y el jefe se había retirado a descansar.

Entendiendo que también a él le era muy necesario un descanso

después del enorme esfuerzo de imaginación que había realizado para descifrar los anuncios, optó por irse a la cama. Al día siguiente, madrugaría y en cuanto llegase el jefe a su despacho, le daría cuenta de sus descubrimientos.

Durmió mal, ansiando que fuese de día. No sabía por qué, pero sospechaba que aquel asunto encerraba una terrible gravedad y que todos los minutos que se perdiesen en aclararlo todo podían constituir una catástrofe nacional.

Antes de las ocho, se hallaba en el despacho de su jefe esperando la llegada de éste, pero aquel día, por excepción, su jefe se retrasaba enormemente.

Reagan se mordía las uñas de impaciencia y se preguntaba qué habría sucedido para aquel retraso inusitado. Dos veces que preguntó a la centralilla, las dos le contestaron que el jefe había telefonado que quizá se retrasase, pues tenía que resolver un asunto urgente.

Y eran cerca de las doce de la mañana, cuando apareció tenso y sombrío. Reagan al verle, exclamó:

—¡Gracias a Dios, jefe! Llevo aquí muerto de impaciencia desde las ocho de la mañana esperándole.

—Lo siento, tuve que hacer algo y... no creo poder ocuparme de su asunto en este momento...

—Perdone, jefe, pero sospecho que debe hacerlo, porque hay algo especial que le interesa saber.

—Bien, ¿qué es ello? Dese prisa porque tengo mucho que hacer.

—Es esto. Ya descifró los anuncios. Vea aquí los textos.

El jefe curiosamente los leyó y al llegar al último, miró excitado a Reagan diciendo:

—¿Qué cree usted que significa esto?

—No lo sé, jefe, pero sospecho que se trata de algo de espionaje. Papeles que han debido ser robados recientemente y que alguien se ha disputado jugando a cara y cruz con la muerte. Ésta es la sensación que he recibido después de traducir los textos.

El jefe le miró intensamente y afirmó:

—Yo no lo sospecho; yo estoy seguro de ello y hasta juraría que poseen una relación directa con lo que me ha entretenido esta mañana.

—¿Qué es, jefe?

—No puedo decírselo en este momento, pero debo dar cuenta de su trabajo. Si los demás piensan como yo, creo que ha hecho usted algo muy importante y si así es, le prometo que se encargará del asunto o al menos de parte de él. Tengo que volver a salir inmediatamente, pero usted me esperará. Si tiene algo que hacer, disponga de una hora, pero pasado ese tiempo, vuelva aquí y espéreme, tarde lo que tarde. Si lo necesito en otro lado, le telefonearé. Ahora, deme esos recortes y la traducción de los textos y dígame si adelantó algo en sus investigaciones.

—Nada, jefe. He podido comprobar que alguien utilizó el automóvil del señor Foster aprovechando que éste solo lo usa los fines de semana y descerrajó la puerta del garaje para sacarlo. Foster estaba en Nueva Jersey y hablé por teléfono con la persona con quien pasó el día.

—Está bien, ha hecho usted cuanto ha podido y aunque parezca poco, creo que es mucho. Si se sigue encargando del asunto con sus nuevas derivaciones, quizá tenga usted material sobrado para actuar.

Tomó su sombrero y salió aprisa. Reagan decidió ir a desayunar a una cafetería cercana, aprovechando la hora de permiso, pero sumido en hondas reflexiones.

Sus sospechas parecían agigantarse y si así era, seguramente se vería mezclado en algún asunto de espionaje de gran envergadura.

Desayunó nervioso y regresó antes de la hora al despacho de su jefe. Hora y media más tarde, el teléfono sonaba.

—Reagan —dijo el jefe—, haga el favor de tomar un auto y venir al departamento de Marina. Ya he dado orden de que en cuanto pregunte por mí, le conduzcan a donde ha de ser recibido.

El agente se apresuró a cumplir la orden y en el camino, su nerviosismo aumentó. El sentido común le advertía que lo que hubiese sucedido y el trabajo que pudiera serle encomendado, estaría en relación con algo afecto a dicho departamento.

Cuando entró en el edificio y preguntó por su jefe, un capitán de Marina le indicó:

—Haga el favor de seguirme.

Por escaleras complicadas, le llevó a uno de los pisos. Al final de un largo pasillo, le indicó la puerta del fondo diciendo:

—Allí le esperan.

Avanzó, llamando con los nudillos. A la orden de «adelante», penetró en un pequeño despacho donde se hallaban reunidos, su jefe y media docena de altas autoridades del departamento, entre ellas el ministro del ramo.

Reagan saludó un poco emocionado y su jefe haciéndole una seña para que se acercase, lo presentó:

—Uno de mis buenos agentes del Departamento. Se llama Alexander Reagan y no digo que es el mejor, porque para mí, todos son buenos, pero como este asunto lo ha llevado él solo y ha conseguido cosas notables, he estimado, como les indiqué antes, que debe ser el hombre de confianza que actúe a nuestras órdenes en el asunto.

»Ahora, ustedes dirán qué se ha de hacer y cuáles son los informes que se le deben suministrar para que organice su trabajo.

El ministro, después de un instante de duda, repuso:

—El asunto es delicado y usted lo ha reconocido así. El descubrimiento que el señor Reagan ha hecho, puede estar relacionado con este asunto, o puede ser extraño a él. Ésa es la incógnita.



—¡No se mueva!

—En efecto, pero en cualquiera de los casos, este otro asunto necesita una intervención rápida y eficaz. El caso es gravísimo y quiero advertir que si hemos de encargarnos de intentar resolverlo, no podemos estar de brazos cruzados expuestos a fracasar en algo que de por sí es bastante difícil. Un minuto que se pierda, puede ocasionar un grave perjuicio a la nación, y perdonen que me

expresé tan claramente.

—Somos los primeros en comprenderlo, pero el Departamento de Estado, el Estado Mayor coordinado y el propio Presidente, son los que en definitiva deben decidir. Por mi parte, he aconsejado que no sólo se les informe a ustedes del asunto, sino que se les faciliten todos los datos para que actúen con su acostumbrada eficacia. Estoy esperando una autorización expresa para decidir y eso es lo que me obliga a demorar la contestación inmediata. Creo que la cosa es cuestión de minutos o de algunas horas. Los elementos más destacados están reunidos en este momento para tratar del caso y espero una llamada telefónica que me dé facultades o me las quite para obrar.

»Por ello, he de rogarles que esperen. Tan nervioso como ustedes, estoy yo, pero me atengo a mis atribuciones y no debo salirme de ellas.

»Por lo tanto, les ruego que tomen asiento y esperen. Voy un momento a mi despacho, al que seré llamado de un instante a otro. Cuando reciba la comunicación volveré y les diré lo que sea pertinente.

Abandonó el despacho dejando en él una atmósfera tensa que a todos embargaba por igual. El silencio siguió a su ausencia y todos, para distraer la espera encendieron sus pipas o sus cigarrillos y, hundidos en sus asientos, se entregaron a la reflexión.

Reagan meditaba a marchas forzadas. Aunque no se había hablado lo más mínimo del asunto, adivinaba que debía tratarse de un secreto importantísimo que afectaba a la Marina directamente y calculaba si sería algún motor nuevo, los planos de algún submarino atómico o de algún avión especial afecto al servicio de portaaviones. Fuese lo que fuese, debía ser grave el caso.

Por fin, al cabo de una hora, el ayudante del jefe de las fuerzas aéreas, entró en el despacho, diciendo a uno de los comandantes:

—De parte del señor Ministro, que llamen urgentemente al señor Jubb Harriman. Le necesitamos con premura.

El comandante salió a telefonear al llamado y Reagan guiñó un ojo expresivamente a su jefe. El nombre de Harriman era muy conocido. Se trataba de un ingeniero naval que ya había proyectado varios barcos de nueva estructura y del que se decía que estaba trabajando en algunos inventos muy beneficiosos para la Marina.

CAPÍTULO IV

EL ROBO DE UNOS PLANOS

Poco más tarde, se presentaba en el despacho un hombre bajito, rechoncho, de mentón cuadrado, rostro sombreado por una dura barba y ojos fríos y penetrantes. Al descubrirse, mostró su cráneo casi pelado en su parte alta y cubierto en sus aladares por hilos plateados. Se le notaba nervioso, pues movía el cuello como si tratase de estirar la cabeza alargando su corto cuello. El Ministro ordenó cerrar bien la puerta y haciendo una señal a todos para que se sentasen, tomó la palabra para decir:

—Señores, ha llegado el momento de revelar a ustedes lo sucedido. He recibido autorización para ello, ya que se impone empezar inmediatamente a actuar.

»Los papeles a que posiblemente se alude en ese recorte que el agente Reagan ha traducido con tal habilidad, pueden referirse a los planos de una nueva mina submarina cuyo inventor es el sabio ingeniero Jubb Harriman, aquí presente.

»Empezaré por explicar el alcance del invento. Esta nueva mina electromagnética, tiene una propiedad especial: La de no estallar precisamente cuando un barco pasa por debajo de ella o por su lado, sino cuando son varias las unidades que entran en su radio de acción.

»Es decir, que si un barco explorador o un dragaminas penetra en una zona acotada, puede pasar impunemente sobre la mina sin sufrir su atracción haciéndola explotar, pero, si debido a este detalle, se cree la zona libre de peligro y se une una flota o una escuadrilla, entonces, la mina explota al sufrir una mayor atracción

sobre su mecanismo y el destrozo es terrible. Creo que con estos datos vulgares, podrán hacerse una idea del valor práctico y destructivo del invento.

»El señor Harriman sometió su invento al dictamen del Departamento de Marina. Éste lo estudió con sumo cariño y convencido de su gran utilidad, decidió realizar las pruebas pertinentes.

»Éstas resultaron satisfactorias en una gran proporción, pero en la práctica se observaron algunas deficiencias y sometidas al estudio de su inventor, éste estimó que podían ser corregidas fácilmente.

»Advierto esto, porque el detalle tiene una relación directa con el suceso.

»Y ahora, les explicaré cómo han desaparecido los planos de la mina en el momento en que se iba a verificar la última y decisiva prueba.

»Hace justamente cuatro días, alrededor de la una de la tarde, el personal del departamento correspondiente trabajaba con normalidad. El jefe aquí presente, comandante Louis Cagney, se hallaba en su despacho y en el antedespacho, estaban el capitán ayudante Kidd MacNally —a quien no se ha creído prudente citar— y el teniente Clifton Crain, también ausente. En los demás departamentos trabajaban los delineantes y dibujantes encargados de copiar planos total o parcialmente, según las exigencias del trabajo.

»Era la hora de la firma del correo. El capitán MacNally entró con el portafirmas para que el jefe firmase el correo del día y lo dejó sobre la mesa.

»Cuando estaba firmando el correo, le anunciaron la visita del señor Harriman y dio orden de que le hiciesen pasar a su despacho.

»El señor Harriman venía a visitarle para recoger uno de los cuatro planos de que consta la mina, con objeto de verificar en él las correcciones que había realizado para subsanar los pequeños defectos que se habían observado en la prueba.

»El comandante Cagney en tanto terminaba de firmar el correo, llamó al capitán ayudante señor MacNally y entregándole las llaves de la caja fuerte, le ordenó buscar la carpeta que encerraba los planos de la mina y entregársela.

»El capitán cumplió la orden. Dejó la carpeta sobre la mesa del

despacho y salió de éste cerrando la puerta. Quiero advertir —dijo a modo de aclaración— que estoy dándoles cuantos datos he podido reunir con la mayor exactitud, por si éstos pueden tener alguna importancia decisiva a la hora de las investigaciones.

»El comandante indicó al señor Harriman la carpeta para que buscara lo que necesitaba y el señor Harriman, según afirmó, sacó la tercera hoja de los planos, la dobló y se la guardó en la cartera.

»Terminada la firma de las cartas, el comandante se levantó y se puso a charlar con el señor Harriman en el centro del despacho. Cuando estaban conversando, se abrió la puerta y el teniente Crain se asomó, diciendo:

»—Perdón, mi comandante, va a dar la una y el correo debe salir en seguida... ¿Puede entregármelo?

»El comandante señaló el portafirmas que se hallaba sobre la mesa, e indicó:

»—Ahí lo tiene; ya está firmado. Lléveselo y también esa carpeta. Entréguesela al capitán MacNally y que la guarde en la caja fuerte.

»El teniente abandonó el despacho con la carpeta y el portafirmas y cerró la puerta, mientras el comandante seguía conversando con el señor Harriman. Diez minutos después, entraba el capitán, quien entregándole la llave de la caja fuerte, indicó:

»—Aquí tiene la llave, mi comandante. La carpeta quedó en la caja fuerte.

»Daba la una, cuando el señor Harriman se despedía del comandante prometiendo volver dos días después con las rectificaciones en el plano, y nadie se preocupó más de éste, ni de la carpeta, hasta el momento oportuno.

»Ahora añadiré un detalle. Aunque siempre nos hemos fiado de la honorabilidad y lealtad del personal afecto al departamento, por precaución que a nadie ofendía, siempre se efectúa un registro a todo el personal que trabaja en dicho negociado. Nadie podía asegurar que un día alguno se sintiese tentado de apropiarse de secretos muy valiosos confiados a nosotros y por medida de precaución se adoptó este registro.

»Por ello, como de costumbre, el personal fue registrado sin descubrir en ninguno nada anormal y cada uno se ausentó dentro de la más completa normalidad.

»Anteayer, casi mediado el día, el señor Harriman se presentó en el despacho del comandante portando un nuevo dibujo del trozo de plano que se llevara y nuevamente la carpeta fue pedida al capitán, quien la sacó de la caja fuerte y directamente se encaminó al despacho a entregarla.

»Pero cuando el comandante levantó la solapa en busca de los restantes planos, quedó lleno de asombro al ver que sólo había dentro unas hojas de papel en blanco.

»Asustado, llamó al capitán, quien demostró con el testimonio de los demás que había sacado la carpeta atravesando con ella la habitación para entrar en el despacho, lo que implicaba que no había podido maniobrar en ella para nada.

»Pero los planos no estaban allí y de alguna manera habían desaparecido.

»La caja fuerte, complicadísima, no presentaba señal alguna de violencia. Esto indicaba que el escamoteo debió hacerse mientras la carpeta estuvo fuera de la caja, bien en aquel momento, bien dos días antes, cuando se sacó para llevarla al despacho.

»Se interrogó a todo el mundo, se realizaron las investigaciones que se creyeron más adecuadas, pero nada se aclaró.

»Volviendo al primer día, se pudo comprobar que cuando el teniente Crain salió del despacho del comandante con el portafirmas y la carpeta, el capitán MacNally estaba en el salón de visitas atendiendo a un visitante que yo no podía recibir. Al parecer, tardó unos cinco minutos en despachar la visita y volver a su despacho, sobre cuya mesa estaba la carpeta.

»El teniente dijo que al no ver al capitán, había dejado dicho adminículo sobre la mesa para buscar al ordenanza y entregarle el portafirmas con la correspondencia para que la echase al correo. El mismo introdujo las cartas en los sobres y entregó todo a dicho ordenanza. Cuando volvía al antedespacho, dijo al capitán, que regresaba en aquel momento, que guardase la carpeta. El capitán así lo hizo y después de cerrar, me entregó la llave. Esto justifica que lo hiciese, como ya he advertido, diez minutos más tarde.

»Según afirma el teniente, cuando le dijo que guardase la carpeta, salió del antedespacho y si bien vio cómo el capitán la recogía, no asistió a la operación de guardarla en la caja fuerte y cerrarla.

»Y así, desaparecieron las tres hojas de los planos sin que se haya podido averiguar cómo fueron sustraídas.

»He tratado de explicar lo mejor posible los movimientos del capitán y del teniente durante su manipulación con la carpeta, pues no descarto a nadie como posible autor de la sustracción. También he creído explicar los momentos en que al parecer la carpeta quedó depositada sobre la mesa sin un control positivo, que pudo dar margen a que un tercero aprovecharse algún minuto decisivo para tomar las hojas y sustituirlas por los pliegos de papel en blanco.

»Pero fuese como fuese, los registros a la salida del trabajo se hicieron con escurpulosidad y no se concibe cómo los planos pudieron salir de las oficinas sin riesgo de ser descubiertos por muy escondidos que estuviesen. Ante la incógnita, no nos hemos atrevido a proceder contra nadie. En concreto, no hubo negligencia por parte de ninguno y es muy delicado señalar con sospechas concretas a nadie. Nos hemos limitado a realizar todas las gestiones posibles para fijar algo claro sin conseguirlo.

»La situación es ésta y ahora, son ustedes los que, tienen la palabra para decidir lo que se ha de hacer. Si se les ocurre alguna duda expónganla.

Tanto el jefe del

F. B. I.

come su agente Reagan, habían escuchado el claro relato con suma atención. Todos los detalles expuestos habían quedado grabados en su memoria como en una cinta magnetofónica y los repasaban en busca de algún posible fallo.

Reagan se atrevió a preguntar:

—¿Se me permite pedir algunos detalles?

—Claro que sí. Hable.

—¿Qué antecedentes poseen sobre los principales responsables del extravío?

—Puedo exponérselos, pues se han tenido en cuenta. El capitán MacNally es un marino probo y valiente, en posesión de varias condecoraciones ganadas en la última guerra mandando una escuadrilla de lanchas torpederas. Su padre fue excelente marino, jefe de unidad el año 14 y su abuelo también perteneció a la Marina con un grado destacado.

»Está casado con una hija de un gran comerciante y vive con

desahogo. Es hombre de excelentes costumbres, muy amante de su hogar, y del matrimonio han nacido dos hijos.

»El mayor de quince años, inscrito en la escuela de guardias marinas y la menor, una niña de doce.

»En cuanto al teniente Clifton Crain, es hijo de un granjero de Minnesota. Clifton sentía entusiasmo por la carrera de marino y estudió con buenas notas en todo, siendo nombrado teniente hace dos años. Actualmente, estando la unidad en que presta sus servicios en reparación, se le agregó al negociado, donde llevaba cuatro meses.

»Su padre murió hace dos años cuando él salió graduado de la academia y la herencia fue parva, pues su granja era pequeña. Es soltero, vive en un modesto departamento, en Little W. Street número 7 cerca de Highway Street, frente a los docks, y todo lo malo que de él se sabe, es que es un muchacho alegre, que le gusta el baile y acude a algunas “boites” donde alternan muchachas bonitas.

»Debe administrarse bien, porque no se lo conocen trampas ni jamás ha pedido anticipos sobre su paga. No puedo añadir más sobre su persona.

—Bien, señor —repuso Reagan—. Ahora, si no le molestase, me agradecería poseer un plano de las oficinas.

—Eso es fácil; lo he mandado sacar y aquí lo tiene.

Lo abrió colocándolo sobre la mesa. Todos se levantaron reuniéndose en torno a la mesa para examinarlo.

Reagan, después de su estudio, dijo:

—Desde luego, casi puede afirmarse que desde el antedespacho al despacho, es muy difícil escamotear el contenido de la carpeta, pues sólo existen tres yardas de puerta a puerta. Por lo tanto, casi cabe descartar que desapareciese el segundo día cuando fue pedida nuevamente para incluir el nuevo plano.

»En cambio, si quedó sobre la mesa del antedespacho, el primer día, alguien pudo entrar en él durante el tiempo que el capitán atendía la visita y el teniente salía para meter el correo en los sobres y entregárselo al ordenanza. ¿Dónde realizó esta operación?

—En esta otra habitación de la izquierda del pasillo donde trabajaba.

—Bien, desde ella no podía ver lo que sucedía en el

antedespacho, como tampoco el capitán atendiendo la visita. Unos minutos de abandono de los planos que pueden complicar a todos los que actuaban en la oficina... ¿Son muchos?

—Diez nada más.

—¿Investigaron algo sobre los movimientos de cada uno ese día durante el tiempo que los planos estuvieron solos en la carpeta?

—Sí, pero no hemos sacado nada en limpio. Nadie recuerda exactamente lo que hizo ni lo que hicieron los compañeros. Dado que se aproximaba la hora de salir, hubo trasiego entre ellos para ordenar y guardar sus trabajos y todos creen haber circulado por los departamentos sin precisar nada concreto.

—Un verdadero lío —comentó Reagan con pena—. Ahora va a ser endiabladamente difícil sospechar de alguien determinado y las gestiones van a ser confusas y complicadas, pero se realizarán en la extensión que exijan las circunstancias, si como me ha indicado mi jefe, he de ser yo quien me encargue del asunto, ya que al parecer puede estar ligado al texto de ese anuncio y atravesarse en el mismo suceso.

—Desde luego —afirmó su jefe—, usted continuará sus gestiones, Reagan. Obre como crea preciso y pídame la ayuda que necesite. Yo estaré al tanto cada minuto para aconsejarle y guiarle si es preciso y veremos qué se puede hacer.

El jefe se levantó indicando con aquella actitud que la entrevista había terminado. Reagan le preguntó:

—¿Habría algún inconveniente en que visitara las oficinas y realizara algunas investigaciones sobre el terreno?

—Ninguna. Puede hacerlo cuando guste.

—Lo haré mañana a las diez, pero... quisiera algo, si es posible.

—Usted dirá.

—Que a esa hora, con algún pretexto hayan alejado de allí al capitán y al teniente. Voy a ir con un técnico que examine la caja fuerte para adquirir la seguridad de que nadie actuó sobre ella y al mismo tiempo quizá haga algunas preguntas a alguien. Quisiera que fuese así, para que parezca que las sospechas han quedado desviadas de los dos actores más destacados del suceso. Si algo hay que hacer respecto a ellos, es preferible que no se pongan en guardia.

—Si usted lo desea, así se hará. Aquí el comandante arreglará las

cosas para que ambos no estén presentes a la hora de su visita.

—Entonces, hasta mañana a las diez.

—Pues que usted lo pase bien y que la suerte le acompañe. Se va a hacer usted cargo de algo muy delicado y pensará la responsabilidad que va a pesar sobre usted.

—Me hago cargo de ella y trataré de excederme hasta donde sea posible. Yo u otro cualquiera tiene que cargar con ella y siendo mi deber, no lo rehúyo.

Abandonaron el despacho, saliendo a la calle. Reagan tomó un auto en compañía de su jefe y se dirigieron directamente al Bureau.

El jefe preguntó:

—¿Qué impresión ha sacado usted, Reagan?

—No quiero urdir teorías con tan poco material. Cuando actúe sobre el terreno y con más detalles, podré decirle algo.

—Opino como usted. Las cosas se han desarrollado en pocos minutos, pero de una manera tan endiablada que no hay forma de acusar concretamente a nadie, ni descartar a ninguno. Va a ser una tarea agotadora.

—Me hago cargo, pero ¿puedo simplificarla?

—Eso sé lo dirá la práctica. ¿Sabe algo más del otro asunto?

—Ni palabra. Espero los informes de los que actúan aisladamente en recoger detalles de los muertos. Algo se sabrá que nos lleve a algún sitio con cierta lógica.

—Sí, esperemos con calma. De no urgir el hallazgo de esos papeles se podía esperar con calma. Usted sabe la teoría de nuestro jefe supremo. Los criminales son tan estúpidos que sueñan con realizar sus fechorías a la perfección y siempre cometen tales torpezas que ellos mismos terminan por delatarse. Todo es cuestión de paciencia y habilidad.

—Sí y mi anhelo mayor es poder comprobar sin equívocos que el anuncio, la muerte de esos dos sujetos y el robo de los planos, están ligados entre sí y no son dos sucesos sin conexión.

—¿Por qué?

—Porque siendo así los dos muertos, así como el que mató a Hall y seguramente a Hussey, están relacionados con el espionaje internacional y... en ese caso debían cursarse sus fotos a las cancillerías extranjeras aliadas a nosotros, a ver si en alguna hay antecedentes de tales sujetos. La policía europea no afecta al telón

de acero, puede poseer algún dato que nosotros ignoremos.

—Eso se puede hacer ya y voy a ocuparme inmediatamente de ello. Mejor es adelantarse que esperar.

—Creo que debe hacerlo. Si no los conocen, habrá que desistir de relacionarlos con alguna banda, al menos conocida.

El auto se detuvo frente al Departamento y Reagan se despidió de su jefe. Quería visitar a su amigo Brown por si tenía algún dato útil para él y entrevistarse con los compañeros encargados de investigar acerca de la vida del hombre atropellado y de la del falso suicida.

El trabajo que se le presentaba era abrumador, pero él era animoso y tozudo.

CAPÍTULO V

COMO FUERON ROBADOS LOS PLANOS

A las diez en punto del día siguiente, Reagan se presentaba en el Departamento de Marina, preguntando por el comandante Cagney. Éste le recibió inmediatamente así como al técnico en cajas de caudales que le acompañaba.

Los pasó a su despacho donde les invitó a sentarse. Estaba pálido y nervioso y se le veía abrumado por el suceso, aunque abrigaba la seguridad de que las sospechas no podían recaer sobre él.

—¿Algo nuevo? —preguntó.

—Nada, comandante. No hemos podido actuar hasta ahora... ¿Podríamos examinar la caja sin testigos?

—Sí; esperen un poco que tome mis medidas para que no entre nadie en el antedespacho.

Salió, volviendo pocos minutos después.

—Vengan —dijo—, ya no hay nadie.

Se dirigieron a la caja, que el técnico estuvo examinando concienzudamente durante un cuarto de hora. Mandó que fuese abierta y también la examinó por dentro. Al terminar la inspección, aseguró rotundamente:

—La caja está en perfecto estado y nadie ha manipulado en ella.

—Bien, ya sabemos algo positivo, Watson. Puede usted retirarse, pues ya no necesito sus servicios.

El técnico se ausentó y Reagan dijo:

—Ahora enséñeme todos los departamentos. Quiero conocerlos y ver a cada uno en su sitio de trabajo. Usted me lo explicará todo como si en realidad fuese un simple curioso.

El comandante cumplió su deseo y empezó la inspección. Reagan tomaba datos mentalmente y al llegar a un pequeño departamento vacío, su guía indicó:

—Aquí es donde trabaja el teniente Crain.

—¿Cuál es su misión específica?

—Una especie de secretario; abre el correo, selecciona las cartas, toma nota de las de trámite cuando carecen de interés, descifra mis borradores cuando se trata de cartas vulgares, poniéndolas en claro y me presenta a la firma el correo y lo cierra para ser enviado. Hace algunas otras cosas, según los casos.

—¿No dibuja ni maneja planos?

—No, no es su fuerte.

—¿Y el capitán?

—Tampoco. Está a mis órdenes inmediatas. Atiende a multitud de visitas que yo no puedo recibir, organiza las entrevistas ineludibles y figura como inspector del trabajo a realizar por los demás. Está en todas partes aunque más tiempo en el antedespacho o conmigo.

—Bien, ahora quisiera que me facilitase una entrevista con el ordenanza que reparte el correo. ¡Ah, una pregunta! ¿La persona que realiza los registros es de absoluta confianza?

—Lo es. Se trata de un veterano de la Gran Guerra, en posesión de diversas condecoraciones. Tengo absoluta confianza en él.

—Bien, entrevísteme con el ordenanza.

El comandante le llevó a un pequeño recibidor y dijo:

—Espere un momento aquí; ahora se lo traigo.

Poco después regresaba en compañía del ordenanza. Se trataba de un tipo grueso, un poco patizambo, de unos cuarenta años de edad, fuerte y aplomado.

Se lo presentó diciendo:

—Éste es Sam, nuestro ordenanza.

—Muy bien, espero que me conteste con exactitud a ciertas preguntas que voy a hacerle. ¿Lleva usted mucho tiempo empleado en el Departamento?

—Diez años, señor.

—Dígame; su intervención en ciertos negociados ¿cuál es?

—Ninguna. Yo no suelo pasar del «hall» donde está mi misión.

—Cuando se recibe alguna visita, ¿qué hace?

—Tomo el teléfono y la anuncio. Siempre sale alguien, que se hace cargo del visitante.

—Es decir, que no entra usted en el antedespacho.

—Entro algunas veces, sobre todo a la hora del correo, en particular si hay retraso. Entonces, paso al despacho del teniente Crain a recordarle que es la hora para que me lo entregue.

—Una pregunta. ¿Usted sufre el mismo registro que los demás a la hora de abandonar el trabajo?

—No, señor. Yo suelo salir un cuarto de hora antes que los demás con el correo, pero como le digo, yo no entro en los departamentos donde se trabaja.

—Bien, ¿quiere contarme con todo detalle lo que sucedió hace cinco días entre las doce y media y la hora en que salió usted con las cartas para el correo?

—Pues... trataré de recordarlo lo mejor posible.

»A las doce y media advertí a uno de los dibujantes que dijese al teniente Crain que era la hora de recibir el correo. El teniente se asomó un momento a decirme que tenía que esperar un poco, porque el comandante tenía una visita y el capitán MacNally aún no le había entregado el portafirmas.

»Creo que un cuarto de hora más tarde, en vista de que no me entregaban la correspondencia volví a asomarme preguntando si sabían algo del correo. La misma persona me indicó que habían visto al teniente Crain con el portafirmas en la mano y que debía tenerlo ya listo.

»Esperé cinco minutos más y como no saliese, decidí ir en su busca. Entré en el despacho y encontré al teniente de muy mal humor. Se le había volcado el tintero sobre la mesa y varios sobres se habían manchado de tinta.

»Me suplicó que esperase dos minutos mientras los rehacía y escribió tres o cuatro. Metió en ellos las cartas y me las entregó. Yo estaba nervioso porque el tiempo corría y aún tenía que reseñar en mi libro las cartas que se me entregaban.

—¡Ah! ¿Lleva usted un registro de salida?

—Sí, señor, no es obligatorio, al menos para mí, pero desde un día que hubo un jaleo con una carta que no llegó a su destino, decidí reseñar el número de ellas que me entregaban y sus destinatarios. De esta forma, podía negar o afirmar si se me había

entregado determinada carta para el correo.

»Por fin, a la una menos cinco tenía la lista completa y salía a toda prisa a echarlas al correo. Eso es todo.

—¿Muchas cartas ese día?

—Pues... no lo recuerdo, no muchas, pero puedo decírselo ahora mismo. Perdona un momento.

Salíó del recibidor y volvió poco después con una pequeña agenda, que hojeaba. La mostró a los ojos del agente diciendo:

—Catorce, señor, puede comprobarlo.

Reagan tomó la agenda examinándola por formulismo. Los nombres de los destinatarios estaban reseñados uno debajo del otro y al costado izquierdo, su dirección.

Reagan pasó la vista por la relación. Casi todos los nombres eran de marinos destacados, pero súbitamente al finalizar el examen se envaró. El gesto fue tan brusco que el comandante, extrañado, preguntó:

—¿Sucedre algo?

—Nada, comandante, estoy un poco resfriado y me dan escalofríos. Bien, no tengo nada más que preguntarle, Sam.

—Entonces, a sus órdenes, señor.

Abandonó el recibidor y Reagan, tomando al comandante del brazo, dijo:

—¿Vamos a su despacho?

Cuando entraron en él, el agente cerró la puerta y aproximándose al comandante, dijo excitado:

—Señor Cagney, ya sé quién sustrajo los planos y cómo salieron de aquí.

—¡Oh! No puedo creerlo... ¿Cómo lo averiguó?

—Creo que con carácter confidencial puedo decírselo, pero usted olvidará mis palabras. Mi obligación es dar cuenta por conducto oficial, pero, me ha ayudado usted a realizar el descubrimiento y no quiero privarle del placer de saberse completamente libre de sospechas.

—Gracias, no sabe lo que se lo agradezco, pues estaba bajo el peso de esa pesadilla.

—Pues la cosa ha sido complicada y sencilla a la par. Los planos han salido de aquí normalmente, sin que pudieran ser descubiertos por nadie porque salieron por correo.

—¿Qué dice usted?

—Sí, la carta número 14 de la relación, está dirigida a cierta persona que conozco y fue el teniente Crain quien introdujo los papeles en el sobre, puso ese nombre y esa dirección y la confió al correo en manos de Sam. De esta forma, estaba seguro de que saldría de aquí sin interferencias y llegaría a manos de alguien a quien iba destinada. Después... lo que pasase estaría tan obscuro, que aun sospechando de él, nadie le podría acusar, porque maniobró hábilmente para dejar vacíos sin llenar, que podían encajar en todos y en nadie.

—Me cuesta trabajo admitir que Crain...

—Pues admítalo, y ahora perdone que no le dé más detalles, que pertenecen a nuestras investigaciones particulares. Debo marchar inmediatamente a ver a mi jefe, pero antes escúcheme bien. Además de olvidar lo que le he dicho, no tomen medida alguna contra el teniente. Que crea que las cosas no han ido más allá de donde estaban, pues es muy interesante que así suceda. Lo que se haga después, será cosa de mi jefe y de los de usted.

—Muy bien, descuide, que olvidaré hasta su visita.

—Muchas gracias. Eso es lo mejor. Adiós y muy agradecido a su cooperación.

Abandonó el Departamento de Marina y en un auto, voló al Departamento de Investigación. Cuando su jefe le vio entrar como una tromba, preguntó excitado:

—Reagan, ¿qué sucede? ¿Algo agradable?

—Mucho, jefe. Agradable por lo descubierto, pero desagradable por la complicación.

—Hable. ¿Qué sucede?

—He comprobado de modo fehaciente, que los planos fueron robados por el teniente Crain. Se valió del correo diario para meterlos en un sobre, ponerlos una dirección y confiárselos al ordenanza, quien ajeno a sus manejos, los echó con el resto del correo en el buzón. De esta forma, nadie podía sospechar el truco ni podía hallársele encima el cuerpo del delito.

—¿Cómo puede asegurar que lo hizo así y fue él?

—Porque la carta iba dirigida a Edmund Hall a la calle 44.

El jefe saltó del asiento, con los ojos brillantes. La noticia no podía ser más anonadadora.

—¡Diablos del Infierno! —bramó—. Esto sí que es bueno. Con razón sospechó usted que ambos casos pudiesen estar relacionados.

—Sí, parecía lógico y... ahora, las cosas se complican de tal modo que no sabemos por dónde empezar. Creo que sería algo contraproducente detener a Crain.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque cortaríamos un hilo que debe ser gordo como una sogá. Hall está muerto, quizá lo que pudiese decir es que estaba en combinación con él para venderle los planos y con detenerle no podríamos recuperarlos, toda vez que si han matado a Hall, es indudable que lo hicieron para robarle esos papeles tan valiosos. Mi opinión es no detenerle y sí someterle a una estrecha y discreta vigilancia. Si sus relaciones con los espías son más amplias, por él llegaremos a otros sectores. Mi opinión, repito, es esperar por una razón que nos permite esa espera.

—¿Cuál?

—Que cuando examinen los planos, comprobarán que no están completos y no estándolo, de poco les pueden servir, a menos que haya alguien capaz de completarlos. Esto será un golpe para los ladrones, admitiendo que en realidad los que los tienen en su poder no sean precisamente los que trabajaron para robarlos. Esto se ha convertido en una cadena muy amplia y si queremos obtener un fruto lucido de nuestro trabajo, debemos obrar con pies de plomo para tender la red tan amplia que caigan en ella unos y otros sí es posible. Claro que ésta es mi opinión particular y que me someto a órdenes concretas.

—Bien. Reagan, creo que tiene usted razón y así se lo haré saber al Ministro y al Departamento de Marina. Si con detener a Crain no van a recuperar los planos, que nos dejen actuar a nosotros para intentarlo y acabar con esas bandas de espías. Ahora mismo hablaré con nuestro jefe y con lo que él opine, me pondré en contacto con las autoridades navales. Si cree que puede hacer algo, vaya a hacerlo y vuelva más tarde o llámeme por teléfono y le daré instrucciones.

Se apresuró a pasar al despacho del jefe supremo del Bureau, mientras Reagan, que necesitaba airearse y meditar mucho sobre el futuro, abandonaba las oficinas y salía a la calle.

A Reagan lo acometía una duda que era lo primero que

pretendía aclarar: la duda era si las relaciones del teniente Crain eran directas con el falso suicida Hall, o si éste era un mero figurón, a cuyo nombre debía enviar los planos para no comprometer a la persona que verdaderamente estuviese en complicidad con él. Si Hall era un agente secundario, abrigaba la esperanza de llegar por conducto del marino a la persona que le había pagado e inducido a robar los planos.

Por ello mostraba tanto interés en demorar la detención del teniente. El mal ya estaba hecho, no teniendo solución. Por otra parte, ya nada nuevo podía intentar en aquel sentido y así, dejándole libre por muchas precauciones que tomase, alguna vez cometería una torpeza que le llevase a poner fuera de la sombra a sus cómplices.

Habló con Brown, quien no tenía más datos que facilitarle y en cuanto a los agentes que realizaban investigaciones para averiguar algo sobre la vida de los dos muertos, tampoco habían adelantado un solo paso. Parecía como si hubiesen nacido en el momento en que cada uno apareció en sus respectivos domicilios y el resto de su vida anterior no hubiese existido.

Cuando el agente regresó al Bureau, aun no lo había hecho su jefe. Tuvo que esperar más de una hora hasta que al fin apareció en el despacho.

Llegaba sudoroso y medio congestionado y tirando el sombrero con enfado, dijo:

—He tenido que pelear dos horas con ellos para convencerles de que no tomasen medidas drásticas contra Crain. No querían admitir que nada se conseguiría deteniéndole y obligándole a hablar, como si los planos estuviesen en su bolsillo. Por fin, les he convencido de que nos dejen obrar, pues les aseguré que si procedían por su cuenta, nosotros no nos comprometíamos a que los planos apareciesen, ya que con su decisión, complicarían todo nuestro trabajo. La amenaza les asustó un poco y por fin acordaron darnos carta blanca; eso sí, apremiando para que esto se resolviera rápidamente.

—Que lo resuelvan ellos si lo creen tan fácil. Se resolverá cuando buenamente se pueda.

—De acuerdo. Por lo tanto, estudie usted lo que piensa hacer y, después, deme cuenta de sus planes por si se pueden mejorar.

CAPÍTULO VI

LA RUBIA DEL «BUHO AZUL»

Al día siguiente, dos hábiles agentes convenientemente disfrazados, que luego eran relevados por otros dos, montaron una severa vigilancia en torno al marino. Éste no daba un solo paso sin que alguien lo controlase y por la noche, cuando se retiraba a su departamento, uno de los espías permanecía toda la noche frente a la casa ante el temor de que aprovechase las altas horas de la noche para salir furtivamente.

Poro Crain parecía no haberse preocupado mucho de la desaparición de los planos, ni de las posibles consecuencias que podía acarrear para él. Seguía haciendo su vida normal, asistía a algunos locales de recreo, donde bailaba con muchachas conocidas como «tanguistas» en ellos y su vida parecía completamente normal.

Parecía natural que así fuese. Otra cosa en pro o en contra, hubiese despertado sospechas y el marino parecía hombre aplomado, seguro de su posición.

El primer domingo siguiente a las gestiones de Reagan, Crain salió alrededor de las diez de la mañana y se encaminó a Central Park. La mañana era soleada y tibia y el inmenso parque se hallaba concurridísimo.

Paseó por la orilla del lago contemplando los patos que nadaban majestuosos y habría transcurrido cosa de media hora, cuando se le vio acercarse a una muchacha rubia, que aparentaba unos veinticinco años, y entablar conversación con ella.

El agente, que parecía un viejo empleado cesante, maniobró para acercarse a ellos. Llevaba un periódico en la mano y fingiendo

leerlo, avanzó de forma que apoyado en la barandilla, pudiese captar algo de lo que hablaban.

Lo consiguió. Crain, que parecía encontrarse por vez primera con la muchacha dijo:

—Si de verdad le gusta el baile, podemos visitar alguno. A mí me gusta con delirio.

Ella repuso:

—Yo voy algunas noches a un *cabaret* que hay en la 177 Street, frente al puente de Washington. Es un local muy concurrido al que va muy buena gente.

—Pues podemos ir a él. A mí me da igual uno que otro.

—Bueno, pero no me comprometo a nada. Si quiere, vaya, y si no tengo algo importante que hacer, nos encontraremos allí.

—De acuerdo, pero podemos celebrar el encuentro tomando el aperitivo juntos. Incluso, si quiere, almorzar conmigo...

—Gracias, pero es demasiada confianza... tan pronto. Acepto el aperitivo si es cerca y quizá nos veamos esta noche en el baile.

El agente, comprendiendo que iban a abandonar el Parque, optó por alejarse de allí antes que ellos y se dirigió al paseo más cercano. Se preguntaba si debía tomar en consideración a la muchacha, aunque el encuentro parecía casual.

Pero no podía vigilar a ambos a la vez cuando se separasen y como no podía perder de vista a Crain, no sabía qué hacer respecto a la muchacha.

Súbitamente, concibió una idea para por lo menos tener una referencia gráfica de la muchacha. Por el paseo, deambulaba un joven fotógrafo ambulante a la caza de parejas a las que fotografiar en actitud amartelada.

Se acercó a él y volviendo la solapa de su americana para mostrarle su mágica placa, le dijo rápidamente:

—Escuche; aquella pareja que avanza hacia aquí, esa que ella lleva un traje hechura sastre de color gris, me interesa que sea fotografiada. Tire una placa antes de que se den cuenta, por si se niegan, pero hágalo como si en realidad sólo les hubiese amenazado con tirarla. Si se oponen a ser retratados otra vez, no insista y cuando tenga las copias, lleve una al Bureau de Investigación a nombre del agente Sling.

Deslizó en su mano dos dólares y se alejó esperando ser

alcanzado por la pareja. El fotógrafo avanzó con su máquina preparada, mientras la pareja, ensimismada en su charla, avanzaba por el paseo.

El fotógrafo, veloz, tiró la placa y fingiendo que se preparaba para retratarles en serio, preguntó:

—¿Una foto, jovencitos?

Ella levantó el bolso hasta su rostro para evitarlo y Crain, sonriendo, se negó:

—Lo siento, amigo, pero la joven me ha dicho que tiene novio y si éste la viese retratada con otro, figúrese la que se armaría.

—Bien, si ése es el motivo... cuide de que él no le vea a su lado porque le sentará peor que verle en una foto.

Y bajó el brazo con la máquina como si renunciase a tomar la foto.

Crain acompañó a la joven hasta el elevado y luego de tomar un aperitivo en un bar, se dirigió a su casa. Allí el policía encontró a otro agente que debía relevarle.

El relevado se apresuró a buscar un teléfono público desde el que trató de localizar a Reagan. Lo encontró en el restaurante donde solía almorzar.

—¿Qué sucede, Bem? —le preguntó.

El llamado Bem le dio cuenta de todo lo que había hecho durante la mañana. Luego añadió:

—Aunque por lo que oí, el encuentro fue accidental, no creí que estorbase tomar una foto de la muchacha. La traerá el fotógrafo al Bureau a mi nombre. Si le sirve recójala.

—Gracias, Sling —dijo Reagan—, no está de más, siempre es útil saber con quién se relaciona aunque sea incidentalmente.

El agente tomó buena nota del sitio donde el teniente iría aquella noche y por precaución, dio una vuelta por la Calle 177. La parte fronteriza al puente de la que era continuación, era un lugar bastante apartado y el local se titulaba «El Búho Azul». La muestra, una farola con el ave nocturna pintada en el cristal, se destacaba casi una yarda de sobre la fachada. Parecía un local, si no lujoso, bastante decente. Uno de los muchos centros de recreo exóticos que se abrían de continuo para explotar la curiosidad de la gente.

Aquella noche, Reagan decidió hacer una visita al local, pero dejó transcurrir las primeras horas de la noche a fin de llegar

cuando la concurrencia fuese más numerosa. El local, como había supuesto, era bastante discreto. Recién inaugurado, todo era nuevo y limpio. Estaba instalado y decorado con un sentido moderno de sencillez no exento de buen gusto.

El establecimiento ocupaba toda la planta del primer piso, muy espaciosa y bien distribuida. En la baja se hallaba instalada la cocina, un bar y algunas dependencias de servicio.

La entrada oficial era por el centro, donde un bonito *hall* con palmeras, una escalera con alfombra y lámparas de cristal tallado, daba prestancia a la entrada, pero a uno de los lados existía una pequeña puerta que por un largo pasillo, comunicaba con otra escalera estrecha, que ascendía al piso superior por la parte trasera del mismo.

En esta parte, estaban los lavabos y la cabina del teléfono.

Cuando Reagan subió al restaurante, ya la cena había terminado. Sobre las mesas, sólo quedaban los manteles de detonantes colores, con los búcaros de flores en el centro y los ceniceros.

Las mesas circundaban todo el salón, dejando en el centro un gran espacio libre que oficiaba de *parquet* para el baile. Las lámparas de color azul suave, daban un tinte extraño y agradable al salón.

La concurrencia era numerosa, casi excesiva. Las parejas que bailaban a los acordes de una música de cuerda instalada en una plataforma volada a un lado, se apiñaban sin casi espacio para girar y en torno a las mesas, había muchos clientes con copas y botellas sobre los manteles.

Reagan buscó con afán al marino hasta descubrirlo bailando con una rubia esbelta, elegante, de unos veintiocho años, de facciones atrayentes y ojos lánguidos, que parecían prestarle un aire de inocencia, aunque quizá su inocencia sólo estuviese en sus ojos.

Reagan buscó un lugar donde sentarse y pasar inadvertido. No quería dejarse ver llamando la atención para que Crain no pudiese fijarse en él y reconocerle cuando menos le interesase que así sucediese.

Al avanzar, rodeando la pista pasando por entre las mesas, se enfrentó con alguien a quien reconoció. Él no le había visto hasta aquel momento, pero el otro le estaba mirando desde que le vio

asomar por la puerta.

Reagan, al reconocer en el cliente a Foster, el comerciante de artículos de fotografía, avanzó hacia él. Foster ya se había levantado risueño para saludarle.

—Buenas noches, señor Reagan —dijo ofreciéndole su mano—. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, ¿y usted, señor Foster?

—Magníficamente. Me ha extrañado no volver a verle por mi establecimiento, aunque he supuesto que no tendría nada de particular que comunicarme... por cierto que..., perdonen, pero me había distraído. Quiero presentarle a alguien que usted ya conoce, aunque sólo sea de haber hablado con él por teléfono. Me refiero al señor Conway, de Nueva Jersey... Conway, tengo el gusto de presentarle al inspector Reagan, con quien habló usted aquella tarde por teléfono.

Conway era un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto y bastante huesudo, de rostro alargado y moreno. Un bigote negro recortado, disimulaba un tanto la largura de su nariz un poco judaica.

Conway se apresuró a ofrecer su mano al policía y Foster añadió:

—Ha venido hoy a pasar el día en Nueva York y me pidió lo trajese a algún lugar desconocido para él. Me habían hablado de «El Búho Azul», que yo tampoco conocía y hemos venido a cenar aquí... ¿Quiere aceptar un poco de champaña?

Le ofreció una copa y una silla. Como el local estaba completamente atestado, Reagan estimó que aquel sitio era tan bueno como otro cualquiera y aceptó.

Entonces Conway pidió permiso, diciendo:

—¿Me perdonan cinco minutos? He quedado en llamar a las doce a un cliente mío y van a dar en este momento. No quiero que se me escape, pues llevo detrás de él todo el día.

Conway se encaminó a la puerta del fondo que daba a las cabinas del teléfono y Reagan aprovechó para instalarse de forma que abarcase la pista, donde Crain, muy entusiasmado, bailaba con la joven. No quería perderles de vista por si descubría algo aprovechable.

Foster aprovechó el momento de hallarse solos, para decir:

—Me alegro de que mi amigo Conway se haya ausentado unos

minutos para hablar con usted de aquel desagradable asunto... No le dije nada en concreto, ni quiero lanzar a la publicidad estas cosas... ¿No hay ninguna noticia respecto al desaprensivo que utilizó mi auto?

—Ninguna. El no tener una descripción adecuada del tipo que conducía el auto, nos tiene despistados. Como no surja algo inesperado, me temo que no logremos averiguar quién lo hizo.

—Es una pena porque, como no me han autorizado a disponer del coche para llevarle al taller a arreglar, no puedo usarlo. Claro que no me perjudica mucho porque tengo el otro, pero me agradaría resolver ese asunto.

—Me ocuparé de él y pediré que si no es absolutamente preciso tener sin utilizar el coche, le autoricen a repararlo.

—Se lo agradeceré en el alma.

Conway volvió a aparecer en el salón y se sentó junto a Reagan diciendo:

—Es inútil, me ha dicho su criado que ha telefoneado que no irá esta noche, porque tiene un asunto urgente que resolver. Dice que le llame mañana a las dos. Me figuro que el asunto sería de pelo moreno y ojos negros. Willy las prefiero morenas.

Y rió el comentario.

Mientras Crain, a quien el policía no perdía de vista aunque disimulándolo, bailaba muy entusiasmado con la rubia y cuchicheaba con ella en voz baja. Cuando más entusiasmados se hallaban, un botones se acercó a ella preguntando:

—¿Es usted la señorita Martha Ibsen?

—Sí, yo soy; ¿qué sucede? —preguntó ella soltando a Crain.

—La llaman a usted al teléfono.

—¡Ah, bien, muchas gracias! Perdona un momento, Clifton.

Y atravesó el salón, desapareciendo por la puerta del fondo.

El marino, para entretener la espera, se acercó al pequeño bar portátil instalado en un ángulo del salón y solicitó un *whisky*, apoyándose de costado en la barra con el cuerpo vuelto hacia la puerta del fondo, en espera de que la muchacha regresase. Reagan le contemplaba ahora casi de frente y repasaba los rasgos firmes y hasta joviales y simpáticos del joven y esbelto marino. No acertaba a comprender como un hombre semejante, se había prestado a una cosa tan indigna y deshonrosa.

El tiempo transcurría y la rubia no regresaba. Reagan parecía intrigado por aquella ausencia y se preguntaba qué estaría haciendo la rubia en el interior del local.

La espera fue tan larga que Crain, después de apurar otro *whisky*, se sintió dominado por la impaciencia y con decisión, atravesó el local y se dirigió a las cabinas del teléfono.

Una mujer gruesa, de edad madura, cuidaba de los lavabos y de las cabinas. Crain le preguntó:

—¿Me hace el favor? Una joven rubia y esbelta que vino a hablar por teléfono hace unos veinte minutos...

—¡Ah, sí, habló y luego, se marchó por la puerta de servicio! Me pareció oírle decir algo así como: «¡Qué fastidio, llamarme ahora en lo mejor del baile!».

—¿De forma que se fue?

—Sí, señor.

Crain volvió mohíno al salón. No acertaba a explicarse por qué ella no había tenido la cortesía de salir a decirle que tenía que ausentarse. No le parecía su actitud muy correcta.

Cuando Reagan le vio volver a la sala con aquel gesto de contrariedad, adivinó que la joven le había dado esquinazo y le tenía desorientado. Lo más seguro era que el marino, contrariado, decidiese abandonar el local y se previno para salir antes que él.

Levantándose dijo:

—Señores, su compañía es muy grata, pero mis obligaciones me impiden emplear mi tiempo para solaz. Entré aquí a conocer esto y a esperar que fuese la una y como ésta va a dar, mi obligación me llama a otro sitio. Perdonen.

—De nada, señor Reagan. Los hombres que cuidan de la seguridad ajena, son unas víctimas del deber y siempre están perdonados. Espero tener el placer de volver a verle por mi casa.

—Procuraré que sea pronto para darle cuenta de lo que le interesa.

Estrechó la mano de ambos comensales y salió apresuradamente del local.

Al cruzar cerca de Crain, sacó el pañuelo fingiendo limpiarse la nariz para que el marino no se fijase en él y le echó una última ojeada. Crain, recostado contra la barra, golpeaba un cigarrillo en la bruñida madera y tenía el vaso de *whisky* a medio consumir.

Cuando el agente salió a la calle, un compañero vigilaba frente al «Búho Azul». Se dirigió él, preguntándole:

—¿Vio usted salir a una rubia alta y esbelta, con traje hechura sastre?

—Pues..., no, señor; he visto salir una mujer por la puerta reservada, pero iba envuelta en un amplio abrigo. No he visto salir a nadie más.

—Bien, el pájaro está dentro y supongo que no tarde en marcharse. Procure no perderle de vista.

—Tengo el coche a la salida del puente. Espero que no se me escape.

Reagan le dejó y atravesando la calzada, penetró por la puerta reservada subiendo al piso. Cuando llegó a las cabinas del teléfono, se encaró con la encargada de los lavabos.

—Usted vio salir a la rubia que vino a hablar por teléfono, ¿no es así?

—Sí, señor, ya me ha preguntado antes un joven...

—Sí, es su novio, según creo. ¿Sabe usted cómo se llama esa joven?

—Pues le diré... Llamaron diciendo que estaba aquí y se llamaba Martha. Dieron sus señas y la de su vestido y encargaron que se la buscara en el salón y se la trajera aquí. Yo di el encargo al botones y éste la buscó.

—¿Sabe usted si es clienta de aquí?

—Yo no la he visto antes, aunque quizá lo sea. De todas formas, tenga en cuenta que esto se ha inaugurado recientemente.

—Y al joven que vino en su busca, ¿tampoco le había visto usted antes?

—No, señor, ésta ha sido la primera vez.

—Muchas gracias.

Ya nada tenía que hacer allí, al menos de momento. Su impresión era que, en efecto, el encuentro entre ambos había sido incidental, que él acudió a la cita y que la joven, quizá ligada a otros compromisos, al ser llamada optó por dejar plantado al marino sin más explicaciones. La amistad se había roto con la misma facilidad con que se había iniciado.

Volvió a salir a la calle. Hacía frío y nada tenía que hacer, puesto que alguien se encargaría de vigilar a Crain. Echó un vistazo

al puente en busca del auto usado por su compañero y no lo encontró, lo que parecía indicar que, como suponía, Crain, enojado por el plantón, había decidido abandonar el «Búho Azul».

Se levantó el cuello del gabán, encendió un cigarrillo y, sumido en hondas reflexiones que giraban en torno al asunto que le habían encomendado, se dirigió a pie a su domicilio, al que llegó media hora después.

CAPÍTULO VII

A. C. 1022

El marino salió del «Búho Azul» con el entrecejo fruncido y las manos en los bolsillos de su amplio y bien cortado gabán. Iba sumido en pensamientos nada gratos y andaba a grandes zancadas de un modo mecánico, sin preocuparse de cuanto le rodeaba. Para él, el mundo no existía en aquel momento, fuera de su persona y de sus pensamientos.

Por esta causa, no notó que un auto silencioso arrancaba tras él y le seguía a distancia. El auto apenas si producía un leve rumor y Crain no parecía muy preocupado de que alguien pudiese seguirle.

Torció a su izquierda y al salir a Broadway por su parte alta, detuvo un taxi y le dio la dirección de su domicilio. El auto arrancó a buena marcha y el agente apretó el acelerador siguiéndole sin perderle de vista.

Así llegaron a Little W. 12 Street y el auto se detuvo a la puerta. Crain abonó el importe y, sacando una llave del bolsillo, abrió la puerta y desapareció en el interior de la casa, mientras el agente encargado de seguirle, estacionaba su auto en una calleja transversal y se disponía a montar la guardia hasta la hora de su relevo.

El marino ascendió la escalera hasta el ático donde tenía su departamento. Aquél, al concluir la escalera, se abría en una especie de *hall* con dos pasillos, uno a la derecha y otro a la izquierda. En cada pasillo había dos departamentos, uno a cada lado hacia la mitad de los pasillos y otro al fondo.

Crain tomó el pasillo de la derecha, avanzó hasta el fondo,

introdujo otra llave en la puerta, con la que abrió el departamento y, empujando la puerta, extendió el brazo buscando el conmutador de la luz junto a la jamba.

No llegó a encenderla. Algo de un olor asfixiante se pegó a su rostro, varios brazos vigorosos le asieron brutalmente y cuando intentó luchar para desasirse, ya había perdido el sentido.

Se dejó caer flácidamente en los brazos de sus agresores. Éstos le dejaron caer al suelo con cuidado y le arrastraron hasta el lecho, mientras uno sostenía una linterna sorda para alumbrar.

Eran tres y los tres cubrían sus rostros con negros antifaces en previsión de ser reconocidos, cosa que habían soslayado obrando con rapidez y habilidad.

Cuando el marino quedó depositado en el lecho, uno de ellos gruñó dirigiéndose a un compañero:

—Adelante, ya sabes la orden.

El aludido extrajo del bolsillo interior de su chaqueta un agudo estilete, se acercó al lecho y guiado por el cono de luz que caía sobre el cuerpo inanimado del marino, buscó el corazón. El brazo armado fieramente descendió buscando el sitio escogido y el estilete se hundió fieramente en un golpe seco.

Crain no se enteró. Pasó de la vida a la muerte en un tránsito dulce sin dolor ni agonía.

El criminal, que calzaba guantes como sus otros dos compañeros, tiró del estilete y fríamente lo limpió en la colcha, diciendo:

—Hecho. Éste no podrá hablar.

—Bien —dijo otro—, creo que todo está en orden, ¿no es así?

—Supongo que no hemos olvidado nada.

—Pues andando. De uno en uno, con intervalos de un cuarto de hora. Tú primero —añadió dirigiéndose al que tan hábilmente había manejado el arma homicida.

Éste desapareció escaleras abajo y con espaciados intervalos, salieron sus compañeros. Nada turbó su sangrienta faena ni nadie pudo sospechar el drama.

* * *

A la mañana siguiente, Reagan recogió en el Bureau el retrato de Crain con la llamada Martha. El fotógrafo había sido hábil

consiguiendo una buena copia y el agente no tuvo duda alguna en reconocer en ella a la joven que había bailado con el marino.

Más tarde interrogó al agente que le había seguido hasta su domicilio:

—¿Nada de particular?

—Nada. Tomó un taxi en Broadway y le seguí hasta su domicilio. Allí me estacioné hasta las seis de la mañana en que fui relevado. No salió de casa.

—¿Está seguro?

—Segurísimo. Salieron algunos inquilinos, pero ninguno se parecía a él. Crain es alto y los que vi salir eran bajitos y más delgados.

—Bien, habrá que seguir esperando... Me gustaría poseer algún dato más de la rubia, aunque no parece que existe nada que la ligue con este asunto, pero toda precaución es poca. Creo que he de volver al «Búho Azul» por si aparece por allí. Entonces, la seguiré y sabré algo más concreto de ella.

Pero de momento, debía resignarse a esperar una nueva ocasión para encontrarse con ella.

Cuando visitó a su jefe para darle cuenta de sus gestiones, éste le dijo:

—Tengo algo interesante para usted, Reagan.

—¿De qué se trata?

—De unos informes que acaban de llegar de Scotland Yard y de la Sureté de París.

—¡Ah!... ¿Se refieren a Hall y a Hussey?

—Justamente. De Hall, informa Londres que desapareció de allí en un barco ruso de carga, cuando estaban a punto de detenerle por existir pruebas concretas de que trabajaba en una banda de espionaje balcánico que fue deshecha, aunque algunos de sus componentes consiguieron escapar.

»Allí también figuró como viajante de hilaturas de Manchester y se le supone afecto a la cuadrilla que capitaneaba el agente Wrochiloff.

»En cuanto a Hussey, un gran dibujante, consiguió hacerse pasar por francés y estuvo actuando de delineante en una fábrica de aeroplanos. Con motivo de haberse descubierto el robo de los planos de un último modelo, desapareció como si lo hubiese

tragado la tierra y no se volvió a saber más de él. Ambos actuaron en las dos capitales con otros nombres distintos.

—Eso ya es algo, aunque nada resuelve. Quiere decir que debían trabajar para una banda de espionaje; pero hay algo más que lo complica.

—¿El qué?

—El misterioso ser que se deshizo de ellos y consiguió apoderarse de los planos. No olvidemos que todo el trabajo desarrollado por esa pareja y quien les manda, se ha frustrado por la intervención de un tercero, que supo de su trabajo e intervino con sus manos limpias para apoderarse de ellos.

—Sí y eso desconcierta un poco, porque si eran los rusos los que ansiaban los planos y se han quedado sin ellos, ¿a qué banda y a qué país pertenece quien se los robó?

—En efecto, la cosa es un tanto extraña y desconcertante, pues no vamos a suponer que ningún país amigo haya realizado esta sucia faena con nosotros.

—No parece verosímil, sin embargo... Si no estuviese seguro de que Crain trabajaba para esos agentes, le haría detener para obligarle a hablar.

—Claro que sí, pero estoy seguro de que él sabe tanto de quien se llevó los papeles, como nosotros en este momento. Quizá quien dirigía esto en la sombra, lo sepa y esté tratando de recobrarlos. Me digo que estoy seguro de que en algún momento surgirá algo raro que nos dé una nueva pista. Si los burlados sospechan quién les arrebató el fruto de su trabajo, no los supongo tan pasivos que no intenten recobrarlos. Habrá que permanecer muy a la expectativa en previsión de que surja algo al parecer vulgar, cómo parecían estos dos sucesos y encierren la clave que buscamos.

—Sí y daré orden a los centros policiales de la isla de que nos tengan al corriente de todo suceso que se produzca por simple y claro que aparezca.

El teléfono con su repiqueteo, cortó el diálogo. El jefe tomó el auricular.

—*Alló... ¿Quién llama? ¡Ah, es usted comandante Cagney...! Diga... ¿Cómo?... ¿Que no ha ido a la oficina?... Espere... Aquí está el agente Reagan, que sabe algo de sus pasos durante la pasada noche.*

Ofreció el teléfono al agente, diciendo:

—Me preguntan qué sé de Crain, pues no ha ido esta mañana a la oficina. Informe usted mismo al comandante.

Reagan tomó el teléfono y dio toda suerte de explicaciones al comandante, asegurando que desde la una y media que entró en su domicilio, hasta las seis de la mañana, en que el agente nocturno había sido relevado, Crain no salió de su departamento:

Luego, añadió:

—Lo que ha sucedido desde las seis hasta ahora, lo ignoro, pero yo mismo voy a ir a comprobar si sigue en su domicilio o le andan siguiendo mis hombres. Le informaré nuevamente en cuanto sepa algo.

Reagan colgó el auricular, muy preocupado. Tenía fe absoluta en sus compañeros encargados de la vigilancia del marino, pero temía que hubiese sucedido algo imprevisto. Se caló el sombrero y en un coche del departamento se encaminó a Little W. 12 Street, a comprobar por sí mismo si la vigilancia había fracasado.

El agente, que había entrado de servicio al amanecer, se hallaba en su puesto. Reagan le interrogó:

—¿No ha salido?

—No. Al menos desde que yo entré de servicie.

—¿Está seguro?

—Puedo jurarlo.

—Pues no lo entiendo. En fin, vuelvo enseguida.

Se dirigió al teléfono más cercano y volvió a ponerse en comunicación con el comandante, al que aseguró:

—Comandante Cagney, Crain no ha salido de su domicilio desde la una y media de la noche.

—No le discuto sus informes, pero sí puedo decirle una cosa. Hemos llamado infinidad de veces al teléfono y no contesta nadie. A menos que se hubiese acostado con una borrachera formidable, debía haber contestado.

—¡Ah!... ¿Dice usted que le han llamado esta mañana y no contesta? Bien, eso es alarmante y aunque estoy seguro de la sagacidad de mis compañeros, voy a comprobarlo por mí mismo subiendo al piso. Le llamaré de nuevo cuando aclare lo que sucede.

Muy preocupado, colgó el auricular y se encaminó de nuevo en busca de su compañero.

Éste era Sling, el mismo que había hecho tomar la foto, de Crain con Martha. Dirigiéndose a él, sombrío, dijo:

—Acompáñeme, Bem, algo extraño debe haber sucedido en el departamento de ese tipo, porque no contesta a las llamadas telefónicas. Me temo que sospechara algo y haya podido escapar de alguna manera.

En el portal, en un casillero, se hallaban las tarjetas con los nombres de los inquilinos. Crain ocupaba el ático, izquierda número 3.

Los dos policías subieron al piso y orientándose rápidamente, alcanzaron el departamento. Reagan, impresionado sin saber por qué, pulsó el timbre, que vibró sordamente sin recibir respuesta.

Se disponía a pulsarlo nuevamente, cuando al fijarse en la puerta, le pareció que no se hallaba bien encajada y, empujándola con brusquedad, ésta se abrió.

El agente sintió un estremecimiento en todo su cuerpo al observar como se abría la puerta. Aquello no le agradaba nada y su desagrado aumentó cuando al avanzar, descubrió que el mayor desorden reinaba en la primera habitación que tenía a la vista.

Había prendas por el suelo, muebles en posición nada estética y, al avanzar, descubrió otra pieza en donde algunos cajones estaban en el suelo con todo su contenido revuelto.

Ansioso buscó el dormitorio y al abrir una puerta, se enfrentó con él. Al fondo, bajo una ventana que daba al patio, se hallaba el lecho y, sobre él, una silueta rígida.

Cuando se acercó, su pánico fue enorme. Crain, completamente vestido, hasta con el abrigo que llevaba puesto, yacía en el lecho y sobre el corazón se marcaba la huella roja y extendida de la terrible puñalada que recibiera.

Ambos agentes quedaron petrificados ante el hallazgo. Todo podían esperarlo menos aquello.

Reagan, sin tocar nada, echó un vistazo en torno a él.

A simple vista, sólo podía apreciar el desorden reinante en el departamento, pero nada que le aclarase lo sucedido.

Todo lo que le era dado colegir, era que Crain había sido sorprendido seguramente al entrar y le habían dado la puñalada sin tiempo a defenderse.

Tomando el pañuelo por si acaso había alguna huella en el

teléfono, marcó el número del Departamento de Investigación y llamó a su jefe para darle cuenta del macabro hallazgo. El jefe estalló en maldiciones, pues entendía que le cabía cierta responsabilidad en la muerte del marino, sin que éste hubiese sido obligado a hablar.

Aquella muerte significaba que los espías empezaban a trabajar a marchas forzadas. Debían haber sospechado que se estaba tendiendo una red en torno a Crain y que éste podía decir cosas comprometedoras para alguien.

Se apresuró a ordenar que esperase a que enviara al personal del gabinete de huellas para tomar las que hubiese si las había y después, podía registrar el departamento a ver si encontraba alguna pista. Por su parte, telefonearía al Departamento de Marina comunicando el descubrimiento y prometiendo informarles de lo que descubriesen.

Reagan se paseaba impaciente por las habitaciones esperando con ansia la llegada de los técnicos. Cuando éstos aparecieron, respiró con alivio.

Les acompañaba el forense, quien esperó a que tomaran las fotos pertinentes para su misión.

Cuando acabaron, el forense examinó el cadáver. Su comentario fue:

—Una excelente puñalada en la misma posición que tiene el muerto. Debieron sorprenderle durmiendo.

—¿Sobre qué hora calcula usted que le mataron?

—Pues..., aproximadamente, entre una y media y dos de la mañana.

—¿Está usted seguro?

—Una seguridad muy relativa, no cronométrica.

—Es que... si eso se confirmase... podía asegurar que no le mataron dormido.

—¿Por qué?

—Porque era la una y media o algún minuto más, cuando llegó aquí, eso se puede comprobar, y porque... no se explica que se acostara con gabán, sin siquiera quitárselo por mucho sueño que tuviese.

—Tiene usted razón; en cuyo caso cabe admitir que le anestesiasen sorprendiéndole al entrar, le arrastrasen hasta el lecho

y le asesinasen fríamente.

—Eso ya cuadra más con la realidad.

—Yo podré decírselo cuando le sea hecha la autopsia. La muerte fue instantánea y el interfecto no debió darse cuenta de nada, porque su posición es correcta, ni un gesto brusco, ni una contracción del rostro, indudablemente le anestesiaron.

Reagan recordó el informe de su compañero de vigilancia. Sólo había visto salir a algunos inquilinos, pero no a Crain. Los que él tomara por inquilinos, no podían ser otros que los asesinos.

Más tarde pediría detalles de ellos. De momento tenía mucho que investigar allí.

La revolución provocada en el piso parecía indicar que el móvil había sido el robo. Una sorpresa cuando estaban registrando y la eliminación del inquilino para salvarse.

Pero en el caso de Crain, cabía sospechar de tales apariencias. Todo podía ser una máscara para encubrir el verdadero motivo del asesinato, como máscara fue los trucos empleados para deshacerse de Hall y de Hussey.

Con repugnancia, desabrochó el abrigo y las demás prendas del muerto, registrándolas. En la cartera, tenía noventa dólares, una cantidad respetable para que un ladrón no la desdenase, amén de su reloj de pulsera, de oro, y de una sortija con un brillante que lucía en el dedo.

Esto echaba por tierra la hipótesis del robo, en la que no había creído desde el primer momento. Todo era una tapadera para tratar de despistarle.

Registró la cartera minuciosamente. Lo que contenía era poco; documentos de identidad, algunas tarjetas de compañeros de armas y una libreta con la apuntación de algunos gastos efectuados y números de teléfonos, que más tarde comprobarían a quién pertenecían. Nada más, salvo una apuntación a pluma en la contratapa superior, que decía:

A. C.-1022

Reagan se quedó contemplando aquella pequeña nota. No podía formarse idea alguna de lo que podía significar, pero la tendría en cuenta para el momento oportuno.

Recogió todos los efectos del muerto y se encaró con el jefe del

departamento de huellas, preguntando:

—¿Algo de particular?

—No lo sé; hemos encontrado algunas huellas, pero habrá que comprobar a quién pertenecen cuando tomemos las del muerto.

—¿Han terminado ustedes?

—Sí.

—Pues que entre la ambulancia y se lleve el cadáver.

La presencia del personal policíaco había producido cierto revuelo en la vecindad y algunos inquilinos se asomaban a las puertas llenos de curiosidad por saber lo que había sucedido.

Reagan aprovechó aquello para interrogar a los vecinos del ático, los que unánimemente afirmaron no haber oído el más leve ruido durante la noche.

Tomó sus nombres para realizar averiguaciones sobre su vida y conducta y cuando ya nada tuvo que hacer allí ordenó sellar el piso, dejando de guardia a uno de los agentes que le habían enviado.

Con lo poco recogido se trasladó al Burean donde su jefe se hallaba de un humor endiablado.

—¿Sucede algo más? —preguntó Reagan.

—No, salvo que en el Departamento de Marina, se han puesto como fieras al saber la muerte de Crain. Nos culpan de ella y, sobre todo, de haber sido causantes de que haya muerto sin declarar lo que supiese.

—Son unos ilusos —comentó Reagan contagiado del mal humor de su jefe inmediato—. Creen que porque saben mucho de barcos, tienen derecho a saber igual de asuntos policiales y de haberlos dejado obrar a su antojo, no sólo se hubiesen visto chasqueados, sino que todo; lo habrían complicado. Este crimen ha sido algo imprevisto, es cierto, pero no hubiese aclarado nada de no cometerse. Crain ha sido un muñeco y de haberle obligado a hablar, ahora la banda se habría esfumado. Por el contrario, como apreciará, está unida en plena actividad y dispuesta a seguir actuando, porque necesita recuperar los planos. La muerte de Crain ha servido para aplomarlos, porque eliminándole, creen haber evitado una posible pista. Si la pista había de ser inocua, prefiero que haya sucedido así, porque su unidad no ha quedado rota y tarde o temprano servirá para cazarles a todos.

—Váyale usted con esos razonamientos a los del Departamento.

—No pienso irles con ninguno. Muerto Crain, nada tenemos que tratar ya con ellos y podemos trabajar sin su interferencia.

—Bien, ¿qué ha averiguado usted?

Reagan le dio cuenta de todo lo que sabía y había sospechado. El jefe convino con él:

—Yo también creo que le estaban esperando y le narcotizaron al entrar para deshacerse de él sin lucha ni ruido. En cuanto al robo, una pamema, a menos que...

—¿A menos qué?

—Que lo que le hayan pagado por su traición, lo tuviese en su domicilio y lo buscasen. Siendo así, la cantidad que llevaba encima carecía de importancia.

—Tiene usted razón. Eso ha podido ser, aunque lo ignoramos. De todas formas, se ha dado demasiado aparato al registro... Éste se ha verificado como si se pretendiese dar la sensación de que los asaltantes eran gente vulgar y grosera de baja estofa. Sólo esos tipos hacen las cosas con tan poca limpieza.

—Quizá tenga usted razón. Bueno, enséñeme lo encontrado.

Reagan lo puso sobre la mesa examinándolo. Respecto a los teléfonos, prometió ocuparse personalmente de ellos.

El agente, indicando la apuntación de la contratapa, preguntó:

—¿Qué interpretación da usted a esto?

—Pues..., no sé. Parecen las iniciales de un nombre y un apellido y el número de un teléfono apuntado aprisa y de cualquier manera para no olvidarlo.

—Sí, salvo que esa numeración no existe aquí. Es demasiado baja.

—Podría corresponder a alguna localidad poco importante. Para que Crain recordase a quien pertenecía el teléfono y el número no necesitaba apuntar también la localidad.

—Una explicación plausible, pero que no puede convencernos como única.

—Claro que no; ha sido la única hipótesis que de momento se me ha ocurrido.

—Estudiaremos a ver si se nos ocurren otras. Le dejaré la libreta y apuntaré esas iniciales y el número.

Cuando lo hizo, se retrepó en el sillón con la cabeza echada hacia atrás, demostrando su cansancio.

—Y ahora —comentó— otra vez a empezar. Aunque tenemos algunos informes y datos, carecemos de la más leve luz que nos oriente. Esto es desesperante.

—Tiene usted razón; después de esto, ¿qué queda?

—Nada en realidad; una cortina de denso humo que nos impide ver nada al otro lado. Mientras no sople un vendaval aunque sea de crímenes, creo que no adelantaremos un paso. Esa cortina tiene que romperse y si no lo hacen ellos mismos, creo que no seremos nosotros quienes la rompamos.

—¿Pesimista ahora?

—No sé, creo que estoy fatigado y no lo veo claramente.

—Me doy cuenta y mi parecer es que se tome unas horas de reposo. Yo llamaré a Sling para que me aclare lo de los inquilinos que él creyó ver salir anoche, por si registró algún dato que nos sirva para algo. Cuando se levante usted, se encontrará más optimista.

Reagan asintió, levantándose con desmadejamiento. Realmente estaba cansado y su cerebro se hallaba lleno de nebulosas.

Se despidió de su jefe y se encaminó a su domicilio. Se tomaría un buen descanso y quién sabía si más adelante, vería alguna débil luz que le orientase en nuevas y fructuosas pesquisas.

CAPÍTULO VIII

HARRIMAN DESAPARECE

Cuando al día siguiente despertó, la fatiga había desaparecido y aquel pesimismo del día anterior se había suavizado. A fin de cuentas, la costumbre de pasar por períodos de obscuridad y desaliento en su misión, le había acrisolado para saber resistirlos sin desfallecer.

Mientras se afeitaba, repasó todo lo sucedido. Algo diabólico e ingeniosamente preparado que denunciaba una mano experta, un cerebro sutil y una organización clandestina llevada con habilidad.

Pero él representaba la razón, la Ley y la fuerza. Aunque parecía ser solo, tenía a su espalda cientos de hombres dispuestos a secundarle, una máquina maravillosa creada precisamente por la experiencia de aquellas luchas y una libertad de movimientos que los espías no podían gozar.

Y todo aquello podía ser manejado eficientemente con sólo hallar una pista para lanzarlo por ella. A él le incumbía encontrar esa pista y debía responder a la confianza que en él habían depositado.

Cuando terminó de afeitarse se vistió y al acercarse a la mesilla donde había depositado la cartera, el monedero y el revólver, sus ojos tropezaron con el retrato de Crain y la joven Martha. Sin querer, se quedó contemplándolos y se dijo que costaba trabajo admitir que aquel muchachote fornido y viril, que horas antes le viera bailar entusiasmado en el «Búho Azul», fuese en aquellos momentos un triste despojo próximo a hundirse en la tierra para toda una eternidad.

Luego apartó la vista de Crain para clavarla en la joven. De nuevo la muchacha ejercía sobre él una atracción violenta. La estudiaba atentamente en la cartulina, tratando de leer en sus acusados rasgos personales algo que le decidiese a apartarla de su imaginación como un caso accesorio o tomarla en consideración dedicándola todos sus esfuerzos.

Su pelo rubio era el que más le atraía. Estaba recordando algunos detalles de su actuación a través de todo lo sucedido y empezaba a fijar en su mente algo definido. Dos hechos eran ciertos; uno, que la joven que llevó los anuncios al «New York Herald» era rubia, y otro, que alguien había dicho que Hall, el viajante, también había recibido una o dos veces la visita de una muchacha rubia...

Y rápidamente tomó una decisión. Guardó la foto en la cartera, se caló el sombrero y, saliendo a la calle, se encaminó a la Redacción del diario.

De nuevo pidió hablar con el jefe de publicidad. Éste le recibió amablemente y lo preguntó:

—¿Algo más referente a aquél anuncio?

—Sí, señor, me traen dos cosas aquí y espero que ambas sean tomadas en consideración por usted.

»Una es que, de aquí en adelante, cuando se vuelva a presentar —si se presenta— un caso de éstos, antes de decidirse a insertar el anuncio, avise a la policía y de cuenta de ello enviándole el texto del anuncio. Que ella sea la que decida si autoriza o no su publicación y si debe tomar medidas para vigilar a quien trajo el anuncio.

El periodista, alarmado, preguntó:

—¿Quiere decir que... aquel anuncio... no era lo que parecía?

—No, señor, no lo era, y aunque no sea del caso añadir más, le diré que inocentemente, pero por abandono, han contribuido a hacer el juego a elementos perniciosos que se han servido de su buena fe para actuar. Espero que tome buena nota de ello para lo sucesivo.

—Sí, señor, comprendido, y se tendrá en cuenta.

—Sí, porque le diré que las señas que aquella señorita dio eran falsas.

—¿Falsas? A mí me presentó algunos documentos que parecían

auténticos.

—Pues eran falsos o al menos falsa la dirección. Ahora dígame si la reconocería si volviese a verla.

—Pues... creo que sí, me parece recordarla bastante bien.

—En ese caso, vea esta foto y antes de contestar, examínela con atención y no hable si no está seguro de reconocerla. No quiero confusiones.

El jefe de publicidad tomó la cartulina y examinó atentamente el retrato. Después de un momento de examen, miró a Reagan y declaró:

—Juraría que es la misma que trajo el texto. Encuentro algo raro en ella, pero en términos generales. Por lo demás, sus facciones me parecen las mismas.

—¿Está seguro?

—Creo estarlo.

—¿En qué le parece que difiere?

—Pues... no sé... Quizá sea en el peinado... Sí, me parece que es en eso. Sus cabellos tenían una forma distinta..., creo que una onda en la frente, que no veo en la foto, pero en general, sus rasgos son idénticos.

—¿Es cuánto puede asegurar?

—No me atrevo a más.

—Está bien. Gracias y no olvide mi recomendación.

—Descuide que no la olvidaré.

Reagan abandonó el periódico con los ojos chispeantes de gozo. Ya tenía algo más positivo a mano. Aquella rubia que al parecer, cambiaba de peinado para desvirtuar un poco su rostro, pero que, al parecer también poseía una conexión con toda la maraña que tenía entre manos.

Para mejor asegurar su posición en el juego, empezó a repasar todo lo actuado, en particular en lo que se refería a ella. Primero, había aparecido ordenando la inserción del anuncio, clave de todos los sucesos; luego, había dado una dirección falsa y hasta un nombre, pues el suyo de Martha no coincidía con el de Mónica que dio en el periódico y, por último, había aparecido junto a Crain, quizá no de manera tan accidental como Sling había creído, pues cabía admitir que estuviesen citados en el Parque y que, para despistar, fingiesen encontrarse allí por primera vez, temiendo que

Crain se hallase vigilado a causa de la desaparición de los planos.

Esto podía haber servido de pretexto para poderse ver de nuevo aquella noche en el baile y...

Se quedó dudando al recordar la misteriosa desaparición de la joven del baile. Había sido llamada por teléfono y se había apresurado a ausentarse sin volver a la sala a dar una explicación al joven, dejándole abandonado súbitamente...

—¿Por qué? Sin duda, porque alguien sospechó o supo que él estaba en el baile y su presencia pudieron relacionarla con Crain. Había que poner a salvo a la muchacha antes de que la siguiesen los pasos comprometiéndola también.

Y cabía admitir esto por la rapidez con que se habían deshecho del marino. Debieron temer que si le detenían, dijese algo de ella, aparte de otras cosas, y lo mejor era cerrarle la boca. Después de todo, su trabajo lo había realizado ya y su intervención era más peligrosa que útil para los espías.

La cosa estaba tan clara que, no admitía dudas y reflexionando sobre el caso, se encaminó al Bureau.

Allí dio cuenta a su jefe de la gestión realizada en el periódico y de sus conclusiones. El jefe coincidió con él en la apreciación y decidió sacar copias ampliadas de la foto y entregarlas a varios agentes, para que realizasen investigaciones encaminadas a descubrir a la misteriosa rubia.

Además, se montaría una guardia permanente en torno al «Búho Azul», por si volvía por allí y, a sugerencias de Reagan, se acordó enviar también copias a las policías europeas, por si alguna poseía antecedentes de la joven.

El círculo se iba cerrando, pero era un círculo imaginario, donde todo descansaba sobre teorías hábiles y bien trazadas, sin un punto sólido en el que apoyarse para operar dentro de él.

Aquello era cuanto se podía hacer de momento y mientras las pesquisas diesen fruto o no, Reagan se vería inmovilizado sin saber qué hacer para acortar el plazo de espera y meterse en el terreno de sus enemigos.

* * *

Tres días más tarde, alrededor de las siete de la tarde, el ingeniero Harrison trabajaba en su laboratorio muy preocupado con

los preliminares de un nuevo modelo de torpedo, mucho más potente y seguro que los que en aquel momento se usaban, cuando fue llamado por teléfono.

Harrison tomó el auricular y una voz al otro lado del hilo, preguntó:

—¿Es el profesor Harrison?

—Al habla... Yo soy...

—¿Está usted solo?

—Completamente solo... ¿Quién habla?

—Soy el secretario del señor ministro de Marina. Dentro de un cuarto de hora o cosa así, lo visitará el capitán McCloy, quien lleva una misión de parte del señor ministro. Le ruego que le atienda.

—Muy bien, señor secretario. Será atendido.

—Gracias y de ello que no se entere nadie.

—Descuide, que así será.

Harriman colgó el auricular intrigado. No acertaba a imaginarse qué misión llevaría el nombrado capitán, pero adivinaba que debía relacionarse con el asunto de los planos desaparecidos.

El ingeniero habitaba en una villa aislada en la punta sur de Bronx, frente por frente a la pequeña isla de Randall, a la izquierda de la prolongación de la calle 132 y a la izquierda del *boulevard* Bruckner.

Allí, aislado del bullicio de Manhattan, podía trabajar con calma y silencio, sin que sus estudios y experimentos se viesan perturbados por el rumor de colmena de la gran urbe.

Trabajaba mecánicamente cuando oyó el rumor de un auto que se detenía frente a la puerta de la cerca y, desde la ventana del laboratorio, observó cómo un oficial de Marina —sin duda el capitán que le habían dicho— tocaba la campanilla.

El jardinero salió a abrir. El capitán preguntó:

—¿El profesor Harriman?

—Sí, capitán, aquí es.

—Dígale que está el capitán McCloy.

El jardinero pasó el aviso y el profesor hizo que le condujeran al laboratorio.

—Buenas tardes, capitán —saludó—. Usted dirá qué desean de mí.

—Vengo de parte del señor secretario del ministro. El ministro

desea verle sin perder momento para algo muy importante. Me han encomendado la misión de acompañarle al Departamento de Marina.

—Muy bien. Soy con usted inmediatamente.

Se despojó de la bata de trabajo, se puso la americana, tomó el gabán y el sombrero y reapareció en el laboratorio.

—A sus órdenes, capitán.

—A las suyas, profesor.

Salieron al exterior. Harriman observó que el auto era un magnífico «Lincoln» y que en el *baquet* se hallaba un conductor con el uniforme de Infantería de Marina.

Al subir, descubrió dentro a otro marino. Por lo que pudo apreciar, se trataba de un teniente. McCloy hizo la presentación, diciendo:

—Profesor, le presento al teniente Garden.

Se saludaron. Harriman se sentó junto al capitán, teniendo enfrente al teniente.

—Al Departamento de Marina —ordenó el capitán, y el auto arrancó a media marcha con suavidad y sin hacer ruido alguno.

Harriman preguntó:

—¿No tiene usted idea para qué soy llamado?

El capitán, tras un momento de duda, repuso:

—Pues... creo que se trata de algo relacionado con la desaparición de los planos de su mina.

—¡Oh! ¿Es que los han encontrado?

—No, no los hemos encontrado, pero... esperamos recuperarlos en breve. Esto será cuestión de usted.

—¿Mía?

—Sí, sería largo de explicar, pero pronto comprenderá que así es. Nosotros...

Súbitamente, se abalanzó sobre él con una mascarilla de cloroformo en la mano. Al mismo tiempo, el teniente había hecho lo propio para inutilizar al sabio y no permitirle ni defenderse ni gritar. El ataque combinado fue tan veloz que cuando Harriman quiso darse cuenta de lo que sucedía, yacía en el asiento privado de conocimiento, con la cabeza recostada sobre el llamado McCloy.

Éste, sonriendo, comentó:

—La cosa ha sido de una facilidad infantil. Cuando vuelva en sí,

comprenderá lo que le quise decir al afirmar que de él dependía que los planos apareciesen.

Y sacando la pitillera, ofreció un cigarrillo a su compañero, encendiendo el suyo con perfecta tranquilidad.

* * *

Eran las siete de la mañana del día siguiente. Reagan dormía aún, cuando el teléfono vibró escandalosamente a la cabecera de su lecho. Entre sueños tomó el auricular y preguntó:

—¿Quién llama?

Escuchó un momento y, ya despabilado, dijo:

—¡Ah!... ¿Es usted, jefe? ¿Qué sucede?... ¿Cómo? ¿Que vaya inmediatamente a su despacho? ¿Algo grave?... Bien, bien, voy rápidamente.

Despabilado, se vistió con apresuramiento. Su jefe no había querido decirle para qué le llamaba, pero si le había advertido que el asunto era grave.

Salió de su casa preguntándose qué otra nueva catástrofe, habría sucedido. Estaba preparado para lo peor, pero no podía sospechar el motivo de la llamada.

Cuando llegó al despacho, su jefe se paseaba nerviosamente por él. Le bastó mirarle a la cara para comprender que la cosa debía ser gravísima.

—¿Qué sucede, jefe?

—Pues... nada más que... ha desaparecido Harriman.

—¿Qué dice? ¿Que el inventor de la mina ha desaparecido?

—Como, lo está oyendo.

—¡Campanas del Infierno, esa gente trabaja bien y deprisa!... ¿Cómo y cuándo desapareció?

—Al parecer, ayer a última hora de la tarde.

—¿Y no se ha sabido hasta ahora?

—Hasta hace media hora, que ha sido denunciada la desaparición.

—¿Cómo se ha sabido?

—Pues... me ha llamado el jefe de la policía local para comunicármelo. Al parecer, a primera hora, se ha presentado en Jefatura el jardinero de Harriman, muy preocupado por la ausencia del sabio. Asegura que salió a las siete de la tarde y que no había

vuelto aún.

—¿Solo?

—No, y esto es lo misterioso. Lo que ha dicho es lo siguiente: Alrededor de las siete, se detuvo un magnífico auto a la puerta de la villa de Harriman y de él descendió un capitán de Marina que preguntó por Harriman. El inventor le hizo pasar a su laboratorio, donde trabajaba, y unos minutos después, salía en su compañía y montaba en el auto. Todo lo que el jardinero pudo añadir, fue que el capitán dijo llamarse McCloy y que dentro del coche, iba otro marino y que el que conducía era un soldado de Infantería de Marina.

»El jardinero no se alarmó al verle salir en tan excelente compañía, ni se sintió inquieto porque no se presentase a la hora de la cena, pero como las horas transcurriesen y no se hubiera presentado en la villa, temió que hubiese podido ser víctima de algún accidente y se decidió a comunicar el hecho a la Jefatura de Policía.

»El jefe se apresuró a llamarme, pues sabe que estamos trabajando en algo relacionado con él y yo he llamado al Departamento de Marina para preguntar si desde él fue llamado Harriman y si le habían retenido para algo. La contestación ha sido desoladora. Me han asegurado que nadie le llamó, e incluso, que desconocen allí ningún capitán que se llame McCloy.

»No hay que ser adivino para afirmar que se trata de un golpe maestro. El asunto del robo de los planos no ha sido tan positivo como ellos suponían, por la falta de una de las hojas y como deben necesitar a toda costa los planos completos, no han dudado en dar un paso tan arriesgado y decisivo como el de raptar al inventor para que éste les facilite lo que falta. Apostaría la cabeza a que a estas horas está encerrado en algún escondrijo bien oculto, amenazado de muerte si no reconstruye los planos de la mina y hace entrega de ellos. El golpe ha sido bien estudiado. Nada de asaltos ni escándalo. Unos uniformes de Marina bastaban para decidir a Harriman a seguirles voluntariamente y a apoderarse de él sin escándalo. Un golpe de efecto que nos pone en mayor compromiso».

—En efecto —comentó sombríamente Reagan—, porque se nos acusará de imprevisión al no poner una vigilancia en torno a Harriman en previsión de que intentasen arrancarle la parte que

faltaba en los planos. No sé si decir que tiene razón, pero, siguiendo esa teoría tendríamos que prever hasta lo infinitesimal sucesos que por ilógicos no entraban en nuestros cálculos.

«Lo malo de esto es, no que le hayan raptado, sino las consecuencias. No creo a Harriman un héroe de las cruzadas o de Cartago y Numancia para dejarse quemar vivo o colgar de los pies, por negarse a reconstruir los planos. Se negará al principio, pero cuando el tormento apriete, y apretará, se verá obligado a ceder... ¿Cuánto tiempo podrá resistir? Ésa es la incógnita».

—Lo del tiempo es lo de menos, si carecemos de base para actuar.

—Pero si tarda en ceder, acaso en ese espacio de tiempo consigamos algo positivo. Hay que localizar inmediatamente ese auto y esos falsos marinos, así como el lugar adonde se dirigieron... ¿No se fijó el jardinero en qué clase de auto se lo llevaron?

—Sólo en parte. Dice que era un hermoso «Lincoln», de seis plazas, pintado de gris oscuro y nuevo.

—Mal asunto. Apostaría a que no es propiedad de los raptos. Sería exponer un coche demasiado valioso y ofrecer una pista muy útil. Ya verá cómo al final, se apoderaron del auto en algún garaje o en algún estacionamiento.

—Sea lo que sea, hay que hacer algo. Encárguese de organizar la búsqueda.

—Así lo haré, pero antes voy a telefonar a todas las comisarías y cuartelillos, por si en alguno se ha presentado una denuncia sobre la desaparición de un coche de ese tipo.

Empezó a llamar a todas las comisarías, y cuando llamaba a la establecida en la Calle 51 Este, el comisario contestó:

—Escuche; denuncia no hemos recibido, pero nuestros hombres han descubierto un auto de ese tipo abandonado en York Avenue, entre la 60 Street y el puente de Queensboro. Lo han encontrado sobre las cuatro de la mañana.

—¿Qué han hecho del auto?

—Tengo un hombre custodiándolo mientras se hacían gestiones para averiguar quién es su dueño.

—Gracias. Voy inmediatamente allí.

Corrió al despacho de su jefe a darle cuenta del hallazgo, y tomando un fotógrafo del departamento de huellas, se trasladó en

otro auto al puente. Allí estaba el coche custodiado por un policía.

El empleado tomó varias fotos de la dirección y de las portezuelas y regresó al Bureau para esperar el resultado del trabajo. Cuando llegó, ya su jefe había averiguado algunos detalles complementarios. El coche había sido robado la tarde anterior en un club, cerca del Parque, mientras unos millonarios celebraban un banquete.

El asunto estaba claro. Apenas cometido el robo y con los hombres disfrazados convenientemente, se habían apresurado a ir en busca del profesor, trasladándole al escondite ya preparado y abandonando después el coche por innecesario.

Un bonito trabajo que denunciaba a gente apta, entrenada y sin vacilaciones. Lo que se llamaba una perfecta cuadrilla, dispuesta a arriesgarlo todo por conseguir lo que se habían propuesto.

Ya solamente cabía intentar seguir la pista al coche.

Quizá no fuese tan imposible como parecía, movilizando todo el personal del Departamento para realizar investigaciones, partiendo de la villa del sabio y desde las siete de la tarde. Algo muy difuso y complicado, pero lo único que se podía intentar.

Más tarde, el encargado de tomar las huellas presentó unas tarjetas con algunas. No se sabía a quién pertenecían, pero allí estaban y aunque se procedió a comprobarlas con todas las archivadas, la operación no arrojó luz alguna, porque no pertenecían a la inmensa colección que tenían en los archivos.

Podrían pertenecer a alguno de los raptos sin que éste estuviese fichado, o quizá al propio profesor, pero como no poseían las de éste, nada podían resolver.

Y transcurrió todo el día en medio del mayor nerviosismo. El departamento de Marina apremiaba por teléfono para localizar el paradero del sabio y aunque la policía lo había mantenido en el más absoluto secreto, temían no poder seguir ocultándolo. La desaparición de un hombre tan destacado como aquél no podía ocultarse mucho tiempo.

CAPÍTULO IX

UN DESCUBRIMIENTO INESPERADO

Transcurrieron tres días sin que se consiguiese el menor rastro a seguir. Los que habían verificado el rapto eran hombres listos y meticulosos en su trabajo y no hacían las cosas alocadamente. Nadie se explicaba adonde habían llevado el auto, ni cómo, pero el caso era que los muchos agentes desplegados para investigar no habían adelantado un solo paso.

Lo mismo sucedía con el hallazgo de Martha. Debía poseer un escondite muy bien buscado y haber desaparecido de la circulación desde la noche que se ausentó del baile, pues nadie daba detalles de ella.

Cuando Reagan Se hallaba más preocupado y sombrío por el fracaso de él y de todos sus compañeros, recibió una llamada telefónica que acabó de ponerle de peor humor por lo inoportuna y vacua para él.

La llamada procedía de Foster, el comerciante de artículos de fotografía. Se extrañaba de que desde su encuentro, no le hubiese llamado para decirle si se le autorizaba o no para disponer de su «Hudson» y ordenar que fuese reparado.

Por cortesía, tuvo que pedirle perdón por el olvido y prometerle ocuparse de ello. Cuando consultó con su jefe, éste contestó:

—Autorícele para que disponga de él cómo quiera. Nada vamos a ganar con tener el coche inmovilizado.

Aquella tarde, Reagan, aprovechando que pasaba cerca de la Avenida de las Américas, recordó a Foster y decidió comunicarle personalmente que podía disponer del auto como quisiera.

Cuando llegó a la tienda, Foster le vio desde su pequeña cabina y, saliendo fuera, le saludó:

—Tanto gusto, señor Reagan. Perdone mi insistencia en llamarle. Comprendí que no estaba usted de muy buen humor cuando le llamé y lo sentí... ¿Quiere honrarme pasando y fumándose un cigarrillo?

El agente quiso suavizar con la aceptación, el mal efecto que había causado al comerciante su brusca contestación y aceptó. Foster le hizo pasar a la trastienda, donde en una mesita colocada en un rincón, había la correspondencia de aquella tarde.

El agente sacó la pitillera de oro y le ofreció un cigarrillo. En aquel momento, fuera, en la cabina, vibró el timbre del teléfono.

—¿Me perdona un momento? Me llaman al teléfono.

—Perdonado; vaya.

Foster salió de la trastienda y Reagan, en pie, echó un vistazo al contenido de la mesa. Sobre ella había varios sobres abiertos, cuyo contenido ya había sido extraído y muchos papeles amontonados.

Y al fijarse en algunos de los sobres, una cifra quedó grabada en su retina. Casi toda la correspondencia que tenía a la vista, estaba dirigida a nombre de Foster, al Apartado de Correos, N. 1022.

Aquella cifra fue para él como un torrente de luz derramándose sobre su cerebro obscurecido por tanta sombra y tanta duda. Ahora sabía de pronto lo que significaba aquella innocua apuntación en la contra-cubierta de la libreta de Crain. A. C. 1022, era sencillamente Apartado de Correos, 1022. ¡Bruto de él que no había acertado a descifrarlo!...

Y un mundo de detalles, antes sin conexión y ahora claros, acudieron en oleadas a su pensamiento. El auto que había atropellado a Hussey, la presencia del comerciante en el «Búho Azul» la noche en que estaba la rubia bailando con Crain, el astuto Conway que había certificado espontáneamente la coartada de Foster el día de los sucesos y hasta aquella llamada telefónica que el propio Conway tenía que hacer aquella noche precisamente cuando él llegó y que motivó el que más tarde, Martha desapareciese del baile sin dejar rastro...

Instintivamente, miró el cigarrillo que tenía en sus manos un tanto trémulas y fue entonces cuando se fijó en que era un «Pleyer», la misma marca que tenían las dos colillas encontradas en el

domicilio del falso suicida.

Un cúmulo de detalles formaba un edificio más alto que el Empire State y acusaban a Foster de ser el hombre que con tanto ahínco estaba buscando.

Pero con un dominio de sus bien templados nervios, se serenó. No procedía obrar con precipitación, ni dar a conocer sus reacciones. El asunto no era privativo de un solo hombre, ni de dos, sino de una banda en la que otra se había cruzado también y la prudencia aconsejaba obrar con pies de plomo, para tender una tupida red en la que tanto grandes como chicos quedasen prendidos en ella.

Fue un esfuerzo terrible el que realizó para serenarse, pero cuando Foster, tras una breve conversación por teléfono volvió junto a él, el agente aparecía tan laxo e indiferente, como cuando bahía entrado.

El comerciante observó que ya no tenía el cigarrillo entre los dedos y le ofreció otro, que acepto. Reagan lo había dejado apagar para guardar la colilla en su bolsillo.

—Pues sí —dijo Foster— adiviné que no estaba usted de muy buen humor en ese momento y lamenté haberle llamado.

—Bueno —replicó Reagan sonriente—, no lo tome en consideración. Nosotros tenemos más momentos amargos que dulces, pues aun cuando a veces triunfemos, el momento del éxito es fugaz y, en cambio, los que le precedieron fueron duros. Es cierto que estaba molesto y lo estoy, porque no hemos logrado aclarar quién atropelló y mató a aquel pobre diablo, ni siquiera tenemos el menor indicio de su vida anterior. Parece como si hubiese brotado de la tierra en Broadway hace seis meses y antes no hubiese existido.

—Procederá de algún Estado donde no le habrán echado de menos.

—Quizá sea eso. A lo mejor, cuando menos se espere sabemos algo de él, pero es molesto no descubrir cosas tan nimias. La gente tiene un concepto muy falso de la actuación de los agentes del F. B. I.

Nos creen superiores cuando sólo somos simples mortales como todos y si vamos a juzgar por las novelas policíacas, nos sacamos las soluciones espectaculares del bolsillo del chaleco y cada dos horas

andamos a tiros por los rascacielos y las orillas del río, llenando los cementerios de víctimas. Por mí, confieso que solamente una vez empleé la pistola y fue contra un borracho agresivo que quiso clavarme un cuchillo, cuando intentaba ayudarlo a levantarse.

Luego, cambiando de tono, añadió:

—Pero observo que le estoy entreteniendo y no es esa mi idea. Quise desagraciarle por la brusquedad con que le contesté el otro día y he venido en persona a decirle que puede disponer del auto como le parezca. Ya no tiene utilidad retenerlo y para atestiguar su uso, si llegase el caso, hay suficientes garantías.

—Eso creía yo y por ello le molesté. Muchas gracias por su amabilidad.

—De nada. He cumplido con mi obligación y ahora, con su permiso me retiro. Tengo otro asunto entre manos y debo ocuparme de él.

—Pues muy agradecido y ya sabe dónde me tiene a su disposición. Venga alguna vez por aquí a fumar un cigarrillo.

—Le prometo hacerle una visita en breve... Si no hay algo que lo impida —dijo sin que Foster adivinase la intención oculta tras la sonriente promesa.

Estrechó la mano del comerciante y saliendo a la calzada, detuvo un taxi. A toda marcha se dirigió al Departamento.

Penetró como una tromba en el despacho de su jefe. Éste, al observarlo, preguntó:

—¿Qué nueva bomba trae usted entre las manos, Reagan?

—Una, cuya explosión se va a sentir en Arizona o en el desierto de Las Vegas. Ya sé quién mató a Edmund Hall, a Robert Hussey y quién robó los papeles a éste.

—No me diga —repuso incrédulo el jefe—. No habrá bajado un angelito a decírselo al oído por haberse compadecido de usted y de nosotros.

—No, pero me lo ha dicho el propio interesado.

—¿Por confesión espontánea y arrepentimiento?

—No. La leí en un sobro rasgado en el que había escrito un nombre y una dirección: Apartado de Correos 1022.

—¿Apartado de Correos 1022? ¿Dónde diablos he oído yo ese número?

—Lo ha leído donde yo. Busque la libreta de Crain y lo

encontrará en la contratapa.

El jefe sacó la libreta del cajón y buscó la anotación. Se puso encarnado al comprender el significado de las iniciales A. C.

—Bueno, Reagan, no se lo diga usted a nadie, pero a veces, estamos viviendo de una fama que desmentimos con ciertos hechos. Ni a usted ni a ninguno, se nos había ocurrido traducir estas iniciales en su verdadero sentido. ¿Cómo se le ocurrió a usted?

—Ya le digo que me las dieron traducidas. Las leí enteras en un sobre y únicamente mi memoria me ayudó al recordar el número.

—¿Y dice usted que ese sobre tenía escrito un nombre? ¿A quién iba destinado?

—A Spring Foster, el comerciante de objetos fotográficos.

—¿Qué dice? Pero... ¿no habíamos quedado en que su coartada era perfecta?

—Lo era, porque seguro de que llegaríamos hasta él tras la pista del automóvil, tuvo el ingenio suficiente para preparar la comedia del forzamiento del garaje y ponerse al habla con su compinche Cónway. Si yo llamaba espontáneamente a éste, se apresuraría a confirmar su declaración y como, al parecer, yo no le habría dado tiempo a preparar la coartada, todo aparecía perfecto.

—Entonces...

—Escuche. Foster fuma cigarrillos «Pleyer». Me ha dado dos y aquí tengo la colilla de uno. El día de la muerte de Hall y Hussey, descubrí dos colillas idénticas en la habitación de este último, lo que es un dato para aunar con los demás. Ahora añadiré esto: la noche que fui al «Búho Azul» siguiendo a Crain, Foster estaba allí con Conway, al que me presentó. Conway nos dejó un momento, solos para dar un recado por teléfono y aquella noche, momentos después, la llamada Martha era requerida al teléfono y luego desaparecía como por escotillón. Más tarde, Crain era asesinado al entrar en su domicilio. Si une usted estos detalles, comprenderá que todos van directos al mismo pozo. Esto quiere decir que Foster es el jefe, o cuando menos una parte visible de la banda y que él posee la clave de todo. Ha sido un hallazgo imprevisto que nos pone de golpe en la tan ansiada pista.

—Parece lógico, pero me pregunto si él o su cuadrilla serán los que han raptado a Harriman.

—Pues, cabe suponer que sí, puesto que los planos no estaban

completos y los necesitan con apremio.

—En efecto, pero no olvide usted que él se apoderó de ellos deshaciéndose de los que habían fraguado la desaparición de los planos en el Departamento de Marina y que esta otra gente, no se habrá cruzado de brazos dejando en manos de su rival el secreto. Lo mismo podían ser ellos los que ansiando apropiarse de tan preciosos datos y perdidos los primeros, hubiesen apelado al heroico remedio de secuestrar a Harriman, para que éste los rehaga completos y se los entregue. Sería una preciosa jugada que haría estéril el esfuerzo de Foster y su banda, por carecer éstos de una pieza importante.

—Sí, el razonamiento está bien llevado, pero... ¿qué hacemos?

—Pues... habrá que consultar con el jefe supremo, Reagan. Piense que si Foster no ha intervenido en el rapto de Harriman, y le detenemos dando la campanada, no habremos conseguido rescatar al profesor y acaso esto sirva para acelerar que le obliguen a rehacer los planos. Nos falta ese pequeño detalle para proceder sin precipitaciones y nos falta saber quién compone la otra cuadrilla.

—Tiene usted razón. El asunto se presta a meditarlo con mucho cuidado y conviene que quien tiene la máxima autoridad, decida lo que se ha de hacer.

—Pero mientras, nosotros podemos tomar muchas medidas muy interesantes, y aunque usted ya habrá pensado en ellas, se las enumeraré. Primero, hay que intervenir el teléfono de Foster para interferir cualquier conversación o llamada que pueda tener interés; hay que intervenir también el Apartado de Correos para enterarse de la clase de correspondencia que recibe y hay que montar una guardia muy sutil en torno a su persona, para saber los pasos que da. También hemos de enviar a Nueva Jersey un buen par de agentes que no pierdan de vista al llamado Conway. Quizá haya que hacer alguna otra cosa, pero usted lo estudiará, pues yo hablo improvisando y sin tiempo a meditar en el asunto.

—De acuerdo. Me ocuparé de todo esto mientras usted expone al jefe todo lo que hay y éste decide.

Reagan, con los nervios excitados, salió del Departamento dispuesto a proceder con rapidez. El más leve descuido podía privarles de algún detalle decisivo que pusiese en sus manos todos los hilos de la trama y les facilitase el triunfo, un triunfo que por lo rotundo, compensaría de los malos ratos y de las amarguras que

llevaban sufridas.

Procedió con velocidad de vértigo, habló con el director de teléfonos para que una empleada, dedicada exclusivamente al teléfono de Foster, hiciese la conexión con el Departamento y éste escuchase todo lo que se hablaba a través de su aparato; luego, habló con el Administrador de Correos donde Foster tenía el apartado y quedó todo en condiciones para que un empleado pudiese manipular en la correspondencia del comerciante y enterarse de cuanto pudiese serles útil.

Existían ciertos aparatos que permitían leer parte del contenido de las cartas. Cuando éstas fuesen de puro carácter comercial, bastaría una ojeada al texto y no habría por qué interferirlas, pero cuando resultasen sospechosas, se abrían cuidadosamente y después de sacar copia del contenido, se les daría curso.

Cuando terminó todas sus gestiones, ya bastante tarde, volvió al Departamento, pero no tuvo respuesta alguna, porque su descubrimiento había planteado ciertas conferencias con el jefe supremo del Bureau y las autoridades de Marina. Era preciso estudiar muy a fondo lo que convenía hacer para no malograrlo a última hora.

Las preciosas gestiones de Reagan parecían haber sembrado un gran optimismo en los altos jefes navales. Ahora reconocían la eficacia de sus colaboradores y parecían mostrarse discretos y no tomar decisiones por su cuenta. Si la cosa fracasaba a última hora, la responsabilidad podía recaer sobre ellos y no querían aceptarla de grado.

Por ello, terminaron por dar carta blanca al jefe del
F. B. I.

Lo que éste decidiese les parecería bien, si la finalidad era rescatar los planos y descubrir el paradero del profesor.

Ante esta libertad de movimientos, el jefe consultó con su segundo, éste pidió a su vez opinión a Reagan, quien debía seguir sus gestiones hasta el final y tras estas consultas, se acordó no tomar ninguna medida drástica hasta averiguar algo más positivo. El cerco a estrechar en torno a Foster y a Conway, a falta de más elementos, quizá diese el fruto apetecido.

A Reagan le agradó aquella táctica. Sentía la corazonada de que era la más práctica para desentrañar aquella maraña, pues al menor

descuido que los dos vigilados tuviesen, podían poner en sus manos el cabo decisivo para seguirlo con firmeza hasta el final.

Montado todo el artilugio previsto, debían esperar con paciencia el resultado, pero entretanto, hubo dos descubrimientos que añadir a la lista.

Uno, fue una carta del jefe del Servicio de Contraespionaje inglés. Éste, enviaba una ficha muy completa con el retrato de la llamada Martha. Según sus datos, era rumana, había actuado en diversos actos de espionaje en Bélgica, Bruselas y Londres, y por los informes que se habían acumulado, no tenía un bando reconocido para actuar. Una vez estuvo complicada en una toma de fotografías de defensas costeras para los alemanes, antes de estallar la Segunda Guerra Mundial y más tarde, había trabajado para Moravia. Se la suponía una mujer sin bandería, pero listísima y peligrosa que trabajaba para el que mejor la pagase.

Poseía varios nombres de guerra, pero el que más había utilizado era el de Petra Galoff. Sabía cinco idiomas que hablaba a la perfección y podía pasar tanto por norteamericana, como por francesa o rusa.

La ficha pasó al archivo con su retrato. Un detalle más a la hora de actuar los tribunales.

El otro dato fue una comunicación de los agentes que habían sido destacados a Nueva Jersey advirtiéndolo que Conway había desaparecido de su domicilio. Al parecer, tuvo que salir de viaje para resolver ciertos negocios propios del ramo, e ignoraban a dónde había ido.

Aquel viaje parecía bastante sospechoso, pero no se sabía si se trataba de una medida de precaución o si en realidad el viaje de negocios existía.

La vigilancia quedó montada por si volvía y se interesó a la policía para que realizase gestiones con objeto de localizarle en algún otro lado.

A partir de aquel momento, la atmósfera se hizo sumamente densa. Todo el personal afecto al

F. B. I.,

se hallaba materialmente en pie de guerra, por si era necesario movilizarse para una operación de envergadura y continuamente había en el edificio dos docenas de agentes en guardia permanente,

prestos a salir raudamente dónde se hiciese precisa su intervención.

Reagan casi no dormía. Se acostaba muy tarde, se levantaba muy temprano y vivía en perpetua alarma pendiente de cualquier noticia procedente de la Central de Teléfonos o de la Administración de Correos.

Dos días más tarde, fue intervenida una carta muy interesante. Estaba redactada en términos muy ambiguos, pero con los datos que ya poseían, podía ser interpretada con cierta claridad:

La carta decía:

«Sr. D. Spring Foster.

»Muy señor mío:

»He procurado por todos los medios averiguar dónde puede ser encontrado el material óptico de la serie H que a usted tanto interesa, pero hasta este momento me ha sido imposible, aunque no desconfío de localizarlo.

»Usted sabe que en asuntos comerciales la competencia y rivalidad hacen a la gente desconfiada y quizá por esto, quien puede orientarme, cuida mucho de no hacerlo. No me gusta nada este proceder que puede ser perjudicial para mí y estoy deseando resolver este asunto para darlo por concluido y desentenderme de él.

»No olvide que me prometió facilitarme trabajo en otras plazas distintas y alejadas de la competencia y espero que lo tenga todo preparado para en cuanto encuentre ese material, enviarme a mi nuevo destino.

»No desespero de poder complacerle y dentro de un par de días, espero poder decirle algo más positivo sobre el caso.

»No me olvide y reciba un saludo cordial de

»M.».

Reagan y su jefe estudiaron la carta. El primero dijo:

—Creo que está muy clara. Me es Martha y lo que está tratando de localizar, es el paradero de Harriman que corresponde a la frase «material óptico H». Muy hábil la carta, que parece de un viajante de Foster a quien se le ha encomendado buscar algo profesional difícil y al tiempo se le ha prometido sacar de aquí en cuanto lo averigüe, porque tiene miedo a que su confidencia le ocasione un serio peligro. Todo esto nos lleva de la mano a una hipótesis que creo acertada. Martha o como se llame, está jugando con dos barajas. Trabaja para la banda que proyectó el robo de los planos y al tiempo para Foster. Trabajo muy peligroso y que patentiza que la muchacha es dura como el pedernal.

—En efecto, la cosa parece clara y puntualiza algunos extremos a tener en cuenta.

»Martha indujo, no se sabe cómo, a Crain a robar los planos y que los mandara a Hall, pero al mismo tiempo, traicionó a sus compañeros avisando a Foster para que éste pudiese robárselos al falso viajante. Ahora, aprovechando que sigue en la banda, Foster trata de averiguar el paradero de Harriman, porque no ha intervenido en el rapto y sí sus contrarios, que también necesitan los planos. Sin duda, quiere jugar una baza decisiva arrebatando de nuevo a sus contrarios los planos, pero esta vez completos y necesita que ella le facilite el dato preciso que es el escondite de Harriman. ¿No lo ve usted así de claro?

—Estoy con usted.

—Esto afianza nuestra suposición de que actúan al unísono dos bandas contrarias y que esa chica es un enlace entre ambas. Si conseguimos apresar a Martha, habremos cogido a un tiempo los dos hilos precisos para que ninguna de las dos se nos escape.

»Ahora, más que nunca, hay que estar con todos los sentidos alerta. En cualquier momento, puede averiguar el lugar donde han llevado al ingeniero y comunicárselo. Si se nos escapase el aviso, lo habríamos perdido todo y no tendríamos perdón de Dios.

—Sí, pero por fortuna, no creo que suceda —afirmó el jefe—. Tenemos intervenidos los dos teléfonos de Foster y su Apartado de Correos. A menos que el recado llegase por otro conducto...

—No lo creo. Ella ha cuidado de que nadie la vea en relación con Foster. La noche del baile parecían dos perfectos desconocidos y así tenía que ser, si él quería que la muchacha trabajase para él sin

despertar sospechas en sus rivales. Lo que me pregunto es cómo se comunicará con ella sin que se sepa.

—Lo harán de la misma forma. El enviará sus cartas a algún lugar seguro, donde ella las recogerá y esto de momento es difícil averiguar, pero en su día lo aclararemos. Tenemos algo positivo al alcance de la mano y con ello, poseemos lo principal por el momento. Más tarde se podrá hacer el historial completo de toda esta maraña.

—Sí y sacar a luz a la persona que maneja la otra banda. Ésta ha sido más hábil que Foster y hasta el momento, consiguió trabajar en la sombra sin que hayamos descubierto el más leve indicio de esa persona. Siento una terrible curiosidad por saber quién es.

—A lo mejor, la conocemos tan bien como a Foster y no hemos sospechado su intervención en éste asunto. Sus relaciones parecen tan ligadas, que deben moverse en una órbita muy próxima.

CAPÍTULO X

LA MUERTE AL TELEFONO

Al día siguiente, al mediodía, el agente que vigilaba el Apartado de Correos, llamó por teléfono al despacho del jefe del Bureau. Reagan, que pasaba allí muchas de las horas del día esperando el momento de lanzarse al ataque, tomó el auricular ofreciéndoselo al jefe.

Éste preguntó:

—¿Quién llama?... Ah, ¿es usted, Ronald?

Reagan se estremeció. Sabía que se trataba del agente destacado en Correos y tensionó el cuerpo para acercar el oído al auricular.

—Diga, diga —contestó el jefe.

Reagan oyó la voz vibrando metálicamente. Ronald decía:

—Acabo de interceptar una carta de dos líneas simplemente y como la cosa parece urgente, he creído más práctico comunicársela por teléfono. La carta dice:

«Espere mi llamada a las seis. Creo poder informarle dónde podrá encontrar material H que interesa.

»M.».

El jefe, radiante de satisfacción, contestó:

—Bien, Ronald, copie el texto o mejor fotografíelo y curse la carta inmediatamente dejándolo en el casillero, pues no tardarán en ir a recoger el correo. De todas formas, siga en su puesto. Gracias.

Colgó el aparato. Ambos se miraron.

—Ya ha oído, Reagan; posiblemente esta tarde sabremos lo que con tanto anhelo andamos buscando.

El agente quedó tenso meditando. Su jefe preguntó:

—¿Qué le sucede?

—Me estoy preguntando a dónde será llamado Foster.

—Pues... a la tienda o... a su casa particular. Los dos teléfonos los tenemos intervenidos.

—Sí, claro, pero... ¡Oiga, malditos sean los demonios! Creo que hemos olvidado algo importante.

—¿El qué?

—Su villa de Bronx... y recuerdo que hoy es sábado y que posiblemente esta tarde no estará en la tienda. El teléfono de la villa no está controlado.

—Diablo, tiene usted razón. Vamos a subsanar ese olvido inmediatamente.

—Sí, hay que hacerlo, pero ahora me asalta un temor y esto sí que va a ser difícil de resolver.

—¿El qué?

—Que como ignoramos desde dónde va a hablar ella a Foster, ¿cómo podremos intentar detener a la muchacha, que es algo que nos interesa enormemente? Seguramente cuando queramos acudir al lugar de la llamada, ella habrá tenido tiempo de abandonar el teléfono.

—¡Diablo, es cierto y, sin embargo, necesitamos echarle mano!... Hay que hacer algo...

—Sí y lo único que podemos hacer es repartir nuestros hombres con los autos de modo que estratégicamente ocupen toda la isla. Un escalonamiento gradual que nos permita acortar distancia, para a la primera llamada destacar a los más próximos al teléfono desde donde ella hable.

—Sí, y además puedo solicitar la ayuda del jefe Superior de la Policía Metropolitana. Él puede poner en pie de guerra todo el personal de las comisarias de Nueva York para que el más cercano se lance al teléfono en cuanto reciban una llamada. Creo que lo que debe usted hacer, es distribuir nuestros hombres y luego marchar a Teléfonos. Cuando la llamada se reciba, allí, sobre un plano donde tendrá usted marcados los lugares desde donde podamos lanzarnos a la ofensiva, usted llamará al más próximo, ordenándole que sin

pérdida de tiempo, salga en auto en dirección al lugar de la llamada y trate de detener a Martha. Creo que con el personal que vamos a contar, no sea muy difícil llegar a tiempo.

—Le comprendo, jefe. Es cuanto se puede intentar y espero que la suerte no nos abandone.

Reagan, dominado por una gran excitación nerviosa, abandonó el despacho para cursar una orden general a todos los agentes del Bureau, movilizándoles estratégicamente en tanto su jefe llamaba al jefe de la Policía local y le informaba de lo que solicitaba de él.

Aquella tarde hubo un terrible trasiego de coches policiales pertenecientes al Bureau, saliendo a intervalos para no llamar la atención y estacionándose en lugares previamente señalados.

Las radios de los autos se hallaban a punto para captar cualquier llamada de socorro y los de la policía local, también habían recibido orden de patrullar por la capital, atentos a una llamada. Se les había dado una contraseña previa para saber que se trataba de un servicio de emergencia.

Los preparativos absorbieron las primeras horas de la tarde, pero a las cinco todo se hallaba preparado sabiamente. Había sido una movilización general de la policía de la que la población no sospechó lo más mínimo. Cientos de agentes estaban pendientes de una llamada para prestar un valioso servicio a la Nación y nadie era capaz de descubrir el más leve indicio.

Reagan, con un par de pistolas en el bolsillo, por si las cosas se complicaban y necesitaba de ellas, se había presentado en Teléfonos, donde en una cabina especial a la que se habían conectado los teléfonos de Foster, se instaló en compañía de la telefonista encargada de aquella delicada misión. La joven, acostumbrada a ciertos trabajos de aquella índole, no daba señales de nerviosismo, mientras Reagan no podía dominar su inquietud. Al agente se le había instalado un teléfono supletorio desde el que velozmente, podía establecerse la comunicación con quien precisase. Un servicio todo él muy bien montado, que acreditaba la pericia del personal de Teléfonos.

Cuando dieron las seis, los nervios del agente vibraron como si la campana del reloj machacase dentro de ellos. Con voz no muy segura, avisó:

—Por favor, señorita, mucha atención y mucha calma. De su

pericia pueden depender muchas cosas.

—Descuide, que sabré maniobrar con eficacia.

Dos minutos después, la conexión avisaba que alguien había marcado el número del teléfono de Foster en su domicilio particular.

Reagan preguntó con voz ronca:

—Rápida, dígame desde dónde llaman. Es lo que más me urge.

—Espere unos segundos, tengo que preguntarlo a control.

Tomó su auricular y advirtió:

—Rápidos, servicio de policía, díganme de dónde llaman al 86.45.97.

Segundos más tarde, una voz femenina contestaba:

—Llama el 56.42.30 desde las cabinas del bar «New Weston» en la Calle 50, esquina a la Madison Avenue.

Reagan echó un vistazo al plano que tenía ante sus ojos y tomando su auricular, llamó a la Comisaría de la 51 Street, próxima a la Avenida Lexington.

—Rápidos —ordenó—, un auto al bar «New Weston», en la 50. Detengan a una joven que estará hablando en una de las cabinas del teléfono. Yo iré rápido, soy Reagan, del F. B. I.

Colgó el auricular y preguntó:

—¿Qué han hablado?

—Una voz de mujer ha preguntado por el señor Foster. Le han dicho que está en su villa y ha pedido otra comunicación con Bronx.

—Sé dónde es... Déjeme escuchar:

Aplicó el oído al auricular de la telefonista y captó la conversación.

—Sí, sí. Martha —decía Foster—, no olvidó mi promesa y todo lo tengo preparado. Por favor, dime dónde está ese material...

La voz, un poco alterada de la muchacha, contestó:

—Está en una villa de Brooklyn más allá del Acueducto Race Track, en... ¡Ay! ¡So... co...!

Las señas quedaron cortadas por un grito ahogado y un ruido metálico seguido de otro sordo. La voz angustiada de Foster clamó:

—¡Martha!... ¡Martha!...

Nadie contestó y el policía, llevándose la mano a la frente en la que un sudor frío goteaba, rugió:

—¡Dios de Dios!... ¿Qué ha sucedido?

Tomó el sombrero para salir corriendo, al tiempo que gritaba:

—Siga al aparato por si capta algo. Anótelo.

Descendió como un loco las escaleras y salió a la calle. Su auto esperaba frente a la puerta. Saltó al *baquet* ordenando con voz ronca al conductor:

—Por el camino más corto y a toda velocidad a la 50 Street, esquina a la Madison Avenue. Desprecie las señales del tráfico. ¡Rápido!

Y el veloz automóvil con el acelerador pisado a fondo arrancó transversalmente desde la calle 31 en busca de la dirección dada.

* * *

Eran las seis de la tarde cuando la misteriosa rubia del baile del «Búho Azul», vestida con suma sencillez y con un sombrero menestral del que pendía un tupido medio velo azul que encubría sus facciones, avanzaba por la Madison Avenue confundida con el mareante tráfico, que a aquellas horas existía en la gran arteria. La joven se detenía alguna vez frente a un escaparate para echar un vistazo a través del reflejo oscuro de la luna que le permitía ver a su espalda los transeúntes. Parecía temerosa de ser seguida y tomaba toda clase de precauciones para evitarlo.

Como no advirtiese nada sospechoso al llegar a la esquina de la 50 Street, torció bruscamente y alcanzó el bar automático que había junto al Hotel «New Weston». El bar ostentaba el mismo nombre del hotel, aunque era un local independiente.

Penetró y acercándose a la barra pidió un refresco. Lo apuró de un trago, pues tenía la garganta seca y preguntó:

—¿Puedo utilizar el teléfono un momento?

—Sí, señorita, por aquella puerta del fondo encontrará las cabinas.

Penetró rauda y después de introducir un níquel en el aparato, marcó el número del domicilio de Foster. Se sintió contrariada cuando le dijeron que debía llamar a la villa, donde esperaba su aviso.

Tuvo que volver a introducir otro níquel y marcar de nuevo hasta que logró establecer la comunicación.

Mientras lo hacía, apenas había desaparecido por la puerta del

fondo, un individuo vistiendo una gabardina oscura y un sombrero de flexibles alas caídas sobre los ojos, penetró en el bar, se confundió con la gente que lo llenaba y tras echar un vistazo sin descubrir lo que buscaba, avanzó veloz al fondo y penetró en el pasillo que conducía a las cabinas.

Al entrar, y a través del cristal, vio de espaldas a Martha hablando nerviosamente por el teléfono.

El intruso echó una mirada a su espalda, no vio a nadie y sacando la mano del bolsillo de la gabardina, mostró en ella un afilado puñal.

De un tirón, abrió la puerta. Martha al sentir el ruido se volvió y quiso gritar, pero la mano segura y veloz del desconocido, actuó con certeza. La hoja del puñal fue a clavarse en la garganta de la muchacha cuando ésta con voz ronca trataba de pedir socorro.

Todo fue rapidísimo. Martha dejó caer el aparato y cayó al suelo, mientras su asesino retrocediendo buscaba el pasillo para huir.

Al llegar a la puerta, tropezó con otro cliente que entraba a hablar por teléfono. El intruso adivinó que se iba a descubrir rápidamente el crimen y casi corriendo, atropellando a la gente que obstruía el paso, trató de ganar la calle.

Pero en aquel momento, el cliente que acababa de entrar, descubrió la puerta de la cabina abierta, y el cuerpo de la joven caído entre la sangre y adivinando que había sido obra del que acababa de tropezar con él, salió al bar gritando aterrado:

—¡Detenedle!... ¡Detenedle!... ¡Ha asesinado a una joven en la cabina del teléfono!...

El asesino ganaba en aquel momento la salida entre las protestas del público atropellado y así, cuando la voz alarmada del cliente, gritó acusándole del crimen, varios salieron a la calzada en pos de él.

Pero frente al bar había un auto parado. El desconocido saltó al interior y el vehículo arrancó como un cohete tratando de huir.

Más le siguieron las voces indignadas de los clientes que gritaban:

—¡Detenedle!... ¡Detened ese coche!... Va en él un asesino que intenta escapar.

Un policía del tránsito captó los gritos y corrió hacia el bar.

Alguien señaló con la mano diciendo:

—El auto... Es un «Studebaker», matrícula borrosa, pero el número es el

89 639

-50... Es negro y cerrado.

El policía hizo vibrar el pito y uno de los coches de ronda acudió a la llamada.

El policía saltó a él gritando:

—Pronto, den la voz de alarma. Hay que detener al auto «Studebaker» negro y cerrado, matrícula número

89 039

-50. En él huye un asesino.

E inmediatamente las ondas se poblaron de llamadas alarmantes.

—Aquí coche policial número 451. ¡Atención, atención! Detengan «Studebaker» matrícula

89 639

-50. Huye por la 50 Street hacia el río... ¡Atención!... ¡Atención! Deténganle. Se ha cometido un asesinato en dicha calle. Comuniquen posición del auto si lo localizan.

La radio del auto de Reagan recogió la angustiada llamada y todos sus nervios vibraron como tensos muelles. Había adivinado lo Ocurrido y se lo corroboraba aquella llamada de alarma. La policía había actuado con eficacia maravillosa y la caza se había organizado.

El bravo agente que ya se hallaba muy cerca del lugar de la tragedia, adivinó algo de lo que iba a suceder. Después de la conversación captada, sospechó que el auto intentaría alejarse hacia Brooklyn para alcanzar el refugio denunciado por Martha y, sin vacilar, ordenó al conductor:

—¡A toda marcha, al puente de Queensborough, crúzale y da la vuelta desde Brooklyn, dando cara a la salida del puente! Prepara la pistola y en cuanto veas asomar un «Studebaker» negro y cerrado, no andes con contemplaciones. Dispara conmigo contra el conductor. Hay que detenerle.

El auto policial cruzó como un meteoro por la Galle 48 y salió al extremo Este de la isla, cruzando el puente a toda velocidad, para después virar y detenerse a regular distancia del cruce por el río.

Apenas si tuvieron tiempo de prepararse. Por el centro del puente, avanzó a velocidad de vértigo el auto huido que trataba de ganar la isla para perderse en ella y burlar la persecución ya iniciada.

Reagan, temiendo que se les echase encima y se provocase un choque alucinante, pues obstruían el paso, no vaciló un momento y dando una orden al conductor, disparó con él buscando los neumáticos del coche para detenerle.

Los tiros fueron certeros. Los dos neumáticos anteriores estallaron como dos bombas, el coche viró extrañamente saltando como un caballo desbocado, dio varias vueltas trágicas y fue a estrellarse contra la barandilla de hierro. El motor explotó también, se incendió la gasolina y una enorme hoguera estalló envolviendo el auto.

Cuando Reagan y el conductor se apearon y corrieron hacia él, nada pudieron intentar. El auto era una pura llama y los que le ocupaban, debían estar achicharrándose dentro de él.



La pelea fue dura entre ambos

En aquel momento dos autos policiales llegaban raudos deteniéndose ante el atroz espectáculo. Reagan se dio a conocer y explicó cómo había captado la llamada y había disparado sobre el coche provocando la catástrofe.

No se pudo hacer nada, si no era llamar a los bomberos, pero cuando éstos acudieron y trataron de intervenir, ya era tarde. El

coche estaba casi consumido y entre los retorcidos hierros, sólo descubrieron restos carbonizados de sus dos ocupantes.

Reagan lo lamentó, pero no le preocupó mucho. Sabía lo suficiente para lo que necesitaba y la declaración de aquel par de tipos poco podía añadir.

Dejando a sus compañeros que se ocuparan de aquello, se encaminó veloz al automático. Cuando llegó, ya había acudido el forense y el personal preciso para levantar el cadáver. Reagan sólo se preocupó de reclamar su bolso y registrar sus ropas y luego, abandonando el bar, se dirigió al Departamento de Investigación.

Su jefe ya estaba informado del asesinato de Martha y de la persecución iniciada para capturar al asesino. Lo que ignoraba en aquel momento era que Reagan les había cazado de aquella manera tan trágica.

Reagan le dio cuenta de su intervención, pero su jefe, con el mismo sentido práctico que él, se desentendió del suceso diciendo:

—Eso ya es secundario. Lo principal es lo otro. ¿Qué averiguó?

—Ya sé poco más o menos dónde tienen escondido a Harriman.

—¿Dónde?

—No la dejaron completar los informes, pero dijo bastante. Lo tienen en una villa de Brooklyn, cerca del acueducto de Race Track... En esta frase la sorprendieron matándola. Oí su grito de agonía demandando socorro y salí como un meteoro de Teléfonos. Esto ha confirmado los temores de ella. Estaba jugando a dos paños y en uno descubrieron que hacía trampa.

Por eso la seguían los pasos y en cuanto adivinaron que iba a telefonar, se expusieron cuanto podían exponerse para tapar su boca.

—En ese caso, prepare todo... Hay que ir en busca de esa villa y localizarla antes de que huyan.

—No se creerán en tan inmediato peligro y más si se enteran de que sus cómplices han muerto sin poder hablar. En cambio, jefe, tengo una sospecha grande.

—¿Cuál?

—Que la víctima inmediata sea Foster. Les estorba en vista de lo que sabe y más ahora que sospecharán que sabe el paradero de Harriman. Yo creo que sin perjuicio de organizar la busca de la villa, debíamos volar a la de Foster. Como hay que detenerle, tanto

da antes que después, pero es preferible cogerle vivo. Muerto, nos sería inútil.

—Creo que se puede intentar todo. Océpese de organizar el registro en la villa de Foster y yo encargaré a Sling que con varios autos y gente bronca, dé una batida por la parte del acueducto y localice la villa. Lo malo es que la noche se nos echa encima.

—Trabajaremos todo lo rápidos que podamos.

Descendió del auto y abriendo la emisora de él, empezó a llamar coches. Todo el personal andaba desperdigado por la ciudad y no había nadie en el Departamento.

Rápidamente empezaron a acudir autos. En cada uno, iban dos o tres agentes que habían estado prestando servicio de patrulla.

Escogió cuatro autos con doce hombres y dio orden a los demás que esperasen instrucciones de su jefe. El subió a su coche ordenando:

—A Bronx, a la Park Avenue. Cuando llegues, yo te indicaré el sitio. Los demás que nos sigan.

El auto arrancó veloz hacia el Este y los demás le siguieron a prudente distancia.

Cuando daban vista a la villa, Reagan descubrió el Sedán de Foster frente a la puerta. Frenó la marcha, hizo que los demás autos se detuvieran a distancia y ordenó a sus ocupantes que formasen un cordón en torno a la villa.

Cuando se disponía a llamar a la puerta de hierro forjado, ésta se abrió y Foster apareció en ella. Portaba un maletín en la mano y su sorpresa fue grande al ver frente a él al policía.

Por un momento quedó tenso. Luego, dejó caer el maletín, pero si lo hizo con intención de sacar algún arma no tuvo tiempo, porque Reagan, adelantándose, le mostró el ojo de su pistola, diciendo:

—Buenas tardes, señor Foster. ¿De viaje?

El comerciante quedó un momento tenso como si pretendiese saltar sobre él, pero relajando sus músculos contestó con voz sorda:

—Sí, pero..., creo que ya no lo necesitaré...

—Eso pienso yo... ¿Quiere que entremos unos minutos?

—Haga lo que desee.

—Bien, espere un momento.

Llamó a uno de sus hombres y ordenó:

—Retiren de ahí los coches, ocúltenlos en el parque y vengan

todos aquí después. Espero visita, o yo no sé una palabra de estas cosas.

Foster le miró torvamente, inquirendo:

—¿Qué quiere decir?

—Ya lo sabrá. Sospecho que he llegado con un poco de anticipación, pero no importa. Más vale llegar a tiempo que rondar un año. Vamos adentro.

Le indicó el camino con la pistola. Foster se volvió caminando por delante. A su lado, iba el policía que había conducido el auto policial. También iba armado y atento a cualquier reacción del comerciante.

Cruzaron el «*hall*» y alcanzaron el despacho. Reagan, que había tomado el maletín del comerciante, lo depositó sobre un sillón, e indicando otro a Foster, dijo:

—Siéntese y hablemos.

CAPÍTULO XI

FOSTER HABLA

Foster se dejó caer sobre el asiento, derrotado. Se daba cuenta de que algo había funcionado mal a última hora y que había sido descubierto.

Reagan en pie ante él, exclamó:

—Perdone un momento. Creo que hablaremos más tranquilos si le aligeran de su artillería.

E hizo un gesto a su compañero. Éste se acercó a Foster y mientras Reagan le vigilaba, le despojó de su pistola.

Ya desarmado, el agente dijo:

—Bien, amigo Foster, un deber de hidalguía me obliga a declarar que ha sido usted tan hábil, que logró engañarme a las primeras de cambio. La farsa del uso insospechado de su automóvil, la forzada de la puerta del garaje y, sobre todo, la coartada tan bien preparada por su amigo Conway, me desorientaron. Piqué en el cebo y eso me costó una suma de errores, que bien los he purgado con muchas horas de rabietas y de sobresaltos.

»Pero los delincuentes quieren a veces ser tan meticulosos en sus trucos, apurar tanto las posibilidades de las tramas por ellos forjadas, que suelen incurrir en errores tan lamentables que minan su magnífico edificio de mentiras y terminan por aplastarlos.

»A usted le ha ocurrido eso. No fue lo suficientemente discreto para retirarse cuando el asunto del automóvil, ni siquiera cuando nos encontramos en “El Búho Azul”, y así, usted mismo hundió su bonita torre de Babel.

Foster le interrumpió, preguntando:

—¿Me permite fumar un cigarrillo?

—¿Alguno de sus hermosos «Pleyer»? No, desde luego que no, pero sí le daré uno de los míos. Desde que aprendí el truco de los cigarrillos narcotizados, tengo mucha prevención a esa marca. Algunos pueden estar hasta envenenados y... su persona me es muy preciosa, tanto que me he adelantado a venir porque la sabía en peligro de muerte.

—¿Usted cree?

—Vivir para ver. Quizá la sombra de la Parca interrumpa nuestra charla y tengamos que acabarla en otro lado, pero estoy sobre aviso y nada sucederá. Podemos hablar si usted lo quiere.

Sacó la petaca, le puso el cigarrillo entre los labios y, con su mechero, le prendió fuego. Los ojos de Foster le miraban entre rencoroso y burlón.

El comerciante se adelantó a hablar, diciendo:

—Me temo que presume usted mucho en sus deducciones, señor Reagan, porque se engaña si cree que no medí el peligro que estaba corriendo y las posibilidades que poseía de ganar o perder, pero hay ocasiones en que los hombres son esclavos de muchos lazos que no pueden romper, porque es peor para ellos y eso me sucedía a mí. Estaba obligado a jugar la partida con las cartas que tenía en la mano. Si ganaba o perdía, sólo podría hacerlo con mis pocos triunfos y la jugué. En última instancia, usted me ha ganado el envite y nada puedo oponer.

—¿Quiere decir que sabía que yo estaba enterado de su actuación y sabiéndolo, pareció ignorarlo?

—Le diré; tanto como saberlo, no, pero sospechaba que usted a su vez sospechaba de mí. Un buen policía puede admitir aparentemente una coartada tan sólida como la mía, pero debe guardar siempre cierta reserva sobre ella. Adiviné que la guardaba y hasta que la usaba la tarde que vino a verme a la tienda para darme cuenta de que podía disponer del auto. Un hombre que el día anterior se mostró tan malhumorado como usted, no cambia por que sí al siguiente y viene a darme excusas. Yo sospeché que se había producido algo, pero no sabía el qué.

»Estaba relativamente tranquilo porque desde aquel día mi actuación ha resistido todo espionaje. No di un solo paso en falso y creí que esto me daría un respiro para llegar al final.

—Cuyo final era poseer la tercera hoja de los planos de la mina submarina, descubriendo dónde habían escondido sus rivales al ingeniero Harriman.

—Observo que sabe usted mucho más de lo que creía.

—Lo sé todo si eso vale para que usted no vacile en hablar. Su situación ya no tiene remedio y...

—¿Y la de mis contrarios?

—Tampoco, tranquilícese. En este momento, estarán tan comprometidos —al menos una parte de ellos— que poco podrán hacer para escapar. Oí su conversación telefónica con... llamémosla Martha, aunque yo la llamaría Petra Galoff, de nacionalidad rumana, con una hoja de servicios en el espionaje y contraespionaje que, por desgracia, para ella fue cortada por una puñalada tan a traición como a traición había actuado ella y por esa conversación supe, como usted, dónde podía localizar en este momento a sus contrarios.

—Muy hábil, sí, señor. Fue lo único que Olvidé; la posibilidad de que interviniesen mi teléfono.

—Y su Apartado de Correos. Ese bonito número, el 1022, que descubrí en sus cartas en la mesa, fue su mayor enemigo porque él le delató.

—¿Por qué puede asegurarlo?

—Porque en la libreta de apuntes de Crain, él marino, descubrí la anotación A. C. 1022. Fui un tonto en no saber traducirlo en el acto, pero usted me lo entregó traducido.

—Supongo que no me acusará del asesinato de Crain.

—No lo sé aún.

—Puedo jurar que yo no lo hice y aunque sospechaba algo parecido, me sorprendí cuando al día siguiente lo leí en la Prensa. Lo hicieron los mismos que le habían inducido a robar los planos del Departamento.

—Me he inclinado a esa teoría, pero no la vi clara, porque sospecho que quien avisó a Martha por teléfono para que se fuese, fue usted.

—Yo no me moví del asiento y usted lo sabe.

—Bueno, su amigo Conway.

—No puedo negar que yo le rogué que la avisase para que escapara cuando le vi a usted. Sospeché que iba tras los pasos de

Crain y si le detenía, él hablaría acusando a Martha.

—¿Qué intervención tuvo ella en el robo de los planos?

—Fue el agente productor. Crain se había enamorado de ella locamente y le indujo a cometer el robo.

—¿Simplemente por amor?

—Hasta cierto punto. Crain tenía que resolver un grave asunto de dinero y ella le prometió que se resolvería y además obtendría tal cantidad que podrían escapar de América. El, ciego por ella, lo creyó.

—¿Cómo fue que trabajando para usted, ella interviniera en el robo para sus enemigos?

—Martha había trabajado conmigo lejos de aquí y éramos grandes amigos..., pero las circunstancias nos separaron en Europa y ella se unió a otra banda y yo, más tarde, me vi al frente de otra. Estuvimos sin encontrarnos mucho tiempo, hasta que hace poco me la encontré aquí.

»Recordamos nuestras actuaciones antiguas, nuestra amistad íntima, que volvió a florecer con el encuentro y no tuvimos inconveniente en hablarnos con sinceridad. Ella me dijo lo que hacía y yo también.

»Y entonces surgió la dualidad. Yo tenía que realizar el mismo trabajo que mis rivales y nos pusimos de acuerdo. Ella actuaría para los otros, pero me informaría de todo, para que a mi vez trabajase en contra de ellos.

»Entonces, me explicó lo que había planeado y por ella supe cómo habían sido robados los planos y a nombre de quién serían dirigidos al salir del Departamento de Marina. Como el robo estaba calculado tan al minuto, no tuve tiempo de planear nada más sutil. Si dejaba que aquella mañana se pusiesen en contacto Hall y Hussey, podía despedirme de apoderarme de los planos y no tuve otro remedio que jugármelo todo a una carta. Salí al encuentro de Hall y le aplasté con el auto.

»Más tarde, como no me fue posible rescatar el recorte del periódico que él tenía en su poder, estudió la forma de abordar a Hussey. Sabía que éste no entregaría los planos más que a la persona que presentase el recorte encajando perfectamente en el recuadro del diario y como no podía hacerlo, tuve que pensar en eliminarle de alguna manera. Sin un plan adecuado, me presenté en

su domicilio haciéndome pasar por agente de su banda. Le dije que Hall se había puesto enfermo y que me habían comisionado para recoger los papeles.

»Mientras hablaba, le ofrecí un cigarrillo, que aceptó. Yo apuré la charla y cuando me pidió el recorte, fingí buscarlo en la cartera. Fue en el momento justo en que el narcótico hizo efecto y cayó al suelo.

»Lo demás puede adivinarlo; busqué los papeles, los encontré y los guardé, pero había que suprimir a Hussey. Si volvía en sí, podía reconocermme alguna vez y no me convenía. Entonces, le arrojé por la ventana fingiendo un suicidio. Cuando la gente quiso fijarse en la casa para realizar indagaciones, yo había desaparecido ya.

»Pero con las prisas, me olvidé recoger el periódico que estaba sobre la mesa. Sin él, seguramente usted no hubiese llegado tan lejos, porque no hubiese relacionado la muerte de Hall con la de Hussey.

—¿Fue Martha quien le dijo que había puesto el anuncio?

—Sí.

—¿Cómo se comunicaba usted con ella sin despertar sospechas entre sus enemigos?

—Pues... le diré... No cuente con que voy a delatar a ningún hombre de los que me han ayudado, eso no, porque con ello no voy a remediar nada para mí, pero le diré que ella frecuentaba ciertos establecimientos propios de ser visitados por una mujer. Tiendas para adquirir guantes, esencias, zapatos... Bueno, muchos y en uno de éstos recibía mi correspondencia y ella me la enviaba al Apartado por conducto de la misma persona que intervenía. Por esto, era muy difícil que sospechasen de ella.

—Dígame una cosa. Usted afirma que no intervino en el asesinato de Crain y que sólo avisó a Martha para que escapase, ¿cómo se explica que aquella misma noche le esperasen en su departamento y le asesinaran?

—No lo sé, quizá fue coincidencia y tuviesen planeada su muerte para aquel momento. Es algo que no pude explicarme.

—¿Quién dirige la banda contraria?

—No lo sé y bien que lo he sentido. Martha no ha podido decírmelo.

—¿No ha podido o no quiso?

—Estoy seguro de que no pudo. Ella siempre se ha entendido con un testaferro que recibía órdenes sin que nadie conociese al jefe. Estaba segura de que el que les mandaba no era más que un segundón.

—¿Usted le había prometido sacarla de Norteamérica?

—Sí. De haber triunfado en este asunto, mi gratificación hubiera sido espléndida y me la hubiese llevado lejos. Nos habríamos casado y ella jamás hubiese intervenido en asuntos tan peligrosos. No me creará, pero muerta ella, todo me da lo mismo y si algún consuelo me llevaré de este mundo, será saber que alguien —sospecho que usted— se llevó por delante a su asesino.

—Sí; al menos le he dado esa satisfacción. Aunque aún me quedan muchos detalles por aclarar; contésteme a un par de preguntas. ¿Qué se proponía hacer al saber dónde está secuestrado Harriman y a dónde iba con ese maletín?

—Prefiero contárselo mañana. Éste es un asunto sin concluir aún.

—¿Cómo sin concluir?

—Yo me entiendo. Es posible que no necesite usted que se lo explique, pero si hiciese falta, mañana se lo diré. Ya no tengo interés en ocultar nada, salvo los nombres de los que me han ayudado. Que se salven si pueden y si no, no podrán acusarme de delator.

—Bien, la otra pregunta es ésta: ¿Dónde está Conway?

—Lo ignoro.

—¿Que lo ignora?

—Sí. Sé que dejó Nueva Jersey hace dos días y no me dijo por qué ni dónde iba. Quizá ha temido este final y se ha puesto a salvo antes que yo.

—¿Quién es Conway?

—Búsquele y él se lo dirá si quiere. Sólo diré que perteneció como ella a nuestra antigua banda en Europa. Lo encontré aquí hace poco tiempo y le propuse trabajar de nuevo conmigo; aceptó, pues me dijo que llevaba una temporada, inactivo, dedicado a su pequeña industria, para hacer que le olvidasen. Es cuanto le puedo decir.

En aquel momento, un agente penetró en el despacho y dijo a Reagan:

—Dos autos se han detenido a regular distancia de aquí y parece que unos cuantos hombres vienen hacia la villa.

—Los esperaba —dijo flemáticamente Reagan poniéndose en pie—. Vienen a visitarle a usted y a pasarle su parte en la factura.

—¿Qué quiere decir?

—Simplemente, que sospeché que vendrían a eliminarle al saber que por la delación de Martha, usted conocía el paradero de Harriman. Tenían que cubrirse contra la posibilidad de que usted intentase nuevamente apoderarse de los planos completos.

Foster sonrió enigmáticamente, diciendo:

—No niego la posibilidad, pero... quizá no hayan ido tan lejos como debieran en sus suposiciones. Bueno, ya es igual, porque todo está perdido para los dos. ¿Qué piensa hacer?

—No creo que la contestación sea un enigma. He venido aquí directamente para detenerle a usted y cazar a los que viniesen con la idea de eliminarle. Serán recibidos como merecen, pero antes...

Extrajo unas manillas de acero del bolsillo y las mostró diciendo:

—Tienda las manos, Foster. No puedo descuidar una cosa por atender otra.

Le aplicó las esposas e indicó al agente que quedase vigilando al prisionero. Luego, abandonó el despacho y descendió al pasillo donde sus hombres se hallaban reunidos.

—Atención —dijo—. Supongo que no llamarán y sí saltarán la cerca. Déjenles que lo hagan y cuando estén en el jardín, les daremos el alto. Cuidado con la reacción de esos tipos, que son peligrosos. Si echan mano a las armas, no vacilen en emplear las suyas.

La puerta de entrada a la finca estaba abierta y los policías amparados en las sombras interiores. Desde allí, abarcaban una parte del jardín sin ser vistos. Conteniendo el aliento, esperaron. No había más luz que la que Foster encendiera en su despacho del primer piso cuando entró con Reagan. Esto daba la sensación de que el falso comerciante trabajaba en él.

Tensos y silenciosos esperaron, hasta que algunas formas confusas se abocetaron en el bordillo de la tapia, encaramadas a él para saltar.

Uno a uno, hasta ocho, saltaron al jardín donde quedaron firmes. Uno de ellos les hizo una seña para que esperasen y de

puntillas para no denunciarse, avanzó cauteloso hacia la entrada a la villa, con una pistola empuñada.

Reagan obligó a sus hombres a replegarse un poco hacia el interior y él se pegó a la pared, también con la pistola amartillada esperando.

El espía avanzó paso a paso y alcanzó el vano de la puerta. Deteniéndose, miró al fondo, pero la obscuridad era tan densa que no pudo ver nada.

Entonces, avanzó y al introducir el cuerpo en el vano, una mano poderosa aferró su muñeca para impedirle manejar el arma y algo durísimo cayó sobre su cráneo. Emitió un débil quejido y quedó desmayado en brazos del bravo agente.

Éste tiró de él y se lo entregó a uno de sus hombres para que lo introdujese dentro. Luego, volvió a su sitio. Los demás esperaban tensos, aguardando una señal de su jefe, señal que tardaba en producirse.

Entonces, a Reagan se le ocurrió inventar una y emitió un pequeño silbido. El grupo avanzó hacia la puerta dispuesto a entrar.

—¡Arriba las manos! ¡Orden de la policía!

Alguien disparó al albur. La bala pasó rozando a Reagan y se perdió en el fondo del pasillo, pero una docena de disparos, brotando del interior, alcanzaron a los tres que figuraban en vanguardia hiriéndoles de más o menos cuidado.

Hubo un momento de indecisión en los asaltantes. Vibraron sus pistolas buscando a sus invisibles enemigos que se habían arrojado a tierra para rehuir el blanco y luego, los que habían salido ilesos corrieron a la cerca, buscando la huida.

Reagan se levantó gritando:

—¡Adelante! ¡No dejad escapar ninguno!

Los policías surgieron velozmente, dispuestos a evitar la fuga y se lanzaron con valentía sobre los fugitivos entablándose una feroz pelea entre ambos bandos.

Uno de los asaltantes, dotado de una flexibilidad formidable, había saltado aferrándose al bordillo de la acera y aupándose sobre ella en una flexión de acróbata, parecía que iba a desaparecer al otro lado cuando Reagan disparó sobre él.

El espía recibió el disparo en la espalda y se desplomó como una roca quedando rígido en tierra.

Velozmente acudió en ayuda de sus hombres auxiliando a los más comprometidos, aunque todos prácticos en la esgrima aprendida en la escuela de Quántico, no sólo sé defendían magníficamente, sino que ya habían inutilizado a algunos de sus contrincantes.

Pronto quedaron todos reducidos a la impotencia, algunos, medio inconscientes a causa de los golpes recibidos y diez minutos más tarde, el grupo quedaba amanillado e incapaz de ofrecer resistencia.

Había cuatro prisioneros y cuatro heridos, más un muerto —el que cayera de la tapia—. Reagan ordenó se ocuparan de los heridos trasladándolos a uno de los autos para llevarles al hospital más cercano.

Uno de los agentes fue en busca de los autos que los espías habían dejado al amparo de una tapia no muy lejos, y en uno de ellos introdujeron a los heridos. El otro serviría para llevarse a los detenidos.

Llamó a uno de sus auxiliares y le dijo:

—Leslie, usted cuidará de esta caravana. Llévase uno de nuestros autos y en él a Foster, que entregará junto con los demás prisioneros al jefe. Se llevará los dos autos de estos tipos y yo me quedaré con los restantes y nuestros hombres. Tengo que acudir a la otra villa a ver qué hace Sling por si necesita ayuda.

Volvió al despacho donde Foster había seguido con ansiedad el ruido de los disparos. Al ver al agente, preguntó:

—¿Tuvo suerte?

—Completa. Me vi obligado a hacer unas cuantas bajas, pero mis hombres están ilesos. Prepárese para ir al Departamento de Investigación. Yo tengo algunas cosas que hacer.

—Muy bien, le deseo suerte y no es ironía. A fin de cuentas, ahora se tratará de mis enemigos, aunque... quizá llegue usted demasiado tarde.

—Eso ya lo veremos.

Mientras sacaban al comerciante, tomó el teléfono y llamó al despacho de su jefe, que esperaba anhelante noticias. Someramente le dio cuenta del éxito y preguntó si sabía algo de Sling y sus hombres, pero no tenía la menor noticia.

Reagan prometió ir a ayudarles si era tiempo y colgó. Cinco

minutos más tarde, seguido de sus coches policiales abandonaba la villa de Foster y se encaminaba a la que estaba encerrado el sabio ingeniero, pidiendo a Dios que no llegara demasiado tarde para salvar su vida.

CAPÍTULO XII

DE LAS SOMBRAS A LA LUZ

Sling, por orden de su jefe, había reunido a su vez cuatro coches con doce hombres bien armados y se había encaminado a Brooklyn en busca de la misteriosa villa. No tenía más datos que tomar como punto de búsqueda si no el acueducto, pero suponía que aquella parte tan alejada no debía estar muy poblada de edificios. Buscaría el más alejado y sospechoso y probaría suerte con él.

Rodaban por las proximidades del acueducto, cuando hasta ellos llegaron los ecos de algunos disparos. Sling se envaró preguntándose qué sucedería y avanzó con precaución orientándose por los estampidos.

Hasta que al otro lado del acueducto, en un descampado, descubrió a la luz de la luna, una villa aislada y en torno a ella, agitarse unas figuras.

Éstas rodeaban el edificio tratando de asaltarle y del interior, a través de las ventanas, contestaban disparando. Sling adivinó que se trataba de una lucha entre dos bandos opuestos y entendió que no debía tener contemplaciones con ninguno de los que peleaban.

Los autos se echaron a toda velocidad sobre los sitiadores, mientras los policías desde las portezuelas abiertas abrieron fuego contra ellos. Hubo la confusión natural, algunos fueron alcanzados por los autos y rodaron bajo las ruedas, otros sufrieron el efecto de la segura puntería de los policías y algunos, que intentaron huir, fueron alcanzados por los agentes, rindiéndose a ellos.

La «*razzia*» fue tan veloz, tan brusca y tan sin cuartel que el campo quedó despejado de asaltantes en pocos minutos. Algunos

yacían en tierra, pero otros se hallaban ya esposados y apiñados en los autos policiales, quedando bajo la custodia de uno de los agentes.

Sling, sin perder tiempo, desplegó a sus hombres dándoles una orden terminante:

—Cerquen la villa y disparen contra todo el que intente escapar si no sale con los brazos en alto.

En el edificio en sombras, había cesado el tiroteo. Sin duda los sitiados se habían visto tan sorprendidos como los, sitiadores ante la inopinada presencia de la policía y en aquel momento les preocupaba más el saber a ésta frente a la villa que les había preocupado la audacia de sus rivales.

Sling bravamente, con la pistola en la mano, avanzó hacia la cerca gritando:

—¡Eh!, de la villa, salgan con los brazos en alto si no quieren salir con los pies por delante. ¡Orden contundente del

F. B. I.!

Una voz bronca y enérgica, contestó en la obscuridad:

—Entre si se atreve a detenernos. No será por propia voluntad como nos apresen, pero... cuenten que estamos bien armados.

—Me es igual. Volaré la villa con todo lo que encierra.

—¿Hará eso con su precioso amigo el señor Harriman?

—Lo haré con él y con todo lo que encierre.

—Pues por nuestra parte, adelante.

Sling retrocedió y llamando a uno de sus agentes, dijo:

—Prepáreme uno de esos petardos que traemos, para volar la puerta de la cerca. Cuide de arrastrarse por tierra para avanzar, no sea que le coloquen una onza de plomo.

El agente extrajo de uno de los coches un petardo destinado a volar puertas resistentes y, como un lagarto, se arrastró por tierra hasta alcanzar, sin novedad, la recia puerta de hierro. Allí prendió la mecha y, como había avanzado, retrocedió.

Transcurrieron cinco minutos y de pronto, una terrible explosión agitó el aire. La puerta saltó de su alvéolo arrancada de cuajo y parte de la cerca se desmoronó por la explosión.

—¡Adelante y cuidado! —ordenó Sling.

Inclinados y separados entre sí, avanzaron hacia la entrada, pero desde las ventanas del piso bajo, brotó una lluvia de balas que

barría el vano de la entrada haciendo mortal el avance. Un agente que intentó salvar aquella barrera, cayó revolcándose en tierra con un tiro en el pecho y Sling, mordiéndose los labios con fiereza, ordenó:

—¡Atrás todo el mundo! Limpien esas ventanas de defensores.

Los policías abrieron fuego contra las ventanas para no permitir que los espías pudiesen interceptarles el paso y Sling avanzó bravamente dispuesto a cruzarlo él solo.

Pero desde algún sitio que no podía descubrir, alguien enfilaba la puerta, porque cuando se acercó a ella, las balas silbaron junto a él exponiéndole a caer acribillado a tiros. Rabioso, se vio obligado a retroceder de nuevo sin poder forzar la entrada.

Durante algunos minutos, continuó el tiroteo entre ambos bandos, sin resolver nada en ningún sentido. Sling se sentía rabioso por no poder liquidar aquel asunto rápidamente, pero tampoco quería exponer a sus compañeros a caer de un modo estúpido por forzar la situación. Hasta que, aburrido, llamó a un agente para que le ayudase a escalar la tapia. Su compañero le advirtió que era muy peligroso y que más valía esperar, pero Sling no quiso hacerlo y ayudado por el agente, coronó el bordillo asomando la cabeza por el reborde.

Sin duda, no era esperado por aquella parte algo alejada de la puerta y por ello tuvo tiempo de echar un vistazo al jardín, descubriendo que a un lado del edificio, detrás de un montón de leña, alguien disparaba metódicamente contra la puerta, dispuesto a cargarse al primero que asomase por el vano.

Se encaramó con precaución en el bordillo después de ordenar en voz baja a su compañero:

—Cuando yo esté tumbado sobre el reborde tome su sombrero y colóquelo en algo que le permita asomarlo por la puerta para llamar la atención. Lo demás es cosa mía.

El agente obedeció y con una rama que encontró tirada en tierra, asomó el sombrero por la jamba de la puerta. El misterioso tirador, al descubrirlo, asomó medio cuerpo para disparar sobre él. En aquel momento, la pistola del agente vibró de un modo seco y un alarido de muerte fue la respuesta.

El emboscado cayó sobre la leña con la cabeza atravesada de un disparo. Sling, satisfecho, se dejó escurrir de la cerca ordenando:

—¡Rápidos! La mitad de ustedes dentro. Péguense a la fachada del edificio.

Los agentes, en un arranque de valor, saltaron por el vano de la puerta. Como parte de sus compañeros asaeteaban las ventanas a tiros, no dieron tiempo a los defensores de impedir el avance y media docena de agentes se habían situado dentro pegados al edificio.

Parte de lo peor estaba realizado. Faltaba penetrar en la villa, pero todo llegaría.

Sling siguió dando órdenes:

—Las caretas para ustedes y unas cuantas bombas lacrimógenas. Vamos a intentar despachar esto pronto.

Los hombres se colocaron las caretas para evitar el efecto agobiador de las bombas y con unas cuantas en la mano, se dispusieron a seguir realizando los planes de su jefe accidental.

En aquel momento, varios autos avanzaban hacia la villa. Sling se envaró creyendo que llegaban refuerzos para sus enemigos, pero una voz conocida le tranquilizó. Era Reagan, que gritaba desde el *baquet* de un auto:

—¡Cuidado, Sling! Somos nosotros.

Los autos se detuvieron y Reagan, saltando a tierra, preguntó:

—¿Qué sucede, Sling?

—Nada de particular; que esto es una plaza fuerte sin que estén dispuestos a entregarla. Por otra parte, llegamos cuando se peleaban entre sí y tuvimos que empezar por reducir a los sitiadores. Esto fue fácil, pero lo que no es tan fácil es reducir a los sitiados.

—¿Que se peleaban entre sí, dices?

—No lo sé aún, pero al menos un grupo intentaba entrar a tiros y los otros se lo impedían.

Reagan lo comprendió y dijo:

—¡Ya! Ahora sé por qué Foster me dijo que lo que pensaba hacer con sus contrarios me lo diría mañana si no lo averiguaba antes. Estos que intentaban entrar eran los de la banda de Foster. Pretendían arrebatarnos a Harriman. Bueno, mejor así; hemos matado dos pájaros de un tiro.

—El de dentro aún no le hemos matado.

—Pero le tenemos en la jaula. Sigue, que te ayudaré.

—Tengo ya seis hombres dentro del jardín y me disponía a que

entrásemos todos. Pensaba reducirles con bombas lacrimógenas.

—Buena idea. Adelante. Muchachos, fuego contra las ventanas para que podamos pasar.

Se reprodujo el tiroteo y tras aquella cortina de plomo, cruzaron el vano del jardín. Reagan se aproximó a la puerta de entrada al edificio, la observó y aplicando el revólver a la cerradura, descargó el arma.

La cerradura saltó y, desde un lado, empujó la puerta cuidando no mostrarse en el vano.

Un huracán de balas brotó por el hueco, aunque inútilmente. Entonces, Reagan tomando una de las bombas estiró el brazo y la lanzó al interior.

Siguieron maldiciones y rugidos, toses violentas, revuelo de gente y, de súbito, un par de hombres medio cegados tosiendo brutalmente, saltaron al exterior en busca de aire puro. Reagan, impasible, les acogió a golpes con la culata del arma y los abatió en tierra.

—Adelante los que tengan careta —ordenó—. Sigán arrojando bombas a su paso.

Retrocedió pidiendo una careta, y seguido de Sling penetraron detrás de sus hombres.

Éstos no habían vacilado en lanzar sus anuladoras armas a su paso. Al ascender la escalera, arrojaron una al rellano y siguieron hacia arriba, hasta alcanzar el piso de donde brotaban disparos.

Nuevas bombas estallaron. El ambiente se hacía irrespirable para los defensores y el tiroteo cesaba. Se captaban toses desgarradas y hombres que a ciegas se movían buscando una salida, para terminar en manos de sus enemigos.

Aun vibraron algunos disparos aislados, pero concluyeron pronto y un silencio impresionante reinó en la villa. Reagan ordenó abrir las ventanas para que el aire circulase aventando aquellos gases que oprimían los pulmones y ponían garfios de hierro en las gargantas y, seguido de su compañero, empezó una requisa general en toda la villa.

Los que aún no habían caído en sus manos, eran capturados como gorriones dentro de una red. Sus ojos estaban rojizos por el gas y se apretaban contra las paredes tosiendo fieramente y manoteando a ciegas.

Reagan hizo que los llevaran a todos a la habitación más espaciosa, donde los fue revisando. No conocía a ninguno, pero entre ellos no encontraba al que buscaba, que era al profesor.

—Aquí no está Harriman —advirtió—. Tenemos que buscarle porque en algún sitio deben tenerle escondido. Vamos, Sling, nos es absolutamente necesario.

—Si le encontramos vivo —dijo sentencioso el agente.

—Si le encontramos muerto, mala suerte, pero nadie nos podrá culpar de ello. Vamos a registrarlo todo y cuidado, puede haber alguno escondido aún.

Descendieron a los bajos. La atmósfera se había hecho más clara gracias al fuerte y vivificador aire que soplaba y penetraba por las ventanas con violencia y ya abajo, pudieron despojarse de sus caretas.

Un metódico registro empezó. La villa era de regulares dimensiones y la recorrieron en toda su extensión sin hallar el más leve rastro del ingeniero.

Reagan se mostraba inquieto. Temía que a pesar del éxito obtenido, éste se viese nublado por la falta de Harriman, del que tanto necesitaban.

Tampoco en la planta superior lograron descubrirle. Reagan, furioso, hizo comparecer a uno de los prisioneros, que se estaba reponiendo del efecto de los gases y preguntó:

—¿Dónde está Harriman?

—Búsquele —fue la seca contestación.

Reagan le tomó del brazo y se lo retorció tan cruelmente, que un esfuerzo más y se lo chascaría. Apretando al espía contra la pared con el cuerpo y distorsionando el miembro advirtió:

—Una nueva negativa y te lo chascaré.

El amenazado, no pudiendo aguantar el dolor, gimió:

—¡No!... ¡No!... Está... escondido en la leñera.

Reagan le soltó, diciendo a Sling:

—Vamos en su busca.

Salieron al jardín y a la espalda, descubrieron la leñera. Ante la puerta, se amontonaba una buena cantidad de leña cortada para la chimenea.

Sling llevaba en la mano una de las bombas lacrimógenas que aún no había soltado. Reagan avanzó y bruscamente empezó a

derrumbar la leña para dejar libre la entrada.

Al desmoronarse la pila y dejar parte del hueco de entrada libre, varios disparos brotaron del interior. Reagan emitió un rugido de dolor al sentir el hombro izquierdo rozado por una bala y se arrojó a tierra para sacar la pistola, pero Sling, raudo como el pensamiento, movió el brazo y arrojó la bomba por el hueco abierto. Aún vibró un nuevo disparo, luego, la leña crujió y se abrió al recibir el peso ciego de alguien que la empujaba desde dentro, al pretender salir y un hombre surgió por el vano con las manos en los ojos tropezando y cayendo entre los cortados troncos.

Sling se arrojó sobre él y antes de que tuviese tiempo de revolverse, unas manillas hábilmente manejadas le habían inutilizado. El misterioso agresor se debatió en tierra tosiendo despiadadamente y revolcándose sobre el terroso piso.

Varios agentes habían acudido raudos al oír las detonaciones, pero ya no era necesaria su ayuda. Reagan, arrojando un hilo de sangre por lo largo de la manga, gritó:

—Una linterna.

Alguien la encendió enfocando el haz luminoso sobre el contraído rostro del caído. Reagan lo miró, exclamando con asombro:

—¡Conway!... ¿Cómo demonios estaría aquí con sus enemigos cuando luchaba al lado de Foster?

Pero la realidad era aquélla y ya la aclararía. Llamando al agente más cercano, ordenó:

—Póngase la careta y entre ahí. Seguramente encontrará al profesor Harriman en ese cubil.

En efecto, poco después, aparecía en el vano arrastrando un cuerpo. Era el del profesor, fieramente amarrado de pies y manos y con una dura mordaza en la boca.

Había perdido el sentido, no se sabía si a causa de los gases o por algún otro motivo.

La limpieza había terminado. Reagan empezó a dar órdenes.

—Los prisioneros, a los coches. Al profesor y a este otro tipo, llévenlo a mi auto. Me haré cargo de ellos.

Sling le advirtió:

—Hay que ver qué es eso de tu hombro, Reagan.

—No es nada. Un desgarrón. Me he metido el pañuelo debajo de

la hombrera y parece que la sangre ha dejado de fluir. En el botiquín del Bureau, me curaré. Vamos, porque estoy deseando desentenderme ya de este asunto.

Los autos se llenaron de detenidos, se recogieron los heridos, menos uno que había muerto y quedó allí hasta que llegase el forense y la ambulancia a recogerlo y, poco después, la rodable caravana emprendía el camino de la isla.

Su llegada al Departamento fue algo apoteósico. Ocho autos cargados de hombres amanillados, con los ojos enrojecidos y los pechos contraídos por una tos que no podían dominar.

Cuando Reagan, acompañado de Sling, penetró en el despacho de su jefe; éste tenía ante él a Foster. El comerciante le miró con curiosidad y el jefe, al ver su chaqueta manchada de sangre, preguntó alarmado:

—¿Qué ha sido eso, Reagan?

—Nada grave, jefe..., un raspazo sin importancia.

—¿Todo bien?

—Todo bien. Creo que la redada ha sido magnífica y amplia.

Foster, malicioso, preguntó:

—¿Llegó usted muy a tiempo?

—Lo suficiente para que no tenga usted que explicarme ya lo que pensaba hacer al descubrir el paradero del ingeniero Harriman.

—¡Ya! Eso quiere decir, que... mis hombres no habían conseguido apoderarse de él.

—No. Les sorprendieron en plena pelea y han caído todos.

—Lo siento por ellos. Ha sido un éxito completo para usted, Reagan.

—Y para mi compañero Sling.

—Mi felicitación más sincera entonces, aunque lo siento por ellos.

—Gracias. Ahora creo que tengo para usted una sorpresa más, señor Foster.

—Lo dudo. Las sorpresas para mí acabaron.

—Espero que no.

—Eso lo aclararemos ahora. Sling, haz el favor de traer al tipo que me hizo esta caricia en el hombro.

El agente salió del despacho y Foster miró con curiosidad a Reagan. No acertaba a comprender qué clase de sorpresa le

preparaba.

Poco después, el agente volvía empujando al esposado Conway. Éste se había despejado un poco, aunque aún tosía con violencia y sus ojos eran dos rojas cerezas. Foster al verle exclamó asombrado:

—¡Conway!... ¿Tú también has caído? ¿Qué diablos hacías allí si te creí... lejos de...?

Conway le miró a través de sus pupilas dilatadas y rugió:

—¡Imbécil!... Por ti nos han cazado a todos...

—Pero...

Reagan intervino para preguntar:

—¿Quiere alguno explicarme cómo este tipo, perteneciendo a su cuadrilla de usted, estaba dentro de la villa defendiéndola y defendiendo al profesor?

—¿Qué dice usted? —preguntó excitado Foster.

—Lo que oye. Él era de la banda contraria y no sé por qué sospecho que el jefe de ella. ¿No es así, señor Conway?

Éste, mascando las palabras entre accesos de tos, bramó:

—Sí, no puedo negarlo, porque se lo hará usted declarar a mis hombres. Yo era el jefe de la banda contraria.

Foster quiso saltar sobre él para ahogarle, rugiendo:

—¿Tú, miserable traidor? ¿Así pagaste mi ayuda?

—Cállate, idiota —bramó Conway—. ¿Tú ayuda? No había ayuda alguna, porque sólo hice contigo lo que tú habías hecho con nosotros. Metiste en nuestra banda como un elemento de traición a Martha y yo me introduje en la tuya para contrarrestar su traición. Has sido un imbécil maniobrando en todo, y tanto debe darte haber caído en manos de la policía, que haberte librado, porque a la hora de rendir cuentas a los tuyos, te hubiesen liquidado fríamente por inepto. Volaste más alto que podías y te cortaron las alas.

—Y a ti, sucio traidor.

—El traidor lo has sido tú. Cuando estuvimos en Europa, trabajabas para una causa y cuando llegaste aquí, lo hiciste para otra. Nosotros seguimos fieles a la nuestra, pero cuando te encontré y me brindaste tu apoyo dándome un sitio en tu organización, lo acepté porque ibas a trabajar y yo no podía admitirlo. Por eso fingí ayudarte y trató de enterarme de todos tus manejos. No conseguí averiguarlo todo a tiempo, pero sí lo suficiente para descubrir que Martha, que vino a trabajar con nosotros, estaba vendida a ti y nos

hacía traición.

»Fue la noche que estuvimos en el “Búho Azul” cuando supe que Martha trabajaba para ti. Tuviste que descubrírmelo rogándome que la avisase para que abandonase el baile ante el temor de que detuviesen a Crain y la denunciase. Fue entonces cuando supe la traición de ella, cosa que no había sospechado.

»Y entonces adivinó toda la verdad. Ella había sido la que te puso en antecedentes del lugar a donde el marino iba a mandar los planos y de lo del anuncio. Tú te habías apoderado del producto de algo que nosotros llevábamos planeando hacía mucho tiempo a costa de habilidad y de exposición.

»Y no me agradezcas que te fabricase la coartada que te libró de ser detenido a raíz de tu intervención en este asunto. Me convenía hacerlo, porque pensaba rescatar los planos en tu poder, pero no pude, porque los habías puesto a buen recaudo en tu caja del Banco. Sólo cuando te viste obligado a confesar que no te servían para nada por estar incompletos, decidí obrar por mi cuenta raptando a Harriman, antes que tú lo hicieses como era tu idea.

»Tenía que castigar a Martha. No sabía cómo se entendía contigo y la sometí a una vigilancia feroz, hasta que se decidió a dar aquel paso en falso telefoneándote desde el bar. Sabía que algo haría, porque fui yo quien hice que le dejasen saber dónde teníamos encerrado al ingeniero.

»Y se apresuró a comunicártelo. Por rápido que fue nuestro agente, no pudo evitar que te diese los informes y fue entonces cuando decidí deshacerme de ti también. Ella ignoraba que yo era el jefe de mi grupo, porque nunca había estado en mi presencia cuando me reunía con ellos. Actuaba siempre alguien en mi nombre, porque escarmentado, rehuí exhibirme entre ellos para evitar delaciones.

»Creí que mis hombres te sorprenderían a tiempo, pero por tu culpa, este tipo había trabajado más aprisa. Supongo que lo evitó capturando a mi gente y llegó a tiempo de intervenir cuando tú, poseído de mi misma idea, tratabas de anularme arrebatándome al ingeniero. Y ahora, los dos hemos perdido. Ni para ti ni para mí, pero yo al menos trabajaba para los míos, mientras que tú, como esa miserable, trabajabais para una potencia extraña, vendidos al dinero y no al patriotismo.

»Ahora, ya sabes la verdad y la saben nuestros enemigos. Hemos sufrido una doble derrota y el premio puedes suponer cuál es.

Reagan intervino para decir:

—¿Para quién trabajaba cada uno de ustedes?

—Adivínelo si puede. No lo diré, porque espero que este cerdo se lo guarde para él también. Es lo mejor que puede hacer por los suyos, aunque trabajase en contra de ellos.

—Eso ya lo veremos —aseguró Reagan—. No crean que ignoro que la llamada Martha tenía otro nombre y era rumana.

—Adivine lo que quiera, pero no lo sabrá por mí. Es cuanto tengo que decir.

—Está bien —intervino el jefe—. Sling, llévase a estos dos tipos y que los encierren incomunicados, con una buena vigilancia. Luego, háganme una relación de los detenidos de uno y otro bando, para tomar su filiación, sus huellas y sus fotos y cursarlas a todos nuestros amigos de los países europeos. Ya iremos sacando quién es cada uno, y en cuanto al profesor, en cuanto esté en condiciones de ser interrogado, tráiganmelo, pues quiero saber si llegó a copiar los planos de nuevo y qué ha sido de ellos. Mañana intervendremos la caja fuerte de Foster para buscar los primeros que fueron robados.

Sling se llevó a los prisioneros. Reagan, exhausto de tanto trabajo, se dejó caer sobre un asiento y su jefe, cariñosamente, dijo:

—Vaya que le miren ese hombro y después retírese a descansar. Queda mucho por hacer, pero lo principal lo hizo usted y bien se merece un descanso. Espero que el Departamento de Marina y nuestro jefe, tomen en cuenta su trabajo y sepan corresponder a él.

Reagan se levantó perezosamente y dijo:

—Creo que la mejor recompensa que puedo desear en este momento es... una buena cama...

Y salió del despacho como un sonámbulo, sin casi ánimos para tenerse en pie.

FIN



Ni una sola cámara fotográfica podía atravesar la red de vigilancia del Departamento de Investigaciones de la Marina, sin embargo, alguien logró fotografiar unos documentos de

MAXIMO SECRETO

¿Cómo llegó el F.B.I. al centro de aquella tela de araña?

Responda a esta pregunta, leyendo esta apasionante novela de

GEORGE H. WHITE

¡La epopeya de un agente federal lanzado tras la pista de un hecho, al parecer, imposible!

MAXIMO SECRETO

Se publicará la próxima semana en la intrigante

COLECCION SERVICIO SECRETO

¡No deje de leerla!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"

520 — J. de Cárdenas
UN REVOLVER AL CINTO

COL. "SERVICIO SECRETO"

384 — F. P. Duke
LA CONTRASEÑA

COLECCION "BUFALO"

217 — Tex Taylor
MATAR O MORIR

COLEC. "Salvaje TEXAS"

85 — Silver Kane
EL DEMONIO DEL
REVOLVER

COLECCION "CALIFORNIA"

64 — M. L. Estefanía
EL PISTOLERO DE CARSON
CITY

COLECCION "COLORADO"

9 — Peter Debry
MORIR ENSILLADO

COLECCION "PIMPINELA"

579 — Trini de Figueroa
EL SECRETO QUE SE
LLEVARON

COLEC. "MADREPERLA"

475 — Luis Masota
UNA MUJER SIN
ESPERANZA

COLECCION "ROSAURA"

419 — G. Colomer
SUSAN APROVECHA
LA OCASION

COLECCION "AMAPOLA"

306 — Carlos de Santander
ESTACION NOSTALGIA

COLECCION "ALONDRA"

258 — Armando Sandoval
VOLVER A SONAR

COLECCION "CAMELIA"

200 — Corín Tellado
LA BODA DE ANITA

COLECCION "ORQUIDEA"

169 — María Lar
LA SEÑORA MARABER

COLECCION "CORAL"

48 — Corín Tellado
GUERRA AL AMOR

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
tiyeycio, 2- Barcelona — Nicolás Irigoyen, 646 - Buenos Aires

*En el territorio de Utah
existía en tiempos de la
colonización un sendero
poco recomendable, uti-
lizado por pistoleros y
denominado...*



EL COTO DE LOS FORAJIDOS

Este es también el título que

PETER DEBRY

ha dado a su más reciente relato, emocionante como
pocos

EL COTO DE LOS FORAJIDOS

fué también utilizado en cierta ocasión por una ca-
ravana que capitaneaba King Colman, en la que, sin
él saberlo, figuraban tres hombres reclamados por la
justicia de varios estados

EL COTO DE LOS FORAJIDOS

¡Una novela que usted no puede dejar de leer!

COLECCION BUFALO EXTRA

La publicará la próxima semana

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

**¡DOS CERTEROS IMPACTOS EN
LA DIANA DE LA RISA MUNDIAL
ESA...!**

Se reirá como un camaleón enano en
cuanto lea los dos grandes

Almanaques de...
"Selecciones de Humor
de El D.D.T." y...
"El D.D.T." para 1958

¡Centenares de chistes al Pil-Pil y otras
tantas historietas más sabrosas que el
pavo esé y antigripales cien por tres-
cientos diecisiete!

¡ADQUIERALOS CUANTO ANTES!

Sólo cuestan 3'50 pesetitas de nada,
cada uno

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto; 2

BARCELONA

*Asechanzas y traiciones
eran las armas emplea-
das por los hombres
que vivían en aquel...*

CERCO DE INTRIGAS



que también es el título de una de las más trepidantes
novelas del famoso escritor

A. Rolcest

Hombres sin escrúpulos, para los que la ambición era
guía y norma de vida, son los protagonistas de tan
sensacional relato

CERCO DE INTRIGAS

¡Un título difícil de olvidar!

COLECCION BISONTE EXTRA

lo publicará en su próximo número

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



COLECCION HISTORIAS

velando continuamente por la calidad de sus publicaciones, les presentará con motivo de las Fiestas Navideñas y como regalo inigualable para todos los muchachos un sensacional título:

OTRA VEZ HEIDI

¡256 páginas y más de 250 ilustraciones!

La obra cumbre de la famosa escritora alemana:

JUANA SPYRI

Una novela plétórica de ternura y bondad

¡La obra para los niños y para los que aman a los niños!

Un nuevo éxito de la

COLECCION HISTORIAS

Precio de venta: 28 pts.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Edward Arnold

N.º 591 Uno de los veteranos de Hollywood Edward nació en Alemania, marchando a Estados Unidos de muy joven. De entre sus últimas películas, destacan "Juan Nadie", "La hija del Embajador" y "Bellezas por coser".

Foto: EXCLUSIVAS FLORALVA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - España

Precio en España: 6 ptas. - Printed in Spain - Precio en la Rep. Argentina: \$ 4



Fidel Prado Duque. Nació en Madrid el 14 de marzo de 1891 y falleció el 17 de agosto de 1970. Fue muy conocido también por su seudónimo F.

P. Duke

con el que firmó su colaboración en la colección Servicio Secreto.

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión. Fue periodista y tenía una columna en El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas y escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».